

Los cisnes no guardan silencio



SEGUNDO LIBRO

La Sonrisa
escondida
de DIOS

El fruto de la aflicción en
las vidas de John Bunyan,
William Cowper, y David Brainerd

JOHN PIPER

La Sonrisa
escondida
de DIOS

El fruto de la aflicción en
Las vidas de John Bunyan,
William Cowper, y David Brainerd

JOHN PIPER

Publicado por
Editorial Unilit Miami, Fl. 33172
Derechos reservados.

© 2008 Editorial Unilit (Spanish translation)
Primera edición 2008

Traducido con permiso de Good News Publishers.
Todos los derechos reservados.
(This edition published by arrangement with Good News Publishers.
All rights reserved.)

©2001 por John Piper
Originalmente publicado en inglés con el título:
The Hidden Smile of God
por Crossway Books, una división de
Good News Publishers, Wheaton, Illinois 60187, U.S.A.
Todos los derechos reservados.

Reservados todos los derechos. Ninguna porción ni parte de esta obra se puede reproducir, ni guardar en un sistema de almacenamiento de información, ni transmitir en ninguna forma por ningún medio (electrónico, mecánico, de fotocopias, grabación, etc.) sin el permiso previo de los editores.

Traducción: Dr. Andrés Carrodegas
Fotografía de la portada: Shutterstock/Argus

Las citas bíblicas señaladas con RV-60 se tomaron de la Santa Biblia, Versión Reina Valera 1960.
© 1960 por la Sociedad Bíblica en América Latina.
Usadas con permiso.

Producto 495471 ISBN0-7899-1445-X ISBN 978-0-7899-1445-3
Impreso en Colombia
Printeei in Colombia

Categoría: Inspiración/Motivación/Biografía

A

George T. Henry y Pamela C. Henry

*Los padres de mi esposa,
compañeros en la batalla,
maravillosos en la vida y en la muerte*

CONTENIDO



Prefacio	9
Reconocimientos	17
INTRODUCCIÓN	21
Donde crece el fruto de la aflicción	
PRIMER CAPÍTULO	45
« Vivir bajo un Dios que es invisible»	
El sufrimiento y el servicio en la vida de John Bunyan	
SEGUNDO CAPÍTULO	87
«Las nubes que tanto temes, están repletas de misericordia»	
La demencia y los cánticos espirituales en la vida de William Cowper	
TERCER CAPÍTULO	129
«¡Oh, que yo nunca me retrase en mi caminar celestial!»	
El sufrimiento y la misión en la vida de David Brainerd	
CONCLUSIÓN	171
Exhortación a seguir el provechoso caminar de los cisnes sufrientes	
UNA NOTA SOBRE EOS RECURSOS [En idioma inglés]	181
El anhelo por los ministerios de Dios	
índice de citas bíblicas	183
índice de personas	185
índice de temas	187

*No juzgues al Señor con tus débiles sentidos,
sino confía en El por su gracia;
detrás de una providencia que frunce el ceño,
El esconde un rostro sonriente.*

WILLIAM COWPER

«*God Moves in a Mysterious Way*»

[«DIOS SE MUEVE DE MANERA MISTERIOSA»]



PREFACIO



Los cisnes cantan dulcemente cuando sufren. Esos cisnes en los que estoy pensando son John Bunyan (1628-1688), William Cowper (1731-1800) y David Brainerd (1718-1747). Los llamo «cisnes», porque son grandes voces que han proclamado la verdad cristiana, y la muerte no las ha silenciado.

Cuando Agustín, el inigualable obispo de Hipona, en el norte de África, se retiró en el año 430, le hizo traspaso de sus deberes a su humilde sucesor, llamado Eraclio. En la ceremonia, Eraclio se levantó a predicar, mientras Agustín, ya anciano, permanecía sentado en su sede episcopal detrás de él. Abrumado al sentirse inadecuado ante la presencia de Agustín, Eraclio dijo: «El grillo chirría, mientras el cisne guarda silencio»¹. Esta anécdota es el origen del título que tiene esta serie de libros, titulada Los cisnes no guardan silencio. El libro que tiene en sus manos es el segundo de la serie. El primero se llama El legado del gozo soberano: La gracia triunfante de Dios en las vidas de Agustín, Lutero y Calvino.

Esta mención a los cisnes volvió a aparecer mil años más tarde. El 6 de julio de 1415, John Hus (cuyo nombre significa «ganso» en checo), fue quemado en la hoguera por criticar la venta de indulgencias en la iglesia católica romana. Inmediatamente antes de su muerte, se dice que escribió: «Hoy, ustedes queman a un ganso; sin embargo, dentro de cien años, van a oír cantar a un cisne, y no lo van a quemar, sino que lo van a tener que escuchar»². Y así ha continuado hasta nuestros días la línea de «cisnes» que

han sido fieles testigos del Evangelio de la gloria de Cristo, cuya muerte no ha silenciado su canto.

Mi propósito en esta serie de libros es ampliar la voz de los cisnes con el megáfono de sus vidas. El apóstol Pablo exhorta a los miembros de la iglesia a «adornar la doctrina de Dios nuestro Salvador» con la fidelidad de nuestra vida (Tito 2:10). Eso es lo que han hecho los cisnes, sobre todo en medio de sus sufrimientos. Su firmeza en medio de las pruebas dulcifica e intensifica el canto de su fe. Parte de nuestros agradables deberes de cristianos consiste en conservar y proclamar las historias de los cisnes sufrientes de Cristo, capaces de sostener nuestra fe. La Biblia nos exhorta a que «no nos hagamos perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas» (Hebreos 6:12). «Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe» (Hebreos 13:7). Ahora bien, no podemos imitar lo que no conocemos, ni recibir su inspiración. De aquí la existencia de la serie Los cisnes no guardan silencio.

Los tres relatos que presento en este libro eran originalmente mensajes de tipo biográfico presentados oralmente en la Conferencia de Pastores de Bethlehem. Me ha llevado a escoger estos tres para este segundo libro la convicción expresada por Benjamín Brook en el prefacio de su obra en tres volúmenes titulada *The Lives of the Puritans* [«Las vidas de los puritanos»]:

De todos los libros que se pueden poner en sus manos, los que relatan los esfuerzos y los sufrimientos de hombres buenos son los más interesantes e instructivos. En ellos se pueden ver unos principios ortodoxos, un temperamento cristiano y unos deberes sagrados en una encantadora unión, y operando con gran vigor. En ellos se ve la religión resplandeciendo en la vida real,

sometiendo las corrupciones de la naturaleza humana e inspirando celo por toda buena obra. En ellos se ven las críticas y las persecuciones que han sufrido los siervos de Dios; los amables principios que han sostenido sus mentes y el camino que han seguido en su progreso hacia el Reino de los cielos. Estos libros están cuidadosamente pensados para captar su atención, afectar sus sentimientos, profundizar sus mejores impresiones y fortalecer sus resoluciones más nobles. Están cuidadosamente pensados para fortalecerlo contra los atractivos de un mundo vano; para asimilar su carácter con el de los mejores de la tierra, conformar su vida a la norma de la santidad, y educar su alma para las mansiones de la gloria³.

Esas son mis metas. Y acepto que «los esfuerzos y los sufrimientos de hombres buenos son los más interesantes e instructivos» para obtener estos importantes fines. Por consiguiente, es evidente que no escribo como un erudito desinteresado, sino como un pastor apasionadamente interesado, y espero que honrado y cuidadoso también, cuya misión en la vida es propagar la pasión por la supremacía de Dios en todas las cosas, para gozo de todos los seres humanos.

John Bunyan, William Cowper y David Brainerd se esforzaron y sufrieron. Y por medio de estas mismas aflicciones dieron fruto para nutrir una vida cristiana radical, una adoración centrada en Dios y unas misiones mundiales que exaltarán a Cristo. La historia de cómo sufrieron, cómo perseveraron y cómo todo esto dio fruto, es la que le pido al Señor que inspire en usted esa misma vida cristiana radical, esa misma adoración centrada en Dios, y esa misma misión dedicada a exaltar a Cristo.

John Bunyan es conocido sobre todo como el sencillo pastor bautista inglés que escribió en prisión un libro que hasta el día de hoy «sigue siendo la obra literaria que más circulación ha tenido

en la historia del género humano, después de la Biblia»⁴. El progreso del peregrino. Es un gran libro acerca de la manera de llevar una vida cristiana. Menos conocido es el hecho de que sus doce años en prisión fueron «voluntarios», en el sentido de que la promesa de no predicar el Evangelio de Jesucristo le habría conseguido la libertad en cualquier momento. Este hecho intensifica el efecto que produce saber que cuando Mary, la hija mayor de Bunyan, ciega de nacimiento, lo visitaba en la prisión, aquello era para él como «arrancarle la carne de los huesos»⁵. Menos aun son los que saben que este pastor prisionero, sin ningún tipo de estudios formales más allá de la escuela primaria, también escribió sesenta libros más, la mayoría de los cuales se siguen imprimiendo trescientos cincuenta años más tarde⁶.

William Cowper, para los que por el camino han seguido algún curso sobre la literatura del siglo XVIII, es conocido como «el poeta de un nuevo avivamiento religioso» dirigido por John Wesley y George Whitefield. Su poesía y sus cartas merecieron cincuenta páginas en la antología que yo estudié en el colegio universitario. Entre quienes lo conocen como poeta cristiano, son muchos los que no saben que William Cowper vivió toda su vida con la compañía constante de una inclemente depresión, e incluso intentó suicidarse repetidas veces. A pesar de estas tinieblas, Cowper sigue tocando hoy los corazones de miles de personas que no saben nada sobre él, sencillamente porque en su adoración cantan sus himnos «There Is a Fountain Filled with Blood», «Ofor a Closer Walk with God» y «God Moves in a Mysterious Way» («Hay una fuente llena de sangre», «Quién pudiera caminar más cerca de Dios» y «Dios se mueve de una manera misteriosa»).

Es posible que hoy nadie conociera a David Brainerd, de no haber sido por Jonathan Edwards, el pastor de Nueva Inglaterra

en cuya casa este joven misionero que trabajó entre los indios norteamericanos murió de tuberculosis a la edad de veintinueve años. Edwards tomó el diario de Brainerd y lo convirtió en lo que se llama *The Life of David Brainerd* («La vida de David Brainerd»)⁸. Una biografía que tal vez haya inspirado a más personas a trabajar en las misiones que ningún otro libro, aparte de la Biblia⁹. Entonces no había especialistas que le dijeran a Brainerd a sus veintidós años, cuando comenzó a escupir sangre durante su segundo año de estudiante en Yale, que no era apto como candidato al estrés del misionero alejado de la civilización. Así fue cómo, durante los siete años siguientes, después de haber sido expulsado de Yale, dio su vida por la salvación de «las tribus indias Stockbridge, Delaware y Susquehanna»¹⁰. Su historia se ha convertido en un clásico espiritual, y «es tan difícil contar la gran compañía vista por Juan en Patmos, como contar esa compañía de gente —pieles rojas, negros, asiáticos y blancos— que han sido llevados al Reino de Dios de forma directa o indirecta por el joven tísico que quemó su vida en los campos de Nueva York, Pensilvania y Nueva Jersey hace más de dos siglos»".

A los grandes privilegios espirituales los acompañan grandes dolores. En las Escrituras está muy claro que este es el designio de Dios. En 2 Corintios 12:7, Pablo escribió: «Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetea, para que no me enaltezca sobremanera». Grandes privilegios, grandes sufrimientos: los designios de Dios. Así sucedió con Bunyan, Cowper y Brainerd. Sin embargo, no todos tuvieron los mismos sufrimientos. En el caso de Bunyan, se trató de la prisión y el peligro, en el de Cowper fueron su depresión de por vida

y las tinieblas de las tendencias suicidas, y para Brainerd fueron la tuberculosis y «el mundo salvaje».

¿Cuáles fueron los frutos de estas aflicciones, y cuál la roca en la cual crecieron? Medite sobre las historias de estos hombres, y siéntase animado por el hecho de que jamás habrá trabajo ni sufrimiento alguno en la senda de la obediencia cristiana que sea en vano. «Detrás de una providencia que frunce el ceño, El esconde un rostro sonriente».

NOTAS



-
- 1 Peter Brown, *Augustine of Hippo* (Berkeley, CA: University of California Press, 1969), p. 408.
- 2 Erwin Weber, «Luther with the Swan», *The Lutheran Journal*, vol. 65, n° 2, 1996, p. 10.
- 3 Benjamín Brook, *The Lives of the Puritans*, vol. 1 (Pittsburgh: Soli Deo Gloria Publications, 1994, orig. de 1813), pp. vi-vii.
- 4 Barry Horner, *The Pilgrim's Progress by John Bunyan*, *Themes and Issues: An Evangelical Apologetic* (Lindenhurst, NY: Reformation Press Publishing, 1998), p. 2.
- 5 John Bunyan, *Grace Abounding to the Chief of Sinners* (Hertfordshire, Inglaterra: Evangelical Press, 1978), p. 123.
- 6 En el «Catalogue-Table of Mr. Bunyan's Books», *The Works of John Bunyan*, vol. 3, George Offbr, ed. (Edimburgo: The Banner of Truth Trust, 1991), p. 763, se mencionan sesenta obras de Bunyan. Véase también la lista completa de sus escritos en la obra de Christopher Hill, *A Tinker and a Poor Man: John Bunyan and His Church, 1628-1688* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1989), pp. xv-xvii.
- 7 Eouis Bredvold, Alan McKillop, Eois Whitney, eds., *Eighteenth Century Poetry and Prose*, 2a edición (Nueva York: The Ronald Press Co., 1956), p. 882.
- 8 El título completo de la edición de 1749 era *An Account of the Life of the late Reverend Mr. David Brainerd, Minister of the Gospel, Missionary to the Indians, from the honourable Society in Scotland, for the Propagation of Christian Knowledge, and Pastor of a Church of Christian Indians in New Jersey. Who died at Northampton in New England, October 9th, 1747, in the 3rd year of his Age: Chiefly taken from his own Diary, and other private Writings, written for his own Use; and now published by Jonathan Edwards, A.M., Minister of the Gospel at Northampton. Veá Jonathan Edwards, *The Life of David Brainerd*, Norman Pet-tit, ed., en *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 7 (New Haven, CT: Yale University Press, 1985), p. vii.*

9 Por supuesto, es difícil comprobar esta afirmación, pero hay otros que han afirmado cosas mayores aun: «Pero en verdad, el sacrificio de la vida de David Brainerd se extendió hasta tocar al mundo entero, desafiando a más personas a entrar en el servicio cristiano, que tal vez, ningún otro hombre que haya vivido jamás» (Ed Reese, «The Life and Ministry of David Brainerd», *Cristian Biography Resources*, <http://www.wholesomewords.org/biography/biobrainerd.html> [6-1-00]). Sería más modesto afirmar: «Casi inmediatamente después de la publicación [del Diario], esta obra cautivó corazones en el mundo protestante. Durante más de un siglo, fue uno de los documentos más populares en los círculos evangélicos. Su influencia ha sido enorme» (Francis M. DuBose, ed., *Classia of Christian Missions* [Nashville: Boardman Press, 1979], pp. 173-174).

1(1 Este resumen de su misión entre los indios está tomado de su lápida en Northampton, MA.

11 Clyde Kdlby, «David Brainerd: Knight of the Grial», *Heroic Colonial Christians*, ed. T. Hitt, (Radelha: } B. Lippincott Company, 1966), p. 202.

RECONOCIMIENTOS



Después de treinta y dos años de matrimonio, sigue leyendo todo lo que yo escribo. No solo lo lee, sino que lo mejora. Gracias, Noel, porque eres mi correctora de estilo casera.

Justin Taylor se pasó un año extra en la Iglesia Bautista Bethle-hem mientras hacía los estudios del seminario, y trabajó a tiempo completo en Desiring God Ministries, ayudando a la gente a abrirse camino a través de complicadas cuestiones de la Biblia y la teología. Gracias, Justin, porque le pusiste tus ojos de águila a este manuscrito cuando nació, por hacer unas sugerencias tan útiles, y por detectar mis fallas.

Aaron Young hace todo lo que un ayudante leal, bien dotado e inteligente puede hacer para que mi vida sea manejable. Sin su ayuda, no habría sido capaz de mantener la cabeza fuera del agua. Gracias, Aarón, porque has estado siempre presente detrás del escenario con tanta fidelidad, haciendo posibles tantas cosas.

Me encantan los libros con índices que me ayudan a encontrar una cita que apenas recuerdo, o un dato que he olvidado. Por eso, vuelvo una y otra vez a Carol Steinbach para que me ayude a hacer que todos los libros sean más útiles, con su capacidad para hacer esos índices. Gracias, Carol. Ahora me puedes leer en el rostro cuándo ha llegado el momento de preguntarte de nuevo.

Como sucedió con el primer libro de *The SwansAre Not Silent* («Los cisnes no guardan silencio»), estos capítulos fueron originalmente mensajes presentados en la Conferencia para Pastores

de Bethlehem. Uno de los grandes gozos que tengo en la vida es poderles dar ánimo a mis hermanos en el ministerio pastoral a base de describir las vidas de grandes santos, y exhortarlos a «considerar cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitar su fe» (Hebreos 13:7). Estos capítulos no existirían sin el hambre de esos pastores por sacarle provecho a ese esfuerzo. Y la Conferencia no existiría sin Jon Bloom, el director de Desiring God Ministries, y su supervisión llena de oración. Gracias, hermano, por tu presencia. Lañe Dennis, Ted Griffin, Brian Ondracek, Marvin Padgett y todo el equipo de Crossway Books son el enlace indispensable entre el escritor y el lector. Les agradezco a todos ustedes que les haya interesado el canto de los cisnes, y por haber hecho que este proyecto fuera encantador para mí.

Por último, Dios nuestro Padre, y Jesucristo nuestro Señor, y el Espíritu Santo, deben recibir toda la honra y toda la gratitud en todo y por encima de todos. Dios siempre es suficiente para toda buena obra; no es «honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas» (Hechos 17:25). Algunas veces esconde su sonrisa, pero su brazo nunca se ha acortado, ni su luz se ha apagado. A su debido tiempo, las nubes pasan, la luz regresa y nosotros somos sostenidos. Cuando van pasando los años, vamos aprendiendo a confiar en la obra inescrutable de su viento. Que estos capítulos lo fortalezcan para esperar pacientemente en el Señor durante las temporadas de tinieblas, porque detrás de una providencia que frunce el ceño, Él esconde un rostro sonriente.



*Nosotros también, antes que venga la tentación,
 pensamos que podemos caminar sobre el mar,
 pero cuando soplan los vientos, sentimos que nos
 comenzamos a hundir... Y con todo, ¿acaso eso no
 nos produce algún bien? No podríamos vivir sin
 esos giros que toma la mano de Dios sobre nosotros.
 Tendríamos demasiada carne, si no pasáramos
 nuestras estaciones invernales. Se dice que en
 algunos países, los árboles crecen, pero no dan fruto,
 porque en esos lugares no hay invierno.*

JOHN BUNYAN

SEASONABLE COUNSEL: ORADVICE ro SUFFERERS

[«Un consejo a tiempo, o consejo para los que sufren»]

Vi con los ojos de mi alma a Jesucristo, a la diestra
 de Dios; allí, digo, estaba mi justicia, de manera
 que, dondequiera que yo estuviera, o cualquiera
 que fuera mi ocupación, Dios no podría decir
 de mí: No tiene mi justicia, porque la tiene delante de
 sí... Entonces sí que se me cayeron las cadenas de
 los tobillos. Quedé libre de mis aflicciones
 y mis hierros.

JOHN BUNYAN

GRACE ABOUNDING ro THE CHÍEF OF SINNERS

[«Gracia abundante para el mayor
 de los pecadores»]



INTRODUCCIÓN

Donde crece el fruto de la aflicción



Tres clases de fruto

Las aflicciones de John Bunyan nos dieron El progreso del peregrino. Las de William Cowper nos dieron « There is a Fountain Filled with Blood » y « God Moves in a Mysterious Way » (« Hay una fuente llena de sangre » y « Dios se mueve de manera misteriosa »). Y las de David Brainerd nos dieron la publicación de un Diario que ha movilizado a más misioneros que ninguna otra obra similar. El horno del sufrimiento produjo el oro de la orientación y la inspiración para la vida cristiana, para la adoración del Dios de los cristianos y para la propagación del Evangelio cristiano.

En el fruto de estas aflicciones se esconde una cierta ironía. El encierro de Bunyan le enseñó la senda del peregrino hacia la libertad cristiana. La enfermedad mental de Cowper produjo una dulce música de la mente para las almas atribuladas. El ardiente sufrimiento de Brainerd en medio del aislamiento y la enfermedad explotó en unas misiones globales más allá de toda imaginación. La ironía y la desproporción son formas de actuar de Dios. El nos mantiene fuera de equilibrio con sus conexiones impredecibles. Nosotros creemos saber cómo se hace algo grande, y Dios lo hace pequeño. Pensamos que todo lo que tenemos es débil y pequeño, y Dios lo hace grande. Sara, la mujer estéril, da a luz al hijo de la promesa. Los trescientos hombres de Gedeón derrotan a cien mil madianitas. Una honda en la mano de un niño pastor

derrumba al gigante. Una mujer virgen concibe al Hijo de Dios. Los cinco panes de un muchacho alimentan a miles de personas. Un atropello de la justicia, una humillante conveniencia política y una tortura criminal sobre una horrible cruz se convierten en el fundamento de la salvación del mundo.

Así actúa Dios: le quita al hombre todo aquello de lo que pueda alardear, de manera que toda la gloria sea para El. «Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia [...] para que, como está escrito: El que se gloria, glorié en el Señor» (1 Corintios 1:26-29,31).

Por consiguiente, no es de sorprenderse (1 Pedro 4:12) que el sufrimiento encaje dentro de los designios de Dios de maneras que a veces nos dejan desconcertados y nos prueban al máximo. Ese mismo desconcierto y esa prueba forman parte de sus designios: «Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna» (Santiago 1:2-4).

¿Forma parte de los designios de Dios el que sus hijos sufran?

Ahora bien, son muchos los que tropiezan con la palabra designios. ¿Acaso el sufrimiento puede formar parte de los designios de Dios, o deberíamos hablar de que Dios obra con lo que se le pone en las manos? En otras palabras, ¿supervisa y gobierna los asuntos del

mundo de tal manera que podemos hablar del sufrimiento como voluntad suya y parte de sus designios, o más bien gobierna al mundo como un jugador de ajedrez que no decide cuáles son las movidas de su contrincante, pero siempre las puede controlar y convertir en bien? ¿Planifica Dios el lugar del sufrimiento en la vida de sus hijos con unos fines buenos, o siempre se halla en la posición del que reacciona ante el dolor que otras fuerzas le dan para que obre con ellas?

En este asunto, todos los cisnes de este libro cantan al unísono. Dios gobierna al mundo y todo lo que sucede en él, con propósitos y designios destinados al bien de aquellos que lo aman. Esta fue la lección final que aprendió Job de todos sus sufrimientos: «Respondió Job a Jehová, y dijo: Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti» (Job 42:1-2). Aunque Satanás desempeñe su malvado papel en el drama, se lleve a los hijos de Job y lo azote con una sarna maligna de la coronilla a los pies, Job no está dispuesto a darle la preeminencia como causa primera de todo.

Esa le corresponde solo a Dios, aunque nosotros no lo podamos comprender todo. Cuando los diez hijos de Job murieron aplastados, él «se postró en tierra y adoró, y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito» (Job 1:20-21). Ante esta asombrosa confesión porque Dios se había llevado a sus hijos, el autor del libro responde con esta confirmación: «En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno» (Job 1:22). De manera similar, aun cuando el texto dice de forma explícita que «Satanás... hirió a Job con una sarna maligna», la respuesta de Job fue: «¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?». Una vez más, el autor apoya la teología de Job con estas palabras: «En todo esto no pecó Job con sus labios» (Job 2:7, 10).

Este es el mensaje uniforme de la Biblia, tanto si hablamos del sufrimiento que procede de las enfermedades¹, como el procedente de las calamidades² o de las persecuciones³: « [Dios] hace todas las cosas según el designio de su voluntad» (Efesios 1:11). En todo lo que sucede, Dios tiene un propósito bueno y sabio⁴. Desde la mañana hasta la noche, por encima de todo lo que va y viene en nuestra vida, debemos decir: «Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello» (Santiago 4:15). ¿Por qué? Porque Dios dice: «Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero» (Isaías 46:10). «Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; mas el consejo de Jehová permanecerá» (Proverbios 19:21). «El corazón del hombre piensa su camino; mas Jehová endereza sus pasos» (Proverbios 16:9). «¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre» (Mateo 10:29). «Como los repartimientos de las aguas, así está el corazón del rey en la mano de Jehová; a todo lo que quiere lo inclina» (Proverbios 21:1). «La suerte se echa en el regazo; mas de Jehová es la decisión de ella» (Proverbios 16:33).

Voces opuestas

Con todo, hay quienes no están dispuestos a que las cosas sean así. Están los liberales a la antigua, que dicen: «Yo creo que la voluntad de Dios para sus hijos nunca es que sientan dolor y que sufran [...] No puedo pensar que sea voluntad de Dios que un conductor bajo la influencia del alcohol atrepelle a nadie, o que una madre joven muera de leucemia, o que alguien en el mejor tiempo de su juventud se tenga que enfrentar con la impotencia creciente de la arteriosclerosis»³.

También están los «teístas abiertos»⁶ de los tiempos modernos, que dicen: «Dios no tiene un propósito divino concreto para todas y cada una de las apariciones del mal [...] Cuando un niño de dos años contrae un doloroso cáncer incurable en los huesos, que significa el sufrimiento y la muerte, eso es un mal sin sentido. El Holocausto es un mal sin sentido. La violación y el descuartizamiento de una joven es un mal sin sentido. El accidente que causó la muerte de mi hermano fue una tragedia. Dios no tiene en mente ningún propósito concreto para esos sucesos» . «Cuando alguien hace sufrir a otro, yo no creo que podamos ir en busca del "propósito de Dios" en ese suceso [...] Sé que los cristianos hablan con frecuencia acerca del "propósito de Dios" en medio de una tragedia causada por otra persona [...] Pero esto lo considero sencillamente como una manera piadosamente confusa de pensar»⁸. «Ni Jesús ni sus discípulos dieron por sentado que tenía que haber un propósito divino detrás de todos los sucesos de la historia [...] Ea Biblia no da por sentado que todos y cada uno de los males que suceden tengan un propósito divino particular detrás de ellos»⁹.

«Mas Dios lo encaminó a bien»

Y después de esto, también se encuentra la Biblia misma con su resonante afirmación acerca de todos los males perpetrados contra el pueblo de Dios: «Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo» (Génesis 50:20). Esto es lo que les dijo José a sus hermanos, que habían pecado contra él, vendiéndolo como esclavo y mintiéndole a su padre Jacob. Lo que él dice no es solo que Dios convirtiera este mal en bien después que se produjo, sino que lo pensó (usando en hebreo el mismo verbo que

usó al hablar de la intención de sus hermanos) para bien. Esto es confirmado en Génesis 45:7, donde José dice: «Y Dios me envió delante de vosotros, para preservaros posteridad sobre la tierra». De hecho, en siglos posteriores, el pueblo de Israel celebró precisamente estos designios soberanos de Dios en las tribulaciones de José, junto con la convicción de que Él fue quien planificó el hambre que hizo tan necesaria la presencia de este en Egipto, y la convicción de que lo había puesto en medio de fuertes pruebas:

*Trajo hambre sobre la tierra,
Y quebrantó todo sustento de pan.
Envío un varón delante de ellos;
A José, que fue vendido por siervo.
Afligieron sus pies con grillos;
En cárcel fue puesta su persona.
Hasta la hora que se cumplió su palabra,
El dicho de Jehová le probó.*

SALMO 105:16-19

Lo que dicen los cisnes sufrientes

Están además los cisnes que sufrieron. Para John Bunyan, William Cowper y David Brainerd, los amorosos propósitos de Dios en los sufrimientos constituían una de las verdades más valiosas de la Biblia y una de las experiencias más poderosas de su vida. Cowper lo expresa en uno de sus himnos más famosos. Observe en especial los versos que dicen: «Él atesora sus resplandecientes designios», «Detrás de una providencia que frunce el ceño», «Sus propósitos pronto madurarán» y también «Y escudriña su obra en vano». Todos estos versos señalan una profunda convicción llena de esperanza con respecto al hecho de que Dios tiene «designios» y «propósitos» en su dolorosa «providencia» y su misteriosa «obra».

*En lo profundo de minas insondables
 Hechas con una habilidad que nunca se equivoca,
 El atesora sus resplandecientes designios
 Y obra su soberana voluntad.
 No juzgues al Señor con tus débiles sentidos,
 Sino confía en que El te dará su gracia;
 Detrás de una providencia que frunce el ceño
 El esconde un rostro sonriente.
 Sus propósitos pronto madurarán,
 Revelándose hora tras hora;
 El capullo podrá tener un amargo sabor.
 Pero la flor va a ser dulce.
 La incredulidad ciega yerra con toda seguridad,
 Y escudriña su obra en vano;
 Dios es su propio intérprete,
 Y es El quien nos lo explicará todo¹⁰.*

David Brainerd compartía la seguridad de Cowper en cuanto a que Dios gobernaba todo cuanto le sucedía a él. Esto despertaba en él lo que llamaba una «dulce resignación» en todos sus extraordinarios sufrimientos con la tuberculosis, la soledad, los peligros y toda clase de privaciones lejos de la civilización. En su diario escribió el domingo 10 de marzo de 1744: «Mi alma estaba dulcemente resignada a lo que Dios dispusiera conmigo en todos los aspectos, y veía que nada me había sucedido que no fuera lo mejor para mí». Hasta las desilusiones de ministrar en un estado espiritual «seco y estéril», las veía dentro de los designios del cuidado de su Padre:

A Dios le agradó dejar que yo estuviera muy seco y estéril, tanto que no recuerdo haberme comportado tan bien durante doce meses seguidos. Dios es justo, y ha hecho que mi alma

accepte su voluntad en este aspecto. Es contrario a la «carne y sangre» estar alejado de toda libertad en medio de un amplio público, en el cual las expectativas son muy altas; pero así eran las cosas conmigo, y Dios me ayudó a decir «Amén» a lo que me sucedía; buena es la voluntad del Señor¹².

En caso de que alguien se comience a preguntar si una sumisión así a la soberana voluntad de Dios sobre todas las cosas es capaz de producir un fatalismo pasivo, todo lo que necesita hacer es mirar con honradez la vida de Brainerd. Lo que produjo fue lo opuesto. Se sentía facultado para lanzarse contra obstáculos inmensos, con la seguridad de que Dios estaba obrando a su favor en todas las pruebas. «Esto, por medio de la gracia, puedo decir en el presente con respecto a la vida o la muerte: "Que el Señor haga conmigo lo que bien le parezca en su presencia"»¹³.

El contexto del Antiguo Testamento en esta última cita confirma el efecto capacitador y liberador que tiene la fe en la triunfante soberanía de Dios sobre las batallas de la vida. Joab y su hermano Abisai se enfrentaban con el ejército de Israel a los sirios y los amonitas. El resultado final parecía precario, de manera que Joab le dijo a su hermano: «Si los sirios fueren más fuertes que yo, tú me ayudarás; y si los amonitas fueren más fuertes que tú, yo te ayudaré. Esfuérzate, y esforcémonos por nuestro pueblo, y por las ciudades de nuestro Dios; y haga Jehová lo que bien le parezca» (1 Crónicas 19:12-13). El Señor tenía dominio sobre los resultados. Pero esto no paralizaba a Joab con unos sentimientos fatalistas, sino que lo capacitaba con esperanza. Pase lo que pase, sea derrota o victoria, el Señor -es el que tiene el dominio de todo, y tiene sus «resplandecientes designios». Aunque el sangriento «capullo» de la batalla termina teniendo un sabor amargo, la «flor» de los designios divinos va a ser «dulce».

El consejo de Bunyan para los que sufren

John Bunyan escribió más que Cowper o Brainerd acerca del sufrimiento y de lo fructífera que es la aflicción. Incluso habló de una forma más explícita acerca de que existen en el sufrimiento unos propósitos y designios divinos que son para el bien de los hijos de Dios y para la gloria de su nombre. La gran obra *El progreso del peregrino*, como decía George Whitefield, «huele a prisión». Nació en medio del sufrimiento, y describe la vida cristiana como una vida de aflicción. Con todo, Bunyan veía su encarcelamiento como algo que no era ni más ni menos que lo que Dios había pensado para él: «Así que, habiendo sido entregado en manos del carcelero, convirtieron la prisión en mi hogar, y allí llevo ahora doce años completos, en espera de ver hasta dónde Dios va a soportar lo que esos hombres me hagan»¹⁴.

La fuente más rica de enseñanzas acerca del sufrimiento en los escritos de Bunyan es un libro que él escribió para su propia congregación, titulado *Seasonable Counsel, or Advice to Sufferers* [«Una orientación a tiempo, o un consejo a los que sufren»]¹⁵. Apareció en 1684, poco antes de los «juicios sangrientos»¹⁶. La necesidad de aquella «orientación a tiempo» no era teórica. Algunos de los miembros de su congregación ya habían sido encarcelados junto con él. La amenaza era tan real nuevamente, que Bunyan le hizo traspaso de todas sus posesiones a su esposa Elizabeth, porque esperaba que lo encarcelaran y le hicieran pagar unas multas que acabarían con todo lo que tenía¹⁷. Bunyan no estaba exagerando cuando escribió: «Ciertamente, nuestros días han sido días de tri-bulación, en especial desde que se descubrió el complot papista, porque entonces comenzamos a temer que nos degollaran, que nos quemaran en nuestras camas y que destrozaran a nuestros niños delante de nuestros rostros»¹⁸.

Entonces, ¿qué le dijo a su gente a fin de prepararla para la probabilidad de que sufriera por Cristo? ¿Le diría como un antiguo liberal aquello de «Yo creo que la voluntad de Dios para sus hijos nunca es que sientan dolor y que sufran»? ¿Le diría como el teísta abierto de los tiempos modernos que «los cristianos hablan con frecuencia acerca del "propósito de Dios" en medio de una tragedia causada por otra persona [...] Pero esto lo considero sencillamente como una manera piadosamente confusa de pensar»? No; esto habría sido impensable para John Bunyan, tanto desde el punto de vista bíblico, como desde el pastoral, porque tenía «sangre bíblica»¹⁹.

El texto en el que se basa, es 1 Pedro 4:19: «De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien». Entonces explica este texto, haciendo las siguientes observaciones:

No es lo que quieran los enemigos, ni lo que ellos hayan decidido lo que se va a hacer, sino lo que Dios quiera, y lo que Dios disponga [...] Y así como ningún enemigo puede hacer sufrir a un hombre cuando la voluntad de Dios es otra, de igual manera, ningún hombre se puede salvar a sí mismo de sus manos cuando Dios lo quiere entregar a ellas para su gloria... Sufrirá o no, de acuerdo con lo que a Él le plazca [...] Dios ha dispuesto quiénes van a sufrir. El sufrimiento no viene por casualidad, ni por la voluntad del ser humano, sino por voluntad y designio de Dios²⁰.

El dice que Dios no solo ha señalado quiénes han de sufrir, sino también cuándo, dónde, de qué forma, por cuánto tiempo, y por cuál verdad van a sufrir²¹.

«Tienen en la nariz el garfio de Dios»

No sé si habrán existido pastores serios y amorosos en la historia de la iglesia que durante los tiempos de grandes persecuciones le hayan mostrado a su gente un Dios que no tiene control ni propósito alguno con respecto a su sufrimiento. No obstante, un consejo así habría sido considerado como incierto y falto de amor por Bunyan, Cowper y Brainerd. Ellos conocían a un Dios distinto, y vivían con una seguridad diferente. Bunyan resume de esta forma la participación de Dios en las persecuciones contra los suyos:

‘Todos los caminos de los perseguidores son de Dios. Daniel 5:23. Por consiguiente, les deberíamos tener temor y no tener temor al mismo tiempo a los hombres: les deberíamos tener temor porque nos van a hacer daño, pero no les deberíamos tener temor, como si se los hubiera dejado sueltos para que nos hicieran, e hicieran con nosotros, lo que les pareciera. Dios les tiene la brida puesta; tienen en la nariz el garfio de Dios; sí, y Dios ha fijado los límites de su furia, y si los deja meter a su iglesia en el mar de la tribulación, no va a ser sino hasta el cuello, y hasta donde El deje que vaya, y no se va a ahogar. Segundo de Reyes 19:28; Isaías 37:29; 8:7-8. Lo que sostengo es que el Señor los tiene bajo su control y les da órdenes, y que en ningún momento se pueden lanzar contra su pueblo, sino con su permiso y su compasión en cuanto a lo lejos que pueden ir, y dónde se tienen que detener²²

Este fuerte punto de vista en cuanto al dominio de Dios sobre sus enemigos es el fundamento del consuelo de Bunyan al ministrarle a su gente:

En pocas palabras, he hablado de todo esto [...] para mostrarles que nuestros sufrimientos son ordenados y dispuestos por

El; que cuando se vean metidos en tribulaciones por causa de su nombre, nunca deberán vacilar ni sentirse desorientados, sino mantenerse firmes, compuestos y resueltos en su mente, y decir: «Hágase la voluntad del Señor». Hechos 21:14. Por consiguiente, con cuanta bondad nos trata Dios cuando decide afligirnos por un poco de tiempo, para poder tener misericordia de nosotros con una bondad eterna. Isaías 54:7-8²³.

«Lo que me ha otorgado mi Padre en su sabiduría»

Esta es la visión de la soberanía y la misteriosa bondad de Dios que ha sostenido a los cristianos en todos los siglos y en todos los lugares del mundo. Es la visión que se halla tras veintenas de himnos que el pueblo de Dios ha cantado en medio de numerosas tormentas. De hecho, los grandes himnos suelen proceder de la experiencia del sufrimiento, y demostrar con su existencia la verdad que contiene su mensaje: que las aflicciones dan fruto para el pueblo de Dios. Eos ejemplos no proceden solo de William Cowper, sino también de otros.

Karolina Wilhelmina Sandell-Berg (Eina Sandell) «era hija de Jonas Sandell, pastor de la iglesia luterana de Fróderyd, Suecia. A los veintiséis años, acompañó a su padre en un viaje por mar a Gothenberg. Durante el viaje, su padre cayó por la borda y se ahogó delante de sus ojos. Esta tragedia afectó profundamente a Lina, y la inspiró a componer himnos»²⁴, siendo uno de los más conocidos el titulado «Día a día».

*Día a día, y con cada momento que pasa,
Encuentro fuerzas para enfrentarme aquí a mis pruebas;
Confianto en lo que me ha otorgado mi Padre en su sabiduría,
No tengo causa para preocuparme ni para temer.
Aquel cuyo corazón es bondadoso más allá de toda medida*

*Pone en cada día lo que El considera mejor:
Amorosamente, sus partes de dolor y de placer,
Mezclando el trabajo con la paz y el descanso.*

Esta es la misma visión de la soberana bondad de Dios que vimos en el Seasonable Cotinselde Bunyan. Nuestro Dios es «bondadoso más allá de toda medida», lo cual significa que pone en cada día «lo que El considera mejor: amorosamente, sus partes de dolor y de placer». Este dolor distribuido de manera sabia y amorosa nos da «fuerzas para enfrentarnos aquí a nuestras pruebas». La verdad y la belleza de este himno eran fruto de la aflicción, y aun hoy nos sigue ayudando a tenerlo todo «por sumo gozo» (Santiago 1:2), de manera que la aflicción de nuestra propia vida dé «fruto apacible de justicia» (Hebreos 12:11).

***Bautista, anglicano y congregacionalista:
Todos justificados por medio de la fe***

El sufrimiento de la persecución no les fue dado por igual a John Bunyan, William Cowper y David Brainerd. Sin embargo, hubo otra forma de aflicción que los reunió a los tres, y el remedio para ella fue amado por los tres, aunque diera fruto muy distinto en cada una de sus vidas. Esa aflicción fue el aterrador torbellino mental y las tinieblas de la culpa ante Dios, y el remedio para ella fue la gran verdad bíblica de la justificación por la gracia por medio de la fe solamente. Bunyan era bautista, Cowper era anglicano y Brainerd congregacionalista. Una de las grandes misericordias de Dios es que, en los tiempos de ellos, la doctrina de la justificación era clara, y les fue común a todos ellos.

«Ahora se me cayeron de verdad las cadenas de las piernas»

La Segunda Confesión de Londres fue redactada por los bautistas en los tiempos de Bunyan y publicada en su forma final en el año 1689, el año posterior a su fallecimiento. Construida sobre la Confesión de fe de Westminster, habla de manera transparente acerca de la justificación.

Aquellos a quienes Dios llama eficazmente, también los justifica de forma gratuita; no infundiéndoles justicia, sino perdonando sus pecados, y contando y aceptando sus personas como justas; no por nada que haya sido forjado en ellos, o hecho por ellos, sino solo por Cristo; no por atribuirles la fe misma, el acto de creer o ninguna otra obediencia evangélica, como justicia suya, sino a base de impartirles la obediencia activa de Cristo a toda la ley, y la obediencia pasiva en su muerte por su plena y única justicia, que se recibe y se apoya en El, y en su justicia, por la re; una fe que ellos no tienen en sí mismos, sino que es don de Dios.

La fe, recibiendo así a Cristo y a su justicia, y apoyándose en ellos, es el único instrumento de la justificación; sin embargo, no se halla sola en la persona justificada, sino que siempre va acompañada por todas las demás gracias salvadoras, y no es una fe muerta, sino que obra por amor²⁵.

Esta fue la verdad que rescató a Bunyan del terror de sentirse condenado sin esperanza alguna. «Oh, nadie más que yo sabe de los terrores que pasé en esos días»²⁶. Entonces vino un momento que parece haber sido el decisivo.

Un día, mientras entraba al campo [...] esta frase me entró al alma. Tu justicia está en el cielo. Y pienso que además vi con los ojos del alma a Jesucristo a la derecha de Dios; allí, digo, estaba mi justicia, así que dondequiera que estuviera, o hiciera lo que hiciera, Dios no podía decir de mí: Le falta mi justicia,

porque esa justicia estaba allí, delante de Él. También vi que no era mi buen corazón el que haría mejor mi justicia, ni tampoco mi mal estado de ánimo el que la hacía peor, porque mi justicia era el propio Jesucristo, «el mismo ayer, y hoy, y por los siglos», Hebreos 13:8. Ahora se me cayeron de verdad las cadenas de las piernas. Quedé libre de mis aflicciones y mis hierros... Ahora también me volví a casa regocijándome por la gracia y el amor de Dios²⁷.

«Creo que habría muerto con gratitud y gozo»

El sólido fundamento de Los treinta y nueve artículos de la religión de la Iglesia de Inglaterra (redactado en 1571) llevaba ya cerca de siglo y medio de existencia cuando el anglicano William Cowper experimentó el poder de su verdad en cuanto a la justificación. El artículo 11, «Sobre la justificación del hombre», dice:

Solo somos tenidos como justos ante Dios, por el mérito de nuestro Señor y Salvador Jesucristo por la fe, y no por nuestras propias obras, o porque lo merezcamos. Por consiguiente, el que seamos justificados por la fe solamente es una doctrina totalmente sana, y repleta de consuelo [...].²⁸

Ciertamente, un consuelo para el joven Cowper, quien había sido internado en un asilo de dementes a causa de su degeneración con tendencias suicidas. Allí, un hombre de Dios aplicó para él las verdades del Evangelio una y otra vez. Lentamente, Cowper comenzó a sentir alguna esperanza. Un día, abrió la Biblia al azar, el primer versículo que vio era Romanos 3:25: «A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su

paciencia, los pecados pasados». Consideró aquel momento como el de su conversión, porque, como afirma,

De inmediato recibí la fortaleza necesaria para creerlo, y los rayos del Sol de Justicia resplandecieron enteros sobre mí. Vi cómo la expiación hecha por El era suficiente, cómo mi perdón había sido sellado en su sangre, y lo plena y completa que es su justificación. En un instante creí, y recibí el Evangelio... Si no me hubiera sostenido el brazo del Todopoderoso, creo que habría muerto con gratitud y gozo. Se me llenaron los ojos de lágrimas, y mi voz quedó entrecortada por la gran emoción que sentía; lo único que pude hacer fue mirar al cielo en silencioso temor, abrumado por el amor y el asombro²⁹.

Una vez más, fue «lo completa que es su justificación [la de Cristo]» lo que usó el Espíritu Santo para despertar a Cowper y rescatarlo de las tinieblas de condenación que se habían extendido sobre él. La guerra por el alma de Cowper no había terminado, pero la batalla decisiva había sido peleada y ganada por el Evangelio de la justificación por gracia a través de la fe.

«Este camino de salvación, totalmente por la justicia de Cristo»

El Catecismo Corto de Westminster constituyó el fundamento doctrinal de la vida y el ministerio de David Brainerd, el congregacionalista (con instrucción presbiteriana³⁰). Lo utilizó entre sus conversos indios³¹, así como él mismo había crecido bajo su influencia. La pregunta 33 es la siguiente: «¿Qué es la justificación?». La respuesta es esta: «La justificación es un acto de la gracia de Dios, por el cual Él perdona todos nuestros pecados y nos acepta como justos ante sus ojos, solo por la justicia de Cristo que nos es atribuida, y que recibimos solo por la fe»³².

En el día del Señor, 12 de julio de 1739, a la edad de veintinueve años, Brainerd experimentó una conversión que lo marcó para el resto de su vida.

En aquel momento, se me abrió el camino de salvación con una sabiduría, una eficacia y una excelencia tan infinitas, que me preguntaba si alguna vez debería pensar en algún otro camino de salvación; estaba asombrado de no haber dejado antes a un lado mis propios inventos para aceptar este camino tan encantador, bendito y excelente. Si mis propios deberes, o cualquier otra de las formas que antes había ideado, me hubiera podido salvar, mi alma entera los habría rechazado [ahora]. Me preguntaba por qué todo el mundo no veía y seguía este camino de salvación, totalmente por la justicia de Cristo³³.

Al igual que sucedió con Bunyan y Cooper, es el «camino de salvación, totalmente por la justicia de Cristo» el que se abre paso en medio de las tinieblas de la duda y la incredulidad, para despertar una nueva vida.

Y no solo al principio de su caminar con Dios, sino también al final de su vida, esta fue la verdad que lo sostuvo. El sábado 19 de septiembre de 1747, menos de tres semanas antes de morir, escribió acerca de la forma en que Dios lo sostuvo en un momento en que se estaba recriminando a sí mismo:

Casi de noche, mientras trataba de caminar un poco, mis pensamientos se volvieron así: «¡Qué infinitamente dulce es amar a Dios y estar totalmente entregado a Él!» Después de esto, se me sugirió: «Tú no eres un ángel; no eres intenso y activo». Ante lo cual, toda mi alma respondió de inmediato: «Tengo un anhelo tan sincero de amar y glorificar a Dios, como el que más entre los ángeles del cielo». Entonces se me sugirió de nuevo: «Pero tú eres inmundo; no sirves para el cielo». Entonces aparecieron

al instante las benditas vestiduras de la justicia de Cristo, en las cuales no pude hacer menos que regocijarme y triunfar³⁴.

Donde crece el fruto de la aflicción

¿No es notable que el canto de estos tres cisnes sufrientes sea tan parecido en los momentos decisivos de su conversión? La justicia de Cristo, fuera de ellos mismos, y a ellos atribuida por medio de la fe solamente, no hizo de ellos inútiles, sino adoradores. No ios llevó a una vida disoluta, sino que los impulsó a buscar la santidad. No los dejó satisfechos de sí mismos, sino que los llevó a predicar, escribir y evangelizar. Los sostuvo a través de todos los sufrimientos (apenas, para Cowper; 1 Pedro 4:18) y formó el sólido terreno donde el fruto de la aflicción pudo crecer sin que el árbol se rompiera.

Entonces, bajo la soberana gracia de Dios, a esto es a lo que tenemos que agradecer por la gran alegoría de Bunyan, los himnos de Cowper y la vida de Brainerd: en primer lugar, a la gloriosa verdad bíblica de la justicia de Cristo, atribuida por gracia solo por medio de la fe, y en segundo lugar, al misericordioso don de la aflicción. Hoy en día, nosotros somos beneficiarios del fruto producido por su aflicción. Y el designio de Dios en todo esto es que nosotros no nos descorazonemos; que confiemos en El que alguien también va a ser fortalecido con el fruto de nuestra aflicción. Tras una providencia que frunce el ceño, El esconde un rostro sonriente. Tal vez lo veamos en esta vida, y tal vez no. Pero toda la Biblia fue escrita, y todos los cisnes cantan, para convencernos de que es cierto, y de que podemos y debemos «gloriarnos en las tribulaciones» (Romanos 5:3).

NOTAS



1 Éxodo 4:11: «Jehová le respondió: ¿Quién dio la boca al hombre? ¿O quién hizo al mudo y al sordo, al que ve y al ciego: ¿No soy yo Jehová?» Juan 9:1-3: «Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él». 2 Samuel 12:15: «Y Jehová hirió al niño que la mujer de Urías había dado a David, y enfermó gravemente». Romanos 8:20: «Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza». Véase también Job 2:7, 10.

2 Lamentaciones 3:32-33, 37-38: «Antes si aflige, también se compadece según la multitud de sus misericordias; Porque no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres [...] ¿Quién será aquel que diga que sucedió algo que el Señor no mandó? ¿De la boca del Altísimo no sale lo malo y lo bueno?». Amos 3:6: «¿Se tocará la trompeta en la ciudad, y no se alborotará el pueblo? ¿Habrán algún mal en la ciudad, el cual Jehová no haya hecho?». Isaías 31:2: «Pero él también es sabio, y traerá el mal». 1 Samuel 2:6-7: «Jehová mata, y él da vida; él hace descender al Seol, y hace subir. Jehová empobrece, y él enriquece; abate, y enaltece».

3 Hechos 4:27-28: «Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera». 2 Corintios 1:8-9: «Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos». 2 Timoteo 3:12: «Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución». 1 Pedro 2:21: «Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas». 1 Pedro 3:17: «Porque mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal». 1 Pedro 4:19: «De modo que los que padecen según

la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien». Hebreos 12:4-8, 11: «Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado; y habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: HIJO MÍO, NO MENOSPRECIAS LA DISCIPLINA DEL SEÑOR, NI DESMAYES CUANDO ERES REPRENDIDO POR ÉL; PORQUE EL SEÑOR AL QUE AMA, DISCIPLINA, Y AZOTA A TODO EL QUE RECIBE POR HIJO. Si Soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos... Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados».

4 Puede hallar unas afirmaciones más amplias sobre la soberanía de Dios en relación con nuestro sufrimiento, y la forma en que se trata en las Escrituras el tema de las calamidades y las persecuciones, véase John Piper, «Suffering: The Sacrifice of Christian Hedonism», en *Desiring God: Meditations of a Christian Hedonist* (Multnomah Publishers, Sisters, OR, 1996), pp. 212-238; John Piper, «The Supremacy of God in Missions Through Suffering», en *Let the Nations Be Glad* (Grand Rapids: Baker Book House, 1993), pp. 71-114; John Piper, «The Future Grace of Suffering», en *The Purifying Power of Living by Faith in Future Grace* (Multnomah Publishers, Sisters, OR, 1995), pp. 341-352.

5 William Barclay, *A Spiritual Autobiography* (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Co., 1975), p. 44. Yo califico a Barclay de «liberal a la antigua», porque sus puntos de vista son parecidos a los de aquellos que han resumido el cristianismo como la paternidad de Dios, la fraternidad de los seres humanos y la ética del amor. Era universalista (pp., 58-60), y la cruz de Cristo era para él esencialmente una demostración del amor de Dios, no una expiación penal sustituta exigida por la justicia de Dios (pp. 51-53). Con respecto a los puntos concretos de doctrina, como la Cristología, su lema era: «Aferrare a Cristo, y en lo demás no te comprometas para nada» (p. 97).

6 Teísmo abierto es el nombre escogido por un grupo de teólogos para describir su punto de vista, según el cual Dios no planifica ni conoce todo el futuro, sino que lo deja «abierto» en gran parte. Es decir, que no lo planifica ni lo sabe con anticipación. Así, por ejemplo, un teísta abierto dice: «Dios es omnisciente, en el sentido de que conoce todo lo que puede ser conocido, de la misma forma que es omnipotente en el sentido de que puede hacer todo cuanto se puede hacer. Pero las acciones libres no son entidades que se puedan conocer con antelación. Literalmente, aún no existen para que puedan ser conocidas» (Clark Pinnock, «God Limits His Knowledge», *Predestination and Free Will*:

Four Views of Divine Sovereignty and Freedom [InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1986], p. 157). O también dice: «Las decisiones que aún no se han tomado, no existen en ningún lado, de manera que no pueden ser conocidas ni por Dios» (Pinnock, «From Augustine to Arminius: A Pilgrimage in Theology», *The Grace of God, The Will of Man: A Case for Arminianism*. Clark Pinnock, ed. [Zondervan Publishing House, Grand Rapids, 1989], p. 25). Otro teísta abierto lo explica de esta forma: «De hecho, afirmar que Dios ignora las decisiones futuras de sus criaturas es como decir que Dios es sordo ante el silencio. No tiene sentido, porque antes que existan, esas decisiones no son nada que Dios pueda ignorar» (Richard Rice, «Divine Foreknowledge and Free-Will Theism», *The Grace of God, The Will of Man*, p. 129). Otro dice: «Bajo el punto de vista cristiano, Dios conoce toda la realidad: todo cuanto es susceptible de ser conocido. Pero suponer que Él conoce por adelantado cómo va a actuar cada persona en su libertad, es suponer que la actividad libre de cada persona ya puede ser conocida, aun antes que esa persona actúe con libertad. Pero no es así. Si se nos ha dado libertad, somos nosotros los que creamos la realidad de nuestras decisiones al tomarlas. Y mientras no las hayamos tomado, no existen. Así, al menos según mi punto de vista, sencillamente, no hay nada que conocer hasta que nosotros lo hagamos para que sea conocido. Es decir, que Dios no puede conocer por adelantado las decisiones buenas o malas de la gente. Él crea hasta que Él crea a esas personas, y ellas a su vez, crean sus decisiones» (Gregory A. Boyd y Edward K. Boyd, *Letters from a Skeptic* [Chariot Victor Publishing, Colorado Springs, 1994], p. 30). Entre otros libros que representan este punto de vista se encuentran *The Openness of God: A Biblical Challenge to the Traditional Understanding of God*, Clark Pinnock, ed. (InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1994) y John Sanders, *The God Who Risks: A Theology of Providence* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1998). Este punto de vista nunca ha sido aceptado como parte de la ortodoxia por ningún cuerpo cristiano de importancia en la historia de la iglesia. Thomas Oden erudito wesleyano, y otros más, lo han calificado de herejía: «Sin embargo, si los "reformistas" insisten en mantener abiertos los límites de la herejía, se les debe resistir con caridad. Esa fantasía de que Dios ignora el futuro es una herejía que se debe rechazar con el apoyo de las Escrituras ("[Yo] anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho"; Isaías 46:10a; cf. Job 28; Salmo 90; Romanos 8:29; Efesios 1), como se ha hecho en la historia de la exégesis de los pasajes relacionados al tema. Esta cuestión fue estudiada con minuciosidad por los exegetas de la patrística desde Orígenes Contra Celso («Los verdaderos reformadores y los tradicionalistas», *Christianity Today*, 42 [9 de febrero de 1998], p. 46). Para un análisis fuerte y detallado del teísmo abierto, recomiendo sobre todo a Bruce A. Ware, *God's Lesser Glory: The Diminished*

God of Open Theism (Crossway Books, Wheaton, IL, 2000). Sanders, *The God Who Risks*, p. 262.

8 Gregory Boyd, *Letters from a Skeptic*, pp. 46-47. En otro lugar, dice: «Las enfermedades, las dolencias, la guerra, la muerte, el dolor y las lágrimas no son voluntad de Dios...» (*Godat War: The Bible and Spiritual Conflict* [InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 1997], p. 293).

9 Boyd, *Godat War*, pp. 53, 166.

10 Sacado de *The Poetical Works of William Cowper*, William Michael Rossetti, ed. (William Collins Sons, Ltd., Londres.) p. 292.

11 Jonathan Edwards, *The Life of David Brainerd*, Norman Pettit, ed., *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 7 (Yale University Press, New Haven, CT, 1985), p. 242.

12 *Ibíd.*, p. 316. Anotación en su diario, fechada en el Día del Señor 18 de agosto de 1745.

13 *Ibíd.*, p. 431. Anotación en su diario, fechada el martes, 30 de septiembre de 1746.

14 John Bunyan, *Grace Abounding to the Chief of Sinners* (Evangelical Press, Hertfordshire, 1978), p. 20.

15 John Bunyan, *Seasonable Counsel, or Advice to Sufferers*, en *The Works of John Bunyan*, vol. 2, George Orford, ed. (The Banner of Truth Trust, Edimburgo, 1991), pp. 691-741.

16 Véase la nota 12 del primer capítulo.

17 John Brown, *John Bunyan: His Life, Times and Work* (The Hulbert Publishing Company, Londres, 1928), p. 338.

18 John Bunyan, *Israel's Hope Encouraged*, en *The Works of John Bunyan*, vol. 1, p. 585.

19 Charles Spurgeon, *Autobiography*, vol. 2 (The Banner of Truth Trust, Edimburgo, 1973), p. 159.

20 Bunyan, *Seasonable Counsel, or Advice to Sufferers*, pp. 722-723.

21 Véase en el primer capítulo los detalles de sus argumentos y los textos que presenta para apoyarlos.

12 Bunyan, *Seasonable Counsel, or Advice to Sufferers*, pp. 725-726.

23 *Ibíd.*, pp. 724, 737.

24 «Karolina Wilhelmina Sandell-Berg», *The Cyber Hymnalf* http://tch.simplenet.com/bio/s/a/sandell-berg_kw.htm (2 de junio de 2000).

25 *The Second London Confession, 1677 y 1689*, Capítulo 11:1-2, citado en *o/7» A. Broadus: Baptist Confessions, Covenants, and Catechisms*, Timothy y Denise George, eds. (Broadman & Holman Publishers, Nashville, TN, 1996), pp. 69-70.

26 *Grace Abounding*, p. 59. "Ibíd.", pp. 90-91.

28 Cita tomada de *Creeds of Christendom*, vol. 3, Philip Schaff, ed. (Baker Book House, Grand Rapids, 1977), p. 494, donde se menciona la Revisión Americana de 1801.

29 Gilbert Thomas, *William Coivper and the Eighteenth Century* (Ivor Nicholson and Watson, Ltd., Londres, 1935), p. 132.

30 Edwards, *The Life of David Bminerd*, p. 58.

31 *Ibíd.*, p. 345.

32 Cita tomada de *Creeds of Christendom*. vol. 3, Philip Schaff, ed. (Baker Book House, Grand Rapids, 1977), p. 683.

33 Edwards, *The Life of David Brainerd*. p. 140.

34 *Ibíd.*, p. 465.

Se me hizo ver que si alguna vez iba a sufrir de una manera justa, primero tenía que pasar sentencia de muerte sobre todo lo que se puede considerar con razón como una cosa de esta vida; incluso contarme a mí mismo, a mi esposa, a mis hijos, mi salud, mi disfrute y todo, como muertos para mí, y a mí mismo, como muerto para ellos. Lo segundo era vivir bajo el Dios que es invisible.

JOHN BUNYAN

GRACE ABOUNDING TO THE CHIEF OF SINNERS

[«Gracia abundante para el mayor de los pecadores»]



1

«VIVIR BAJO UN DIOS QUE ES
INVISIBLE»

El sufrimiento y el servicio en la vida de John Bunyan



«¡Te bendigo, prisión, por haber estado en mi vida!»

En 1672, en Bedford, a unos ochenta kilómetros al noroeste de Eondres, John Bunyan fue puesto en libertad después de doce años en prisión. Como ha sucedido con los santos sufrientes, antes y después de él, Bunyan halló que la prisión había sido un don doloroso y fructífero a la vez. Habría comprendido las palabras escritas por Aleksandr Solzhenitsyn trescientos años más tarde, quien al igual que él, convirtió su prisión en una obra de arte explosiva que cambiaría al mundo. Después de estar prisionero en el gulag ruso formado por los «campos de trabajo correccional» de José Stalin, Solzhenitsyn escribió:

Se me concedió sacar de mis años de prisión sobre mi encorvada espalda, que estuvo a punto de quebrarse bajo su peso, esta experiencia esencial: cómo un ser humano se convierte en mal-vado, y cómo se convierte en bueno. En la embriaguez de mis éxitos de juventud, yo me había sentido infalible, y por eso era cruel. En los excesos de mi poder, era un asesino y un opresor. En mis momentos de mayor maldad, estaba convencido de estar obrando bien, y tenía un buen abastecimiento de argumentos

sistemáticos. Solo al estar tirado allí, sobre la paja medio podrida de la prisión, sentí dentro de mí mismo que se movía el bien por vez primera. Gradualmente, se me fue descubriendo que la línea que separa el bien del mal no divide estados, ni clases, ni tampoco partidos políticos, sino que pasa a través de todo corazón humano, y de todos los corazones humanos... Por eso, vuelvo a mis años de prisión y digo, a veces para asombro de los que me rodean: «¡Te bendigo, prisión!» [...] Allí he pasado el tiempo suficiente. Allí alimenté mi alma, y digo sin titubear: «¡Te bendigo, prisión, por haber estado en mi vida!»¹.

¿Cómo es posible que un hombre bendiga su propia prisión? La vida y la obra de Bunyan nos dan una respuesta. Inmediatamente antes (según parece²) de ser puesto en libertad, Bunyan puso al día su autobiografía espiritual, llamada *Grace Abounding to the Chief of Sinners*. En ella recordaba las penurias pasadas en los últimos doce años, y escribía acerca de la forma en que Dios lo había capacitado para sobrevivir, e incluso florecer dentro de la cárcel de Bedford. Uno de sus comentarios fue el que me dio el título para este capítulo.

Cita del Nuevo Testamento el texto en el cual dice el apóstol Pablo: «Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos» (2 Corintios 1:9). Después dice:

Por medio de este texto de las Escrituras se me hizo ver que si alguna vez iba a sufrir de una manera justa, primero tenía que pasar sentencia de muerte sobre todo lo que se puede considerar, con razón, como una cosa de esta vida; incluso contarme a mí mismo, a mi esposa, a mis hijos, mi salud, mi disfrute y todo, como muertos para mí, y a mí mismo, como muerto para ellos. Lo segundo era vivir bajo el Dios que es invisible, como dice Pablo en otro lugar; la manera de no desmayar es

«no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (2 Corintios 4:18)³.

En todos los escritos de Bunyan no he hallado frase alguna que capte mejor la clave de su vida, que esta: «Vivir bajo el Dios que es invisible». Aprendió que para sufrir bien, debemos morir, no solo al pecado, sino también a las imperiosas exigencias de cosas que son valiosas e inocentes, entre ellas la familia y la libertad. Estando en prisión, confesó con respecto a su esposa y a sus hijos: «De alguna manera, quiero demasiado a estas grandes Mercedes»⁴. Así, debemos aprender a «vivir bajo el Dios que es invisible», no solo porque Dios es superior a los placeres del pecado, sino también porque es superior a los mismos placeres sagrados. Todo lo demás que hay en el mundo, lo debemos contar como muerto para nosotros, y nosotros para ello.

Aprendió de sus prisiones, y aprendió también de Pablo: «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo» (Gálatas 6:14). La muerte al mundo era el costoso corolario de la vida para Dios. El mundo visible murió para Bunyan. Él vivía en «el Dios que es invisible». Esta fue la pasión que fue en aumento en él desde el momento de su conversión, siendo un joven casado, hasta el día de su muerte, a los sesenta años de edad.

El sufrimiento: normal y esencial

En todo lo que he leído de Bunyan, lo que más me ha impresionado es su sufrimiento, y su forma de reaccionar ante él; lo que hizo de él y lo que puede hacer de nosotros. Todos venimos a nuestras tareas con una historia personal y numerosas predisposiciones. Yo

me acerco a John Bunyan con una sensación creciente de que el sufrimiento es un elemento normal, útil y esencial en la vida cristiana y en el ministerio. No solo nos hace madurar, apartándonos del mundo, y nos enseña a vivir en Dios, como dice 2 Corintios 1:9, sino que también hace a los ministros más capacitados para fortalecer a la iglesia⁵, y capacita mejor a los misioneros para alcanzar a las naciones⁶ con el Evangelio de la gracia de Dios.

En mi forma de leer a Bunyan influyen sobre mí, tanto lo que veo en el mundo de hoy, como lo que veo en la Biblia. Cuando usted lea estas líneas, los puntos álgidos del sufrimiento habrán cambiado desde que yo las escribí. En cambio, la realidad no habrá cambiado, y no cambiará mientras permanezca el mundo y la Palabra de Jesús se mantenga firme. «En el mundo tendréis aflicción» (Juan 16:33). «He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos» (Mateo 10:16). Hoy en día, en algunos lugares están quemando iglesias y las turbas anticristianas están matando jóvenes cristianos. Se les hace padecer hambre y esclavitud a los cristianos de forma sistemática. China perpetúa su represión oficial de la libertad religiosa y sus largos encarcelamientos. La India, con sus mil millones de habitantes y su diversidad sin paralelo, se agita con tensiones entre las principales religiones y sufre ocasionalmente de violencia. El cálculo de la cantidad de cristianos que son martirizados cada año sobrepasa toda capacidad nuestra para llorar como deberíamos⁷.

En estos mismos momentos en que escribo, veo miles de personas muertas al paso de los huracanes, o por los terremotos. Veo centenares de muertos en las guerras. Veo treinta y tres millones de personas infectadas con el VIH, el virus que causa el SIDA. Casi seis millones de personas nuevas son infectadas con este virus cada año (once personas por minuto). «Para fines de año [2000],

habrá diez millones de huérfanos del SIDA⁸». Más de seis mil personas mueren de SIDA cada día. Y, por supuesto, en mi propia iglesia veo gente sufriendo de tuberculosis, lupus, enfermedades del corazón y ceguera; todo esto, sin mencionar los centenares de angustias emocionales causadas por las relaciones, que las personas cambiarían en cualquier momento por una buena amputación.

Y cuando me acerco a la vida y los sufrimientos de Bunyan, veo en la Biblia que «es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios» (Hechos 14:22). Y veo también la promesa de Jesús: «Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán» (Juan 15:20), así como la advertencia de Pedro: «No os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese» (1 Pedro 4:12) y el realismo total de Pablo, según el cual, aquellos «que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo» (Romanos 8:23). Vemos también que se nos recuerda que «nuestro hombre exterior se va desgastando» (2 Corintios 4:16) y que toda la creación «fue sujeta a vanidad» (Romanos 8:20).

Cuando miro a mi alrededor en el mundo y en la Palabra de Dios, tengo la sensación de que lo que necesitamos de Bunyan es poder captar por un instante lo que sufrió, y cómo aprendió a «vivir bajo el Dios que es invisible». Eso es lo que quiero para mí y para mi familia, para la iglesia a la que sirvo, y para todo el que lea este libro. Porque nada glorifica más a Dios, que el que mantengamos nuestra estabilidad y nuestro gozo cuando lo perdemos todo menos a Él. Ese día nos llegará a todos y cada uno de nosotros, y haríamos bien en prepararnos, y ayudar a prepararse a las personas que amamos.

Los tiempos de las secuoyas

John Bunyan nació en Elstow, a kilómetro y medio de Bedford, Inglaterra, en 1628, el mismo año en que William Laúd se convirtió en obispo de Londres, durante el reinado de Carlos I. La conexión con el obispo Laúd es importante, porque no podemos comprender los sufrimientos de Bunyan sin tener en cuenta los tiempos religiosos y políticos en que vivió.

En aquellos días había conflictos inmensos entre el Parlamento y la monarquía. El obispo Laúd, junto con Carlos I, se oponía a las reformas de la iglesia de Inglaterra que querían los puritanos, pastores y maestros que entre 1550 y 1700, anhelaron ver «purificada» a la iglesia de Inglaterra con las verdades bíblicas y con fuego, y a quienes J. I. Packer llama «las secuoyas de California» dentro del bosque de la Cristiandad⁹. Tanto Laúd como el rey Carlos, presionaron para llevar a toda la iglesia de Inglaterra a la conformidad con la iglesia ceremonial, de acuerdo con los lineamientos del Libro de Oración Común, y contra la conciencia de muchos puritanos.

Oliver Cromwell, campeón del puritanismo dentro del ambiente político, fue elegido al Parlamento en 1640, y en 1642 estalló la guerra civil entre las fuerzas leales al rey y las leales al Parlamento, y a las reformas que ansiaban los puritanos. En 1645, el Parlamento tomó el control de la monarquía. El obispo Laúd fue ejecutado el 10 de enero de ese año, y se eliminó el uso obligatorio del Libro de Oración Común. La Asamblea de Westminster completó la Confesión de Westminster para la iglesia Presbiteriana dominante en 1646. El rey Carlos I fue decapitado en 1649, y su hijo Carlos II huyó al continente. Cromwell fue el gobernante del nuevo estado hasta su muerte en 1658. Su principal integrar un gobierno estable, con libertad de religión para

puritanos como John Bunyan y otros. «A los judíos, a quienes no se les había permitido vivir en Inglaterra desde 1290, se les permitió regresar en 1655»¹⁰.

Después de la muerte de Cromwell, su hijo Richard no pudo mantener unido el gobierno. El deseo de una estabilidad con un nuevo rey fue en aumento. Es asombroso lo rápido que puede cambiar el favor del ser humano. El Parlamento se volvió contra los no conformistas como John Bunyan, y aprobó una serie de decretos que tuvieron como consecuencia unas restricciones mayores sobre los predicadores puritanos. Se hizo volver a Carlos II en lo que se conoce como la Restauración de la Monarquía, y se le proclamó rey en 1660, el mismo año en que Bunyan fue encarcelado por predicar sin la aprobación de estado.

Dos mil pastores expulsados

En 1662 se promulgó el Acta de Conformidad, que exigía que se aceptaran de nuevo el Libro de Oración Común y las ordenaciones episcopales. En agosto de ese año, dos mil pastores puritanos fueron forzados a dejar sus iglesias. Doce años más tarde, las cosas tomaron un rumbo mejor con la «Declaración de Indulgencia Religiosa», cuya consecuencia fue la liberación de Bunyan, quien recibió licencia para predicar, y fue llamado como pastor oficial a la iglesia no conformista de Bedford. A pesar de todo esto, siguió ía inestabilidad política hasta que falleció en 1688 a los sesenta años. Estuvo encarcelado otra vez a mediados de la década de 1670, tiempo durante el cual escribió *El progreso del peregrino*¹¹. Esos fueron los días de los sufrimientos de John Bunyan, y debemos tener el cuidado de no exagerar ni tampoco subestimar los terrores de aquellos momentos. Los exageraríamos si pensáramos

que fue torturado en la cárcel de Bedford. De hecho, algunos de los carceleros le permitían salir para ver a su familia, o hacer viajes breves. En cambio, los subestimaríamos si pensáramos que no se halló con frecuencia en peligro de ser ejecutado. Por ejemplo, en los Juicios Sangrientos¹² de 1685, fueron ejecutadas más de trescientas personas en los condados occidentales de Inglaterra, solo por hacer lo que hacía Bunyan como pastor no conformista.

Angustias y temores de juventud

Bunyan aprendió de su padre el oficio de trabajar en metales, o de «hojalatero»¹³. Recibió los estudios que eran ordinarios entre los pobres, aprendiendo a leer y escribir, pero nada más. No tuvo estudios superiores formales de ningún tipo, lo cual hace más asombrosos aún sus escritos y su influencia. Los sufrimientos más notables de su vida comenzaron siendo un adolescente. En 1644, cuando tenía quince años, su madre y su hermana murieron en un solo mes. Su hermana tenía trece años. Para aumentar su quebranto, su padre se volvió a casar un mes después. Todo esto sucedía mientras, a pocos kilómetros de distancia, en ese mismo mes de tantas pérdidas, el rey atacaba una iglesia en Leighton y «comenzaba a cortar y herir a diestro y siniestro».¹⁴ Y más tarde, aquel mismo otoño, habiendo Bunyan cumplido ya los dieciséis años, fue reclutado por el Ejército Parlamentario, y durante alrededor de dos años estuvo fuera de su hogar haciendo el servicio militar. Según él mismo recuerda, hubo momentos horribles, como por ejemplo, la ocasión en que un hombre tomó su puesto de centinela, lo hirieron en la cabeza con una bala de mosquete, y murió*.

Bunyan no era creyente cristiano durante ese tiempo. Nos dice: «Había pocos que me igualaran, sobre todo teniendo en cuenta mi

edad [...] en cuanto a maldecir, jurar, mentir y blasfemar contra el santo nombre de Dios [...] Hasta que llegué al estado matrimonial, era el líder mismo de todos los jóvenes que andaban conmigo, metidos en todo tipo de vicios y de impiedades»¹⁶.

Llegan con su esposa unos libros valiosos

«Llegó al estado matrimonial» teniendo veinte o veintiún años, pero nunca hemos logrado saber el nombre de su esposa. Lo que sí sabemos es que era pobre, pero tenía un padre piadoso que había muerto, y le había dejado dos libros que ella llevó consigo al matrimonio: *The Plain Maris Pathway to Heaven* [«El camino llano del hombre al cielo»] y *The Practice of Piety* [«La práctica de la piedad»]¹⁷. Bunyan dice: «A veces leía esos dos libros con ella, y yo también encontraba en ellos algunas cosas que me eran algo agradables, pero en ningún momento sentí convicción»¹⁸. Con todo, la obra de Dios había comenzado. Dios estaba atrayendo al joven recién casado Bunyan hacia El.

John y su esposa tuvieron cuatro hijos: Mary, Elizabeth, John y Thomas. Mary, la mayor, nació ciega. Esto no solo aumentó la inmensa carga de su corazón al cuidar de Mary y de los demás, sino que también hizo que cuando ella tenía diez años y a él lo encarcelaron, la separación fuera sumamente angustiosa¹⁹.

«Tu justicia está en el cielo»

Durante los cinco primeros años de matrimonio, Bunyan se convirtió de manera profunda a Cristo y a la vida de la iglesia no conformista y de corte bautista que había en Bedford. Se halló bajo la influencia de John Gifford, el pastor de Bedford, y se mudó de

Elstow a Bedford con su familia, uniéndose a la iglesia de allí en 1653, aunque no estaba tan seguro como ellos de que fuera cristiano. El pastor Gíford, escribía, estaba dispuesto a pensar que él era cristiano, «aunque creo que no tenía mucho fundamento para hacerlo»²⁰. Es difícil fijar una fecha para su conversión, porque al relatar el proceso en Gracia abundante para el mayor de los pecadores, casi no incluye fechas ni épocas. Pero fue un proceso largo y angustioso.

Aunque estudiaba minuciosamente las Escrituras, no hallaba paz ni seguridad. Tuvo épocas de grandes dudas acerca de las Escrituras, y de su propia alma. «Sobre mi espíritu se derramó un verdadero diluvio de blasfemias contra Dios, contra Cristo y contra las Escrituras, para mi gran confusión y asombro [...] ¿Cómo es posible decir que los turcos tienen unas escrituras tan buenas para demostrar que su Mahoma es el Salvador, como las que tenemos nosotros para demostrar a nuestro Jesús?»²¹ «En ocasiones, mi corazón se volvía excesivamente duro. Aunque hubiera dado mil libras por una sola lágrima, no podía derramar ni una»²².

Cuando pensaba que ya estaba firme en el Evangelio, comenzó una temporada de unas tinieblas abrumadoras, a continuación de una terrible tentación en la que oyó estas palabras: «Vende y sepárate de este Cristo tan bienaventurado [...] Deja que se vaya si quiere». Nos dice: «Sentí que mi corazón consentía libremente a aquello. Oh, qué diligente es Satanás; oh, qué desesperada es la situación del corazón humano»²³. Nos dice que durante dos años, se sintió condenado eternamente. «Sentía que aquel pecado mío tan malvado, fuera el pecado imperdonable»²⁴. «Nadie conoce los terrores de aquellos días, más que yo mismo»²⁵. «Se me hacía muy laborioso orar a Dios, porque el desespero me estaba consumiendo»²⁶.

Fue entonces cuando llegó el momento que parece haber sido el decisivo.

Un día, mientras paseaba por el campo... cayeron en mi alma estas palabras: Tu justicia está en el cielo. Y pienso que vi con los ojos de mi alma a Jesucristo a la diestra de Dios; allí, digo que estaba mi justicia; de manera que, dondequiera que yo estuviera, hiciera lo que hiciera, Dios no podía decir de mí: Le falta mi justicia, porque esa justicia estaba delante mismo de El. Además, vi también que no era mi buen corazón el que hacía mejor mi justicia, ni tampoco mi mala conducta la que la hacía peor, porque mi justicia era el propio Jesucristo, «el mismo ayer, y hoy, y por los siglos». Hebreos 13:8. Entonces sí que se me cayeron las cadenas de las piernas. Fui liberado de mis aflicciones y mis hierros; también mis tentaciones huyeron; de manera que a partir de ese momento, aquellos textos bíblicos de Dios [acerca del pecado imperdonable] dejaron de perturbarme; ahora también me fui a casa, regocijándome por la gracia y el amor de Dios²⁷.

No es accidental el que esto sea un eco de la conversión de Martín Lutero²⁸. Bajo Dios, una influencia clave fue aquí, además de la influencia del pastor Giffbrd en Bedford, la de Martín Lutero. «El Dios en cuyas manos se encuentran todos nuestros días y nuestros caminos, puso en mis manos un día, un libro de Martín Lutero; era su Comentario sobre Gálatas [...] Descubrí que mi estado era explorado en su experiencia de una manera tan grande y profunda, como si el libro se hubiera escrito desde mi corazón [...] Prefiero este libro de Martín Lutero acerca de la epístola a los Gálatas, con excepción de la Biblia, por encima de todos los demás libros que he visto jamás, como el más adecuado para una conciencia herida»²⁹.

Nace un predicador

Así fue cómo en 1655, cuando las cuestiones de su alma quedaron arregladas, se le pidió que exhortara a la iglesia, y de repente se descubrió en él un gran predicador. No recibiría su licencia como pastor de la iglesia de Bedford hasta diecisiete años más tarde. Sin embargo, su popularidad como poderoso predicador laico hizo explosión. Creció la extensión de su labor. «Cuando el país entendió que [...] el hojalatero se había convertido en predicador», nos dice John Brown, «la gente comenzó a acudir para oír la palabra por centenares, y de todas partes»³⁰. Charles Doe, fabricante de peines de Londres, dijo (más tarde, durante la vida de Bunyan): «El señor Bunyan predicaba tan al estilo del Nuevo Testamento, que me hacía sentir admiración y llorar de gozo, y darle mi afecto»³¹. En los días de la tolerancia, bastaba que se avisara el día anterior para que se reuniera una multitud de mil doscientas personas a oírlo predicar un día de semana a las siete de la mañana³².

En una ocasión, mientras él se hallaba en prisión, toda una congregación de sesenta personas fue arrestada y encarcelada una noche. Un testigo nos dice: «Oí al señor Bunyan predicar y orar con ese poderoso espíritu de Fe y de Pleroforia [plenitud] de Asistencia Divina, que... me hizo detenerme a pensar»³³. John Owen, el mayor de los teólogos puritanos, contemporáneo de Bunyan, cuando el rey Carlos le preguntó por qué él, todo un gran erudito, iba a escuchar la predicación de un hojalatero sin estudios, dijo: «De buen grado estaría dispuesto a cambiar todo lo que he aprendido por el poder que tiene ese hojalatero para tocar los corazones de los hombres»³⁴.

La increíble Elizabeth Bunyan

Diez años después de su matrimonio, cuando Bunyan tenía treinta años, murió su esposa, dejándolo con cuatro niños de menos de diez años, entre ellos una niña ciega. Un año más tarde, en 1659, él se casó con Elizabeth, una mujer extraordinaria. El año después de su matrimonio, Bunyan fue arrestado y llevado a la prisión. Ella estaba encinta de su primer hijo, y abortó en medio de aquella crisis. Entonces, cuidó de los cuatro hijos como madrastra durante doce años sola, y le dio dos hijos más a Bunyan, Sarah y Joseph.

Ella se merece por lo menos una historia aquí; la relacionada con su valor al acudir a las autoridades en agosto de 1661, un año antes del encarcelamiento de John. Ya había estado en Londres con una petición. Ahora la recibieron con una dura pregunta:

—¿Estaría él dispuesto a dejar de predicar?

—Mi señor, él no se atreverá a dejar de predicar mientras pueda hablar.

—¿Qué necesidad hay de que hablemos?

—Sí hay necesidad, mi señor, porque yo tengo cuatro niños pequeños que no se pueden valer por sí mismos, entre los cuales una es ciega, y no tenemos nada de qué vivir, sino de la caridad de las buenas personas.

Matthew Hale, sintiendo lástima, le pregunta si es cierto que ella tiene cuatro hijos a pesar de ser tan joven.

—Mi señor, solo soy la madre política [madrastra] de ellos, y aún no hace dos años que me casé con él. Es más, estaba encinta cuando prendieron a mi esposo, pero siendo tan joven y poco acostumbrada a este tipo de cosas, me desmayé, me comenzaron los dolores de parto, y así continué durante ocho días, hasta que di a luz, pero mi hijo murió.

Hale se siente conmovido, pero otros jueces se endurecen y hablan en contra de él.

—¡No es más que un hojalatero!

—Sí, y porque es un hojalatero y un hombre pobre, es despreciado y no se le puede hacer justicia.

Un tal señor Chester se enfurece y dice que Bunyan predica y hace lo que le parece.

—¡El no predica nada que no sea la Palabra de Dios! —dice ella.

El señor Twisden, también furioso, le dice:

—Anda por todas partes haciendo daño.

—No, mi señor; no es así. Dios es su dueño y ha hecho mucho bien por medio de él.

El hombre, enojado, continúa diciendo:

—Su doctrina es la doctrina del diablo. Ella le contesta:

— ¡Mi señor, cuando el Juez justo aparezca, se sabrá que su doctrina no es la doctrina del diablo!

El biógrafo de Bunyan comenta: «Elizabeth Bunyan solo era una campesina inglesa. ¿Habría podido hablar con mayor dignidad, de haber sido una reina coronada?»³⁵.

En prisión, lejos de «mi pobre hija ciega»

Así que, durante doce años, Bunyan prefirió la prisión y una conciencia limpia, a la libertad y una conciencia manchada por el acuerdo de no predicar. Habría podido tener su libertad apenas la pidiera. Sin embargo, él y Elizabeth estaban hechos de la misma madera. Cuando se le pidió que se retractara y dejara de predicar, dijo:

Si lo único que se me permite es convertir mi conciencia en una carnicería continua, a menos que sacándome mis propios ojos, me entregue a los ciegos para que me guíen, como sin duda desean algunos, he decidido, con el Dios Todopoderoso

como ayuda y escudo, seguir sufriendo, si mi frágil vida continúa por largo tiempo, incluso hasta que crezca el musgo en mis cejas, y no violar de esa manera mi fe y mis principios³⁶.

Con todo, en algunas ocasiones se sentía atormentado con la idea de que tal vez no hubiera tomado la decisión correcta con respecto a su familia.

Muchas veces, la separación de mi esposa y mis pobres hijos ha sido para mí en este lugar como si me estuvieran arrancando la carne de los huesos, y eso no solo porque de alguna manera quiero más de la cuenta a esas grandes Mercedes, sino también porque habría debido tener en mente con frecuencia las numerosas penalidades, aflicciones y necesidades con las que se iba a encontrar mi pobre familia si me apartaban de ellos, y en especial de mi pobre hija ciega, que se encuentra más cerca de mi corazón que todos los demás que tengo; oh, cuando pienso en las penurias por las que puede pasar mi Cieguita, el corazón se me hace pedazos³⁷.

Perseveran en Bedford, y no en Londres

Sin embargo, allí se quedó. En 1672 fue puesto en libertad, a causa de la Declaración de Indulgencia Religiosa. De inmediato recibió licencia como pastor de la iglesia de Bedford, a la cual había estado sirviendo todo el tiempo, aun desde dentro de la prisión, con escritos y visitas periódicas. Se compró un granero y lo renovó, convirtiéndose en su primer edificio, y allí fue donde Bunyan ministró como pastor durante los dieciséis años siguientes, hasta su fallecimiento. Nunca fue atraído por las oportunidades mejores que había en Londres para alejarse de aquella pequeña comunidad. Se calcula que en 1676 había tal vez unos ciento veinte no conformistas que se congregaban en Bedford, y

sin duda había otros que acudían a escucharlo desde las aldeas cercanas.

Estuvo encarcelado de nuevo en el invierno y la primavera de 1675 a 1676. John Brown piensa que fue ese el tiempo durante el cual escribió *El progreso del peregrino*. Pero aunque Bunyan no volvió a estar en prisión durante su ministerio, la tensión de aquellos días era extraordinaria. Diez años después de su último encarcelamiento, a mediados de la década de 1680, la persecución se hizo fuerte de nuevo. «[Por ejemplo,] Richard Baxter, a pesar de ser ya un anciano, fue encerrado en una prisión donde permaneció por dos años más, y donde tuvo innumerables compañeros de aflicción»³⁸.

Irrumpían en las reuniones, se llevaban a toda prisa a los adoradores a las prisiones; «los separatistas cambiaban de lugar de reunión de vez en cuando, ponían centinelas para que vigilaran, dejaban de cantar himnos en sus cultos, y con la intención de tener una seguridad mayor, adoraban una y otra vez en plena noche. A los ministros se los introducía a sus pulpitos por medio de trampas en el suelo o en el cielo raso, o por medio de puertas improvisadas en las paredes»³⁹. Bunyan estaba esperando que lo apresaran de nuevo. Le traspasó todas sus posesiones a su esposa Elizabeth, de manera que no se viera en la ruina a causa de las multas que él tuviera que pagar, o de su encarcelamiento⁴⁰.

Un peregrino fallece lejos de su hogar

Pero Dios lo libró. Hasta agosto de 1688. En ese mes, recorrió los ochenta kilómetros que había hasta Londres para predicar y ayudar a hacer las paces entre un hombre de su iglesia y su padre, del que estaba distanciado. Triunfó en ambas misiones. Pero después de un viaje a un distrito apartado, regresó a Londres a caballo en medio de

unas lluvias excesivas. Se sintió enfermo con una fiebre violenta, y el 31 de agosto de 1688, a los sesenta años, siguió a su famoso Peregrino ficticio en su camino desde la «Ciudad de la Destrucción», cruzando el río, hasta entrar a la «Nueva Jerusalén».

Había pronunciado su último sermón el 19 de agosto en White-chapel, en Londres, sobre Juan 1:13. Las últimas palabras que pronunció desde el pulpito fueron: «Vivan como hijos de Dios, para que le puedan mirar al rostro a su Padre con tranquilidad otro día»⁴¹. Es probable que su esposa y sus hijos desconocieran la crisis hasta que fue demasiado tarde. Es decir que lo más probable es que Bunyan muriera sin el consuelo de su familia, tal como había pasado gran parte de su vida sin las comodidades del hogar. «El inventario de las propiedades de Bunyan después de su muerte llegaba a un total de cuarenta y dos libras con diecinueve chelines. Es más de lo que solía dejar el hojalatero promedio, pero sugiere que la mayor parte de las ganancias procedentes de El progreso del peregrino habían pasado a manos de los impresores de sus ediciones piratas»⁴². Había nacido pobre, y nunca se permitió enriquecerse en esta vida. Se halla sepultado en Bunhill Fields, en Londres.

Así que, en resumen, podemos incluir entre los sufrimientos de Bunyan la muerte intempestiva y casi simultánea de su madre y su hermana, el nuevo matrimonio casi inmediato de su padre, el reclutamiento militar en medio de su dolor de adolescente, el descubrimiento de que su primera hija estaba ciega, la depresión y las tinieblas espirituales que sufrió durante los primeros años de su matrimonio, la muerte de su primera esposa, que lo dejó con cuatro niños pequeños, el encarcelamiento de doce años, que lo apartó de su familia y de su iglesia, el estrés constante y la incerti-dumbre de una persecución inminente, en la que se incluyó otro encarcelamiento más, la enfermedad final y el fallecimiento lejos

de aquellos a quienes más amaba en la tierra. Y en este resumen no incluimos ninguna de las presiones y angustias normales del ministerio, del matrimonio, de la educación de los hijos, de las controversias, las críticas y las enfermedades que se produjeron a lo largo de su camino.

Escribe para la iglesia afligida

Entonces, la pregunta que hago con respecto al sufrimiento de Bunyan es la siguiente: ¿Cuál fue su fruto? ¿Qué produjo en su propia vida y, por medio de él, en la vida de otras personas? Aunque sé que estoy dejando en el tintero muchas cosas importantes, voy a responder a esto con cinco observaciones.

El sufrimiento de Bunyan confirmó su llamado de escritor, en especial para la iglesia afligida

Tal vez la mayor distorsión de la vida de Bunyan en el retrato suyo que he presentado hasta el momento en este capítulo, es que pasa por alto uno de los esfuerzos más grandes de su vida: el de escribir. Eran los libros los que habían despertado su propia búsqueda espiritual y lo habían guiado en medio de ella⁴³. También serían los libros los que constituirían su principal legado a la iglesia y al mundo.

Por supuesto, es famoso gracias a *El progreso del peregrino*, «después de la Biblia, tal vez el libro que más se ha vendido en el mundo... traducido a más de doscientos idiomas»⁴⁴. Fue un éxito desde el principio, con tres ediciones en 1678, el primer año de su publicación. Al principio, los intelectuales lo despreciaron, pero como señala Lord Macaulay, «Es posible que *El progreso del peregrino* sea el único libro acerca del cual, después de transcurridos

un centenar de años, la minoría culta ha pasado a compartir la opinión de la gente común y corriente»⁴⁵.

Lo que no sabe la mayoría de la gente, es que Bunyan fue un prolífico escritor, tanto antes como después de escribir *El progreso del peregrino*. El índice de «Escritos de Bunyan» hecho por Christopher Hill contiene cincuenta y ocho libros⁴⁶. La diversidad existente entre estos libros es notable: hay libros que tratan temas controversiales (como los que se refieren a los cuáqueros, y los que hablan de la justificación y del bautismo), colecciones de poemas, literatura infantil y alegorías (como *Jhe Holy War* y *The Life and Death of Mr. Batimán*). Con todo, la gran mayoría eran explicaciones doctrinales prácticas de las Escrituras, hechas a base de sus sermones con el fin de fortalecer, advertir y ayudar a los peregrinos cristianos a caminar con éxito hasta el cielo.

Bunyan fue escritor desde el principio hasta el fin. Antes de ir a la prisión a los treinta y dos años, ya había escrito cuatro libros, v solo en un año —1688, el año de su fallecimiento—, se publicaron cinco libros. Esto es extraordinario para un hombre sin una educación formal. No sabía griego ni hebreo, y no tenía ningún título de teología. Aquello era un delito tan grande en sus tiempos, que John Burton, su pastor, tuvo que salir a defenderlo, escribiendo un prefacio a su primer libro en 1656 (cuando Bunyan tenía veintiocho años): «Este hombre no ha sido escogido en una universidad terrenal, sino en la universidad celestial, la iglesia de Cristo [...] Por gracia, ha recibido estos tres títulos celestiales, que son la unión con Cristo, la unción del Espíritu y las experiencias con i as tentaciones de Satanás, que preparan mejor a un hombre para ja poderosa labor de predicar el Evangelio, que todos los conocimientos universitarios y los títulos que habría podido tener»⁴⁷.

El sufrimiento de Bunyan dejó su huella en toda su obra escrita. George Whitefield dice acerca de El progreso del peregrino: «Huele a prisión. Fue escrito cuando el autor se hallaba confinado en la cárcel de Bedford. Y los ministros nunca escriben ni predicán tan bien como cuando están bajo la cruz: entonces es cuando el Espíritu de Cristo y de su Gloria descansa sobre ellos»⁴⁸.

Se siente el olor de la aflicción en la mayoría de los escritos de Bunyan. De hecho, sospecho que una de las razones por las cuales aún se lee hoy a los puritanos con tanto provecho, es que toda su experiencia, a diferencia de la nuestra, tenía que ver con la persecución y el sufrimiento. En nuestra cultura más cómoda, esto parecerá algo sombrío a veces, pero cuando a alguien le dicen que tiene cáncer, o que su hijo es ciego, o que se aproxima una turba, deja de lado los libros de poca monta para buscar los que realmente son de peso y fueron escritos al borde del precipicio de la eternidad, donde tanto la fragancia del cielo como el hedor del infierno se sienten en el aire.

Los escritos de Bunyan eran una extensión de su ministerio pastoral, mayormente con su rebaño de Bedford, que vivía en peligro constante de atropellos y prisiones. Sus sufrimientos estaban muy de acuerdo con su tarea. Esto nos lleva al segundo efecto de los sufrimientos de Bunyan que deseo mencionar.

El sufrimiento de Bunyan hizo más profundo su amor por su rebaño y le dio a su labor pastoral la fragancia de la eternidad

Sus escritos estaban repletos de amor a su gente. Por ejemplo, después de llevar tres años preso, escribió para su propia congregación un libro llamado Christian Behavior [«La conducta cristiana»], que terminó de esta manera:

Así les he escrito en unas pocas palabras antes de morir, algo que los anime a la fe y la santidad, porque anhelo que tengan la vida que ha sido puesta al alcance de todos los que creen en el Señor Jesús, y se amen unos a otros, cuando yo haya fallecido. Aunque entonces voy a descansar de mis labores, y estaré en el paraíso, como creo con tranquilidad por medio de la gracia, con todo no es allí, sino aquí, donde les debo hacer el bien a ustedes. Por ese motivo yo, sin saber lo corta que vaya a ser mi vicia, ni los obstáculos que pueda llegar a tener de ahora en adelante para servir a mi Dios y a ustedes, he aprovechado esta oportunidad y les he presentado estas pocas líneas para su edificación⁴⁹.

En su autobiografía, escrita más o menos a mediados del tiempo que pasó en prisión, habla de su iglesia y del efecto que esperaba que su posible martirio tuviera en ella: «Muchas veces he dicho ante el Señor que, si ser ahorcado en el presente ante sus ojos sirve de medio para despertar en ellos la verdad y confirmarlos en ella, consentiría de buen grado en que así fuera»⁵⁰. De hecho, muchos miembros de su congregación se le unieron en la cárcel, y él les ministró allí. Cuando describe para ellos sus anhelos, se hace eco de Pablo, diciendo: «En mi predicación, he sufrido realmente; es como si hubiera sufrido dolores de parto para dar a luz hijos de Dios»⁵¹.

Se gloriaba en el privilegio de ser ministro del Evangelio. Esto también brotaba de sus sufrimientos. Si todo anda bien, y este mundo es todo lo que importa, el pastor puede comenzar a sentir celos de la gente próspera que se pasa el tiempo en el ocio. Pero abunda el sufrimiento, y si la prosperidad es un velo para el verdadero estado de una gente divertida, amante de las diversiones y pérdida, entonces ser pastor podría ser el más importante y glorioso de todos los trabajos. Bunyan pensaba que lo era: «Mi

corazón había estado tan envuelto en la gloria de este trabajo tan destacado, que me consideraba más bendecido y honrado de Dios por eso, que si me hubiera convertido en el emperador del mundo cristiano, o el señor de toda la gloria de la tierra sin él»⁵².

Amaba a su gente, amaba su trabajo, y se mantuvo en el mismo y con esa gente hasta el final de su vida. Los sirvió y sirvió al mundo desde la iglesia de una aldea que tal vez tuviera unos ciento veinte miembros.

El sufrimiento de Bunyan le abrió el entendimiento a la verdad de que la vida cristiana es dura, y que seguir a Jesús significa que el viento nos golpee el rostro

En 1682, seis años antes de su muerte, escribió un libro titulado *The Greatness of the Soul* [«La grandeza del alma»], basado en Marcos 8:36-37: «Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?». Dice cuál es su propósito: «Despertarlos, levantarlos del lecho de la vida fácil, la seguridad y el placer, y ponerlos de rodillas ante Él, para que le supliquen que les dé su gracia, a fin de que sientan preocupación por la salvación de sus almas»⁵³. Y no se está refiriendo al momento de la conversión, sino al proceso de perseverancia. «El que persevere hasta el fin, éste será salvo» (Marcos 13:13). Oye a Jesús advirtiéndonos que la vida con El es dura:

Seguirme a mí no es como seguir... a otros amos. El viento siempre me da en la cara, y con él, la rabiosa espuma del mar de este mundo, y sus altivas y fuertes olas golpean sin cesar los costados de la barca o el bote en el que estamos yo mismo, mi causa y mis seguidores; por tanto, el que no está dispuesto a pasar peligros, y tiene miedo de arriesgarse a morir ahogado, que no ponga el pie en esta embarcación⁵⁴.

Dos años más tarde, al comentar Juan 15:2 («Todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto»), dice: «Es voluntad de Dios que quienes vayan al cielo, lo hagan con mucho esfuerzo, y en medio de las dificultades. El justo apenas se va a salvar. Es decir, se va a salvar, pero con grandes dificultades, para que sea más dulce aun»⁵⁵.

El mismo había probado esto al principio de su vida cristiana y en todo momento a lo largo del camino. Al principio:

Mi alma se sentía perpleja con su incredulidad, sus blasfemias y su dureza de corazón, así como sus interrogantes acerca de la existencia de Dios, de Cristo, de la verdad que hay en la Palabra, y de la certeza del mundo futuro: Le aseguro que entonces me sentí grandemente atacado y atormentado por el ateísmo⁵⁶.

De todas las tentaciones con las que me he encontrado en mi vida, la de poner en duda la existencia de Dios y la verdad de su Evangelio es la peor, y la que se soporta con mayor dificultad⁵⁷.

En *The Excellency of a Broken Heart* [«La excelencia de un corazón quebrantado»], el último libro que le entregó al editor, dice:

La conversión no es el proceso fácil y suave que algunos hombres parecen creer que es [...] Desde luego, este quebranta-miento de corazones es una labor que hiere, pero sin esa herida no hay salvación [...] Donde hay injerto, hay un corte; es necesario meter ese injerto en una herida. No serviría de nada pegarlo al exterior ni atarlo con una cuerda. Deben estar pegados el corazón al corazón y el revés con el revés; de lo contrario, no va a pasar la savia de la raíz a la rama, y esto, como dije, se debe hacer por medio de una heridas.⁵⁸

El sufrimiento de Bunyan lo hizo apasionado con respecto a estas cosas... y paciente. Se puede escuchar su identificación con los que están pasando por luchas en estas palabras típicamente realistas, escritas en un libro de 1678, llamado *Come and Welcome to Jesús Christ* [«Ven y da la bienvenida a Jesucristo»]:

Cierto; el que acude a Cristo no siempre puede llegar con tanta rapidez como él quisiera. Pobre alma que te acercas, tú eres como el hombre que quería correr a todo galope, pero cuyo caballo apenas era capaz de trotar. Ahora bien, el anhelo de su mente no se debe juzgar por el paso lento del jamelgo sin vida sobre el cual va montado, sino por lo mucho que se levanta, da puntapiés y pica las espuelas mientras cabalga sobre su espalda. Tu carne es como ese jamelgo sin vida, que no tiene ganas de galopar hacia Cristo; va a tratar de ir hacia atrás, aunque tu alma y el cielo mismo estén en juego⁵⁹.

Me da la impresión de que Bunyan conocía el equilibrio de Filipenses 2:12-13: «Por tanto, amados míos [...] ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad». Primero publica un libro llamado *Saved by Grace* [«Salvos por gracia»]⁶⁰, basado en Efesios 2:5: «Por gracia sois salvos». Después, en el mismo año, sigue el tema en un libro llamado *The Strait Gate* [«La puerta angosta»]⁶¹, basado en Lucas 13:24: «Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán».

Los sufrimientos de Bunyan le habían enseñado por experiencia directa las palabras de Jesús: «Porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan» (Mateo 7:14)⁶².

Los sufrimientos de Bunyan fortalecieron su seguridad de que Dios es soberano sobre todas las aflicciones de los suyos, y los va a llevar sanos y salvos al hogar

Siempre ha habido, como hay hoy, personas que tratan de resolver el problema del sufrimiento a base de negar la soberanía de Dios; esto es, la providencia de Dios que todo lo domina, sobre Satanás, sobre la naturaleza y sobre los corazones de los seres humanos. Sin embargo, es notable ver cómo muchos de los que han apoyado la doctrina de la soberanía de Dios sobre el sufrimiento, son los que han sufrido más y han hallado más consuelo y ayuda en esa doctrina⁶³.

Entre ellos se hallaba Bunyan. En 1684, escribió para su gente sufriendo un comentario basado en 1 Pedro 4:19: «De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien». El libro se llama *Seasonable Counsel, or Advice to Sufferers* [«Un consejo a tiempo, o consejo para los que sufren»]. Toma las palabras «según la voluntad de Dios» y va desarrollando la soberanía de Dios en ellas para consuelo de su gente.

No es lo que quieran los enemigos, ni lo que hayan decidido hacer, sino lo que quiera Dios y lo que decida Dios; eso es lo que se hará... Ningún enemigo puede hacer sufrir a un hombre, cuando la voluntad de Dios es otra, de igual forma que ningún hombre se puede salvar de sus manos cuando Dios lo entregue a ellas para su gloria... [así como Jesús le mostró a Pedro «con qué muerte había de glorificar a Dios», Juan 21:19]. Sufriremos o no, a discreción suya⁶⁴.

Es decir, que Dios ha decidido qué personas van a sufrir, en qué momento van a sufrir, dónde y cómo van a sufrir.

Dios decide quién va a sufrir

En el primer caso, «Dios ha decidido quién va a sufrir. El sufrimiento no viene por azar, ni por la voluntad del ser humano, sino por voluntad y decisión de Dios». Así, Bunyan cita 1 Tesalonicenses 3:3: «A fin de que nadie se inquiete por estas tribulaciones; porque vosotros mismos sabéis que para esto estamos puestos». No debemos pensar que el sufrimiento es algo extraño para los que temen a Dios (1 Pedro 4:12), nos recuerda, y apela a Apocalipsis 6:11, donde a los mártires que están bajo el altar del cielo se les dijo «que descansasen todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número ["observe esto", dice Bunyan] de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos». Un número determinado de mártires. A partir de esto, llega a una conclusión: «El sufrimiento por la justicia, y por ser justo, se produce por voluntad de Dios. El ha decidido quiénes han de sufrir»⁶⁵.

«En tu mano están mis tiempos»

En segundo lugar, «Dios ha decidido [...] cuándo van a sufrir en el mundo por su verdad. Eos sufrimientos están fijados en el tiempo para este hombre y para aquel, en cuanto a los momentos en que van a ser probados por su fe». Por eso, cuando Pablo tenía temor en Corinto, el Señor lo fortaleció en un sueño, diciéndole: «No temas, sino habla, y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad» (Hechos 18:9-10). «El momento de su sufrimiento», dice Bunyan, «no había llegado aún». De igual forma se dice de Jesús: «Entonces procuraban prenderle; pero ninguno le echó mano, porque aún no había llegado su

hora» (Juan 7:30). Bunyan llega a esta conclusión: «Por consiguiente, los tiempos y las épocas, aun para los sufrimientos del pueblo de Dios, no se hallan en las manos de sus enemigos, sino en la de Dios, como dijo David: "En tu mano están mis tiempos"» (Salmo 31:15)⁶⁶.

Los santos sufrientes se hallan esparcidos por la tierra para impedir que hieda

En tercer lugar, «Dios ha decidido dónde este, aquel o el otro hombre va a sufrir. Moisés y Elías, cuando aparecieron en el monte santo, le hablaron a Jesús de los sufrimientos que tendría en (erusalén)» (Lucas 9:30-31). «Ea mano de Dios esparce a los santos aquí y allá, como se salpica de sal la carne para impedir que se pudra. Y cuando son esparcidos, es para que sazonen la tierra; por tanto, según esto, también está señalado dónde han de sufrir, para que sea mejor confirmada la verdad. Cristo dijo que no era posible que un profeta "muriera fuera de Jerusalén" (Lucas 13:33). Pero, ¿por qué? Dios ha dispuesto que ellos deben sufrir allí. Por tanto, la persona, el momento y el lugar se hallan sometidos a la voluntad de Dios, y en consecuencia, es esa voluntad la que dispone de ellos»⁶⁷.

«Con qué muerte había de glorificar a Dios»

En cuarto lugar, «Dios ha dispuesto [...] por qué tipos de sufrimientos deben pasar este santo o el otro... Dios dijo que le mostraría a Pablo de antemano las grandes cosas que habría de sufrir por su nombre (Hechos 9:16). Y se dice que Cristo le indicó de forma simbólica a Pedro, también de antemano, "con qué muerte había

de glorificar a Dios" (Juan 21:19)». Como sucede con el tiempo, el lugar y la persona, también sucede con el tipo de sufrimiento que debemos soportar: «Todos están escritos en el libro de Dios, y aunque parecen estar escritos con caracteres desconocidos para nosotros, sin embargo, Dios los entiende muy bien... Está indicado cuál de ellos debe morir de hambre, cuál a espada, cuál debe ir a la cautividad, y cuál va a ser comido por las fieras. Por tanto, se debe llegar a la conclusión de que por todo esto da la impresión de que los sufrimientos de los santos son indicados y dispuestos por la voluntad de Dios»⁶⁸.

Incluso podríamos ir más lejos con Bunyan cuando muestra «por cuál verdad» sufren sus santos, y «por mano de quién», así como «por cuánto tiempo». Ahora bien, preguntemos: ¿Qué pretende hacer Bunyan con esta explicación acerca de la soberanía de Dios en el sufrimiento? Él mismo nos lo dice con toda claridad: «En pocas palabras, he manejado este tema... para mostrarles que nuestros sufrimientos son ordenados y dispuestos por Él, que siempre cuando estén en problemas por causa de su nombre, no titubeen ni se sientan desorientados, sino que se mantengan firmes, compuestos y con la mente clara, y digan: "Hágase la voluntad del Señor", Hechos 21:14»⁶⁹.

La misericordia de que seamos nosotros los que suframos, y no los que torturemos

Advierte contra los sentimientos de venganza.

Aprende a tener lástima de la situación del enemigo, y lamén-tarse por él [...] Nunca le envidies sus ventajas del presente. «No te entremetas con los malignos, ni tengas envidia de los impíos», Proverbios 24:19. No te preocupes, ni aunque te eche

a perder tu lugar de descanso. Es Dios el que les ha ofrecido que lo hagan, para probar con ello tu fe y tu paciencia. No les desees mal alguno con lo que saquen de ti; es el sueldo de su trabajo, y antes que pase mucho tiempo, les va a parecer que les ha costado mucho ganarlo [...] Bendice a Dios, que tu suerte no cayó en el otro lado [...] ⁷⁰ (1Por tanto, con cuanta bondad nos trata Dios, cuando escoge afligirnos un poco, para tener mise-ricordia de nosotros con su bondad eterna. Isaías 54:7-8⁷¹).

«No hay frutos, porque allí no hay invierno»

La clave para sufrir correctamente es ver en todas las cosas la mano de un Dios misericordioso, bueno y soberano, y «vivir bajo el Dios que es invisible»⁷². Podemos tener más de Dios en los tiempos de sufrimiento, que en ningún otro momento.

En un día así se ven cosas de Dios que no se pueden ver en ningún otro. Su poder para sostener a algunos, su ira para dejar a otros; el que haga que los arbustos queden en pie, mientras soporta que caigan los cedros; la forma en que atolondra el consejo de los hombres, y hace que el diablo termine siendo más listo que él mismo; la forma en que le da su presencia a su pueblo, y deja a sus enemigos en la oscuridad; la forma en que revela la rectitud de los corazones de sus santificados, y pone al descubierto la hipocresía de otros, es una obra de maravillas espirituales en el día de su ira, y del torbellino y de la tormenta [...] Tenemos tendencia a apuntar demasiado alto en los días de calma, y a pensar de nosotros mismos mucho más elevadamente de la cuenta, y creernos más fuertes de lo que descubrimos que somos cuando llega el día de la prueba [...] No podríamos vivir sin esos giros de la mano de Dios sobre nosotros. Estaríamos obesos con demasiadas carnes, si no tuviéramos nuestras esta-ciones de invierno. Se dice que en algunos países crecen árboles, pero no dan fruto, porque allí no hay inviernos⁷³.

Por esto, Bunyan le suplica a su gente que se humille bajo la poderosa mano de Dios, y confíen en que todo va a ser para su bien. «Permíteme suplicarte que no te ofendas con Dios, ni con los hombres, si la cruz pesa mucho sobre ti. No te ofendas con Dios, porque Él no hace nada sin una causa, ni con los hombres, porque [...] ellos sirven a Dios para tu bien. Por consiguiente, toma con gratitud lo que te viene de Dios por medio de ellos»⁷⁴.

«Si sientes en el corazón que debes huir, huye»

Tal vez haya quien pregunte que, siendo esto así, si deberíamos aprovechar las oportunidades de escapar al sufrimiento. Esta es la respuesta de Bunyan:

En esto te está permitido hacer según sientas en tu corazón. Si sientes en el corazón que debes huir, huye; si sientes en el corazón que te debes mantener firme, mantente firme. todo, menos negar la verdad. El que huye, tiene justificación para hacerlo; el que se mantiene firme, también la tiene. Sí, el mismo hombre tal vez huya y se mantenga firme, según sean el llamado y la obra de Dios en su corazón. Moisés huyó, Éxodo 2:15, pero también se mantuvo firme, Hebreos 1 1:27. David huyó, 1 Samuel 19:12, pero también se mantuvo firme, 1 Samuel 24:8. Jeremías huyó, Jeremías 37:11-12, pero también se mantuvo firme, 38:17. Cristo mismo se retiró, Lucas 19:10, y también se mantuvo firme, Juan 18:1-8. Pablo huyó, 2 Corintios 11:33, pero también se mantuvo firme, Hechos 20:22-23...

En este caso hay pocas reglas. El hombre mismo es el más capacitado para juzgar con respecto a su fuerza en el presente, y el peso que tienen este o aquel argumento sobre su corazón en cuanto a permanecer o huir [...] No huyas por un temor de esclavo, sino más bien porque lo que Dios quiere es que huyas, abriendo una puerta para que alguien escape, puerta que es

abierta por la providencia de Dios, y de la huida se habla en la Palabra de Dios. Mateo 10:23 [...] Por tanto, cuando hayas huido, o hayas sido apresado, no te ofendas ni con Dios ni con el hombre: con Dios no, porque eres siervo suyo, y tanto tu vida como todo lo que tienes, suyo es; tampoco con el hombre, porque solo es la vara de Dios, y en esto, ha sido dispuesto para hacerte el bien. ¿Has escapado? Ríe. ¿Te han apresado? Ríe. Quiero decir que te sientas complacido, cualquiera que sea el camino que tomen las cosas, porque la báscula se encuentra en la mano de Dios⁷⁵

Esto es lo que quiere decir Bunyan cuando habla de «vivir bajo el Dios que es invisible». Esta es la fe que hace que una persona sea radicalmente libre, osada e intrépida en la causa de Dios y de la verdad. La vida de Bunyan no surgió de la arena. Creció como un gran árbol en la roca granítica de la verdad acerca de la soberanía de Dios sobre todos sus sufrimientos.

El sufrimiento de Bunyan hizo más profunda en él la seguridad de que la Biblia es la Palabra de Dios y la pasión por la exposición bíblica como la clave de la perseverancia

Si «vivir bajo el Dios que es invisible» es la clave para sufrir correctamente, ¿cuál es la clave para vivir bajo Dios? La respuesta de Bunyan es: Asirte de Cristo por medio de la Biblia, que es la Palabra de Dios. Por supuesto, con esto no está excluyendo la oración. De hecho, les suplica a los suyos que oren por él y se confiesa totalmente dependiente de Dios en su oración:

Cristianos, oren por mí a nuestro Dios con mucha seriedad, fervor y frecuencia cada vez que toquen a la puerta de nuestro Padre, porque tengo una gran necesidad de que lo hagan, porque mi obra es grande, mi corazón es ruín, el diablo está al acecho, y de muy buena gana, el mundo diría: Aja, aja, así lo

queríamos. Y en cuanto a mí, no puedo mantenerme a mí mismo, no me atrevo a confiar en mí mismo; si Dios no me ayuda, estoy seguro de que no pasará mucho tiempo antes que mí corazón me engañe, y el mundo se aproveche de mí⁷⁶.

La prisión como entrada a la Palabra de Dios

Pero lo que más necesitamos oír de Bunyan es la forma en que sus sufrimientos lo llevaron a la Palabra y la abrieron para él. La prisión demostró ser para él un lugar sagrado de comunión con Dios, porque su sufrimiento abrió la Palabra y produjo la comunión más profunda con Cristo que él había conocido jamás. Martín Lutero decía esto mismo, e incluso convirtió en regla el hecho de que es esencial el sufrimiento para conocer la Palabra de Dios como debernos, basándose en el Salmo 119:71: «Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos». Lutero tenía su propia forma escandalosa de decirlo:

Tan pronto como la Palabra de Dios es conocida por medio de ti, el diablo te aflige, hace un verdadero doctor [teólogo o maestro] de ti, y te enseña por medio de sus tentaciones a buscar y amar la Palabra de Dios. En cuanto a mí mismo [...] les debo a mis papistas un profundo agradecimiento por golpearme, presionarme y asustarme tanto con las furias del diablo, que me han convertido en un teólogo bastante bueno, conduciéndome hasta una meta que nunca habría debido alcanzar⁷⁷.

Bunyan hizo este mismo descubrimiento, como lo han hecho tantos otros⁷⁸.

Nunca en toda mi vida había tenido una experiencia tan grande con la Palabra de Dios como ahora [en la prisión]. Esos textos bíblicos donde no veía nada antes, en este lugar y esta situación han resplandecido sobre mí. Además, Jesucristo nunca ha sido más real y evidente que ahora. Aquí lo he visto y sentido ciertamente [...] He podido contemplar con dulzura el perdón de mis pecados en este lugar, y el hecho de estar con Jesús en otro mundo [...] Aquí he visto aquello que estoy persuadido de que nunca voy a ser capaz de expresar mientras esté en este mundo [...] Nunca supe lo que era que Dios estuviera junto a mí en todo momento y cada vez que Satanás se ofrecía a afligirme, como ahora que lo he hallado a El desde que entré a este lugar⁷⁹.

«En el bolsillo del pecho tengo una llave»

Bunyan amaba de manera especial las promesas de Dios como la llave para abrir la puerta del cielo. «Te digo, amigo, que hay algunas promesas por medio de las cuales el Señor me ha ayudado a aferrarme a Jesucristo, y que no querría que desaparecieran de la Biblia, aunque me ofrecieran a cambio tanto oro y tanta plata que se pudieran apilar hasta las estrellas entre York y Londres»⁸⁰.

Una de las escenas más formidables de El progreso del peregrino es cuando Cristiano recuerda en la mazmorra del Castillo de la Duda, que él tiene una llave para abrir la puerta. Es muy significativo, no solo lo que es esa llave, sino dónde está:

«Qué tonto he sido, que me he quedado tirado de esta forma en una maloliente mazmorra, cuando habría podido salir libre de aquí con toda facilidad. En el bolsillo del pecho tengo una llave llamada Promesa, sobre la cual estoy totalmente persuadido de que va a abrir todos los candados del Castillo de la Duda.»

«Entonces», dijo Esperanzado, «eso es una buena noticia. Mi buen hermano, sácala enseguida del bolsillo de tu pecho y pruébala». Pintonees Cristiano tomó la llave de su pecho y comenzó a probarla en el candado de la puerta de la mazmorra, y cuando le dio vuelta a la llave, el cerrojo cedió y la puerta se abrió con facilidad, de manera que Cristiano y Esperanzado salieron de allí inmediatamente⁸¹.

Bunyan dice tres veces que la llave estaba en «el bolsillo del pecho» de Cristiano, o sencillamente, en «su pecho». Yo considero que esto significa que Cristiano la había escondido en su corazón a base de aprenderla de memoria, y que ahora en la prisión, estaba a su alcance (aunque no tenía una Biblia a la mano), precisamente por esa razón. Así es cómo la Palabra sostenía y fortalecía a Bunyan.

«Pínchenlo dondequiera... Lleva la Biblia en la sangre»

Todo lo que escribió estaba saturado de Biblia. Estudiaba minuciosamente su Biblia en inglés, que la mayor parte del tiempo era lo único que tenía. Esa es la razón de que pudiera decir con respecto a sus escritos: «Para estas cosas, no he estado pescando en aguas de otros hombres; mi Biblia y mi Concordancia son mi única biblioteca para mis escritos»⁸². Charles Spurgeon, el gran predicador londinense, que leía todos los años *El progreso del peregrino*, lo explica de esta forma:

Había estudiado nuestra Versión Autorizada... hasta que todo su ser quedó saturado con las Escrituras, y aunque sus escritos están encantadoramente llenos de poesía, no nos ha podido dar su *Progreso del peregrino* —el más dulce de todos los poemas en prosa—, sin hacernos sentir y decir continuamente: «¡Pero si

este hombre es una Biblia viviente!» Pínchenlo dondequiera, y descubrirán que lleva la Biblia en la sangre; la esencia misma de la Biblia fluye de él. No puede hablar sin citar un texto, porque su alma está repleta de la Palabra de Dios⁸³.

Bunyan sentía reverencia por la Palabra de Dios y temblaba ante la posibilidad de deshonrarla. «Muera yo... con los filisteos (Jueces 16:30) antes que manejar de forma corrupta la bendita palabra de Dios»⁸⁴. Al fin y al cabo, esta es la razón de que Bunyan se halle aún con nosotros hoy, en lugar de haber desaparecido entre las nieblas de la historia. Está con nosotros, y nos está ministrando, porque tenía reverencia por la Palabra de Dios, y estaba tan saturado de ella, que la llevaba en la sangre; la esencia de la Biblia fluye aún de él.

Y esto es lo que nos puede mostrar. Que «vivir bajo el Dios que es invisible» es vivir bajo la Palabra de Dios. Servir y sufrir con las raíces en Dios es servir y sufrir saturado con la Palabra de Dios. Así es como hemos de vivir; así es como hemos de sufrir. Y, si somos llamados a ser líderes del pueblo de Dios, así es como podremos ayudar a nuestra gente a llegar sana y salva a la Ciudad Celestial. Los atraeremos con la Palabra. Les diremos lo que le decía Bunyan a su gente, y le digo yo también a usted, amado lector:

Dios ha esparcido flores de su propio jardín por todo el camino, desde la puerta del infierno, donde tú te encontrabas, hasta la puerta del cielo, hacia donde tú te diriges. Mira cómo te rodean las promesas, las invitaciones, los llamados y las palabras de ánimo, como si fueran lirios. Ten cuidado, no los vayas a aplastar con tus pies⁸⁵.

NOTAS



1 Aleksandr I. Solzhenitsyn, *The Gulag Archipelago: 1918-1956. An Experiment in Literary Investigation*, Thomas P. Whitney, trad. al inglés, vol 2 (Harper Collins, Nueva York, 1975; Westview Press, Boulder, 1997), pp. 615-617.

2 Según la obra de Bunyan llamada *Grace Abounding to the Chief of Sinners* (Hertfordshire, Inglaterra: Hvangelical Press, 1978), p. 109, Bunyan escribió la primera parte de su «autobiografía» después de haber estado ya en prisión durante cinco años. Sin embargo, en la p. 120 dice: «Ya he completado doce años aquí, esperando a ver lo que Dios permitiría que estos hombres hicieran conmigo».

3 *Ibid.*, p. 122 (cursiva del autor).

4 *Ibid.*, p. 123.

5 «Por lauto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna» (2 Timoteo 2:10). «Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que taita cie las aflicciones cie Cristo por su cuerpo, que es la iglesia» (Colosenses 1:24).

6 «He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio de ellos y de los gentiles [las naciones]» (Mateo 10:16-18, cursiva del autor). «Ahora bien, los que habían sido esparcidos a causa de la persecución que hubo con motivo de Esteban, pasaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, no hablando a nadie la palabra, sino solo a los judíos. Pero había entre ellos unos varones de Chipre y de Cirene, los cuales, cuando entraron en Antioquía, hablaron también a los griegos, anunciando el evangelio del Señor Jesús» (Hechos 1 1:19-20, cursiva del autor).

7 David Barrett y Todd M. Johnson, «Annual Statistical Table on Global Missions: 1999», vol. 23, n° 1, *International Bulletin of Missionary Research*, p. 25, calculan que en 1999 fueron martirizados 164.000 cristianos.

8 *Star Tribune*, Minneapolis, 13 de mayo de 2000, p. A19.

9 «Las secuoyas de California me hacen pensar en los puritanos de Inglaterra, otra raza de gigantes que en nuestros tiempos han comenzado a ser

valorados de nuevo. Entre 1550 y 1700, ellos también llevaron una vida sobria en la cual, hablando en sentido espiritual, un fuerte crecimiento y una gran resistencia al fuego y a las tormentas eran lo que contaba. Así como las secuoyas arraen la vista, porque sobresalen entre todos los demás árboles, también la madura santidad y la sazónada fortaleza de los grandes puritanos resplandece ante nosotros como una especie de faro que sobresale por encima del colectivismo urbano, en el cual los cristianos de occidente muchas veces sienten que son como hormigas en un hormiguero, y marionetas pendientes de una cuerda» (). 1. Packer, *A Quest for Godliness: The Puritan Vision of the Christian Life* [Crossway Books, Wheaton, IL, 1990], pp. 1-12). Este libro es una excelente y fácil de leer introducción a la vida y el pensamiento de esa generación de gigantes cristianos.

10 «Cromwell, Oliver», Microsoft® Encarta® Encyclopedia. © 1993-1997 Microsoft Corporation. Todos los derechos reservados.

11 Los expertos difieren en cuanto al momento en que fue escrito realmente El progreso del peregrino. Algunos llegan a la conclusión de que fue durante su primera prisión, de 1660-1672 (Barry Horner, *The Pilgrim's Progress* [North Brunswick, NJ: s. p., 1997], p. xvii), mientras que otros piensan que fue escrito en 1675, durante su segundo encarcelamiento (John Bunyan, *John Bunyan: His Life, Times, and Work* [Londres: The Hulbert Publishing Co., 1928], p. 174). No sabemos si la primera vez, que se publicó en su forma definitiva fue la de 1678.

12 Los llamados «Juicios sangrientos» son «en la historia de Inglaterra los juicios llevados a cabo en el oeste de Inglaterra por George Jeffreys, presidente del Tribunal Supremo de Justicia y primer Barón Jeffreys de Wem, y cuatro jueces más, después de la fracasada rebelión del duque de Monmouth, hijo ilegítimo del rey Carlos II, contra su tío católico romano, el rey Jaime II. Unas trescientas veinte personas fueron ahorcadas, y más de ochocientas fueron trasladadas a Barbados; centenares más fueron multadas, azotadas o encarceladas». «Bloody Asses», *Encyclopedia Britannica*, <http://www.britannica.com/hcom/eb/article/idxref/5/0,5716,483175,00.html> (25/05/00).

13 Este es el término que él mismo utiliza en su testamento para describir su oficio. John Brown, John Bunyan, p. 29. Se refiere a la persona que repara herramientas con el martillo y la fragua.

14 *Ibid.*, p. 42.

15 *Ibid.*, p. 45.

16 John Bunyan, *Grate Abounding*, pp. 10-11.

17 Ambos libros han sido puestos a nuestro alcance de nuevo en los últimos años: Arthur Dent, *The Plain Man's Pathway to Heaven* (Motgan, PA: Soli

Deo Gloria, 1997), y Lewis Bayly, *The Practice of Piety* (Soli Deo gloria, Morgan, PA, 1994).

18 *Grace Abounding*, p. 13.

19 Véase más adelante, en la p. 60.

20 *Grace Abounding*, p. 33.

21 *Ibid.*, p. 40.

22 *Ibid.*, p. 43.

23 *Ibid.*, pp. 54-55. ""

24 *Ibid.*, p. 57.

25 *Ibid.*, p. 59.

26 *Ibid.*, p. 63.

27 *Ibid.*, pp. 90-91.

28 Lutero, al igual que Bunyan, sufría la agonía de temer que la justicia de Dios significara su propia condenación. Para ambos, la preciosa enseñanza de las Escrituras sobre la justificación por medio de la fe únicamente fue la luz que se abrió paso entre las tinieblas de su desesperanza. Lutero escribe así acerca de esto: «Por fin, por la misericordia de Dios, meditando día y noche, hice caso del contexto de las palabras [Romanos 1:16-17], que es: "Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para la fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá". Allí comencé a comprender que la justicia de Dios es aquello por lo cual vive el justo, como don divino, es decir, por la fe. Y este es el significado: la justicia de Dios es revelada por el Evangelio, esto es, la justicia pasiva con la cual el Dios misericordioso nos justifica por la fe, como está escrito: "Mas el justo por la fe vivirá". Aquí sentí que nacía totalmente de nuevo, y que había entrado en el mismo paraíso por unas puertas abiertas de par en par. Aquí se me mostró otro rostro totalmente nuevo de todas las Escrituras... Elogié esas dulcísimas palabras con un amor tan grande, como el odio con el cual odiaba esas mismas palabras: "justicia de Dios". Así fue cómo ese lugar en los escritos de Pablo fue para mí realmente como la puerta de entrada al paraíso» (John Dillenberger, ed., *Martin Luther: Selections from His Writings* [Doubleday and Co., Garden City, NY, 1961], pp. 11-12). Puede hallar una presentación clásica de esta poderosa doctrina de la justificación por la fe sola, en James Buchanan, *The Banner of Truth* (The Banner of Truth Trust, Edimburgo, 1961, orig., 1867), o bien, en tiempos más recientes, R. C. Sproul, *The Banner of Truth* (Baker Book House, Grand Rapids, 1995).

29 *Grace Abounding*, pp. 52-52. El Comentario sobre Gálatas de Lutero ha sido publicado en inglés recientemente con una introducción de D. Stuart Briscoe: *Martin Luther, Commentary on Galatians* (Fleming H. Revell Co., Oíd Tappan, NJ, 1998).

30 John Brown, *John Bunyan*, p. IOS.

31 *Ibíd.*, p. 369.

32 *Ibíd.*, p. 370.

33 *Ibíd.*, p. 160.

34 *Ibíd.*, p. 366. Aquí hay una paráfrasis de una cita indirecta.

35 *Ibíd.*, pp. 149-150.

36 *Ibíd.*, p. 224.

37 Grace Aboundtng, p. 123.

38 Brown, John Bunyan, p. 336. Baxter era un pastor puritano cuyos libros son famosos por su utilidad práctica aún hoy. Nació en 1615 y murió en 1691. Su principal iglesia estaba en Kidderminster, donde predicó, sirvió y catequizó durante veinte años. Sus obras más notables son 'The Reformed Pastor y the saints' Everlasting Rest.

39 *Ibíd.*, p. 336.

40 *Ibíd.*, p. 340.

41 *Ibíd.*, p. 372.

42 Christopher Hill, *A Tinker and a Poor Man: John Bunyan and His Church, 1628-1688* (Alfred A. Knopf, Nueva York, 1989), p. 367.

43 Véase anteriormente las notas 17 y 28, para recordar el papel de 'The Plain Muttis Pathway to Iycaven y the Practice of Piety, así como el comentario sobre Gálatas de Lútero.

44 Hill, *A Tinker and a Poor Man*, p. 375.

45 Citado por Barry Horner, 'The Pilgrim's Progress by John Bunyan, Themes and Issues: An Evangelical Apologetic' (Reformation Press Publishing, Lindenliurst, NY, 1998), pp. 7-8.

46 Hill, *A Tinker and a Poor Man*, pp. xv-xvii. 'The Works of John Bunyan, vol. 3, lista 60, p. 763.

47 Some Gospel Truths Unveiled, en *The Works of John Bunyan*, vol. 2 (The Banner of Truth Trust, Kdimburgo, 1991, orig. 1884), p. 141.

48 Citado por Horner, 'The Pilgrim's Progress: An Evangelical Apologetic, p.

49 Christian Behavior being the Fruits of True Christianity, en *The Works of John Bunyan*, vol 2, p. 574.

50 *Ibíd.*, p. 110.

51 *Ibíd.*

52 *Ibíd.*, p. 111.

53 The Greatness of the Soul and Unspeakableness of the Loss Thereof, en *The Works of John Bunyan*, vol. 1, p, 105.

54 *Ibíd.*, p. 105.

55 Seasonable Counsel, Advice to Sufferers, en *The Works of John Bunyan*, vol. 2, p. 725.

56 Grace Abounding, p. 96.

57 *Ibíd.*, p. 128.

58 Citado por Brown, John Bunyan, p. 373. Véase el original más completo en *The Acceptable Sacrifice: The Excellency of a Broken Heart*, en [The Works of John Bunyan, vol. 1, p. 720.

59 Come and Welcome to Jesús Ghrist, en *The Works of John Bunyan*, vol. 1, p. 252.

60 Saved by Grace, en 'The Works of John Bunyan, vol. 1, pp. 335-361.

61 The Strait Gate, en 'The Works of John Bunyan, vol. 1, pp. 362-390.

62 Para una seria meditación sobre este pasaje, véase el escrito de Benjamín Breckenridge Warfield «Are They Few That Be Saved?» *Biblical and Theological Studies*, Samuel G. Craig, ed. (The Presbyterian and Reformed Publishing Co., Hladclia, 1952), pp. 334-350.

63 Para ejemplos, véase en Faith Cook, *Singing in the Fire* (Edimburgo: The Banncr or Thith Trust, 1995) y «Suftering: The Sacrifice of Ghristian Hedonism», en John Piper, *Desiring God: Meditations of a Christian Hedonist* (Multnomah Publishers, Sisters, OR, 1996), pp. 212-238, y «The Supremacy of God in Missions Through Suffering», en *Let the Nations Be Glad: The Supremacy of God in Missions* (The Baker Book House, Grand Rapids, MI, 1993), pp. 71-114.

64 Seasonable Counsel, or Advice to Sufferers, p. 722. Para una meditación sobre los problemas teológicos involucrados en este punto de vista bíblico, véase John Piper, «The Pleasure of God in All That He Does», en *The Pleasures of God: Meditations on God's Delight in Being God* (Multnomah Publishers, Sisters, OR, 2000), pp. 47-78.

65 Seasonable Counsel, p. 723.

66 *Ibíd.*, p. 723.

67 *Ibíd.*

68 *Ibíd.* Compare con Jeremías 15:2-3: «Y si te preguntaren: ¿A dónde saldremos? les dirás: Así ha dicho Jehová: El que a muerte, a muerte; el que a espada, a espada; el que a hambre, a hambre; y el que a cautiverio, a cautiverio. Y enviaré sobre ellos cuatro géneros de castigo, dice Jehová: espada para matar, y perros para despedazar, y aves del cielo y bestias de la tierra para devorar y destruir».

69 *Ibíd.*, p. 724.

70 *Ibíd.*, p. 725.

71 *Ibíd.*, p. 737. Cuando alguien pregunta si Dios es soberano sobre las tentaciones del alma, como lo es sobre los sufrimientos del cuerpo, la respuesta de Bunyan es que sí. Recordando su tenebrosa época de dudas y desespero, escribe: «Vi ahora que así como Dios tenía su mano en todas las providencias y

dispensaciones que alcanzaban a sus elegidos, también la tenía en todas las tentaciones que tenían ellos para pecar contra Él, no para animarlos a la maldad, sino para escogerles sus tentaciones y tribulaciones, y también para dejarlos por un tiempo a estas cosas solamente, no para destruirlos, sino para hacerlos humildes, no para desesperarlos, sino para ponerlos en el camino de la renovación de su misericordia», *Grace Abounding*, p. 61.

72 (trace *Abounding*, p. 109.

73 *Seasonable Counsel*, p. 694.

74 *Ibíd.*

75 *Ibíd.*, p. 726.

76 Brown, *John Bunyan*, p. 1 19.

77 Ewald M. Plass, comp., *What My Mother Says: An Anthology*, vol 3 (San Luis: Concordia Publishing House, 1959), p. 1360. El lector podría estar interesado en saber más sobre la forma en que Lutero llegó a esta convicción, y cómo afectó su vida; véase Piper, *The Legacy of Sovereign Joy: God's Triumphant* (trace in the *Lives of Augustine, Luther, and Calvin* (Crossway Books, Wheaton, IL2000).

78 Por ejemplo, John Patton, misionero escocés en las Nuevas Hébridas (Vanuatu) hace cien años, describe una de sus escapadas más angustiosas del peligro, cuando se escondió en un árbol, mientras los canibales lo rodeaban furiosos: «Nunca, en todas mis angustias, se me acercó tanto mi Señor, y me habló al alma con mayor suavidad, que cuando la luz de la luna se filtraba entre las hojas de esos castaños, y el aire de la noche tocaba mi palpitante frente, mientras yo le abría por completo el corazón a Jesús. Solo, pero sin estar solo. Si de glorificar a mi Dios se tratara, no protestaría si tuviera que pasar muchas noches solo en un árbol así, para sentir de nuevo la presencia espiritual de mi Salvador; para disfrutar de su consoladora comunión. Si te ves así dejado a tu propia alma, solo, solo por completo, a media noche, en la selva y abrazado por la muerte misma, ¿tienes un Amigo que no te fallará entonces?». John G. Patón: *Missümary to the New Hebrides, An Autobiography* Edited by His Brother (The Banner of Truth Trust, Edimburgo, 1965, orig. 1889, 1891), p. 200.

79 *Grace Abounding*, p. 121.

80 Bunyan, *Sighs from Hell*, en *The Works of John Bunyan*, vol. 3, p. 721.

81 John Bunyan, *The Pilgrims Progress*, Barry Horner, ed. (North Brunswick, NJ: s. p., 1997), p. 172.

82 Brown, *John Bunyan*, p. 364.

83 Charles Spurgeon, *Autobiography*, vol. 2 (The Banner of Truth Trust, Edimburgo, 1973), p. 159.

84 Bunyan, *Grace Abounding*, p. 114.

85 Cita tomada de *Come and Welcome to Jesús Christ* (1678) en Brown, *John Bunyan*, p. 300.

*Dios se mueve de una manera misteriosa
 Para realizar sus maravillas;
 Planta sus huellas en el mar
 Y cabalga sobre la tormenta.*

*Santos temerosos, cobrad nuevo valor;
 Las nubes que tanto teméis
 Están hinchadas de misericordia y se abrirán
 Con bendiciones sobre vuestras cabezas.*

*No juzguéis al Señor con vuestros débiles sentidos,
 Sino confiad en su gracia;
 Detrás de una providencia de ceño fruncido
 El esconde un rostro sonriente.*

*Sus propósitos madurarán con rapidez;
 Abriéndose hora tras hora;
 El capullo tendrá amargo sabor,
 Pero dulce será la flor.*

WILLIAM COWPER
 «GOD MOVES IN A MYSTERIOUS WAY»
 [«Dios se mueve de manera misteriosa»]



2

«LAS NUBES QUE TANTO TEMES,
ESTÁN REPLETAS DE MISERICORDIA
La demencia y los cánticos espirituales en la vida
de William Cowper



Una aventura de amor con la poesía

Hay por lo menos tres razones por las cuales me atrae la historia de la vida de William Cowper (su nombre se pronuncia en inglés como «cooper»), poeta del siglo XVIII. Una de ellas es que desde que tenía diecisiete años, y tal vez antes, he sentido el poder de la poesía.

Hace poco fui a mis archivos y allí encontré una vieja copia de *Leaves of Grass* [«Hojas de hierba»], la revista literaria estudiantil de la escuela secundaria Wade Hampton, en Greenville, Carolina del Sur. Era la edición de 1964, el año en que me gradué. Leí los poemas que escribí para la revista hace más de treinta y cinco años. Después saqué Kodon, la revista literaria de mis días en el Colegio universitario Wheaton, y recordé el poema «One of Many Lands» [«Una tierra entre muchas»], que escribí en uno de mis momentos desagradables como estudiante de primer año. A continuación, de la mohosa carpeta de los recuerdos salió un ejemplar de *The Opinión* (1969), del Seminario Fuller, con su poema «For Perfect Eve» («Para la perfecta Eva», con la que llevo casado treinta y dos años). Después, cuando

estaba enseñando, salió el Coeval de 1976 del Colegio universitario Bethel, con el poema «Dusk» [«Anochecer»]. Una vez más me sorprendió el largo tiempo que hace que la poesía ha sido mi amiga. Y aún lo es. Escribo poemas para los cumpleaños de mis hijos y para mi esposa en los cumpleaños, aniversarios y Días de las Madres. Durante casi veinte años, he escrito cuatro poemas de Adviento al año, y se los leo desde el pulpito a mi tan amada congregación de la Iglesia Bautista Bethlehem.

Una de las razones de esto, es que vivo continuamente consciente de la brecha que existe entre la poca intensidad de mi propia pasión y las asombrosas realidades del universo que me rodea: el cielo, el infierno, la eternidad, la vida, Jesucristo, la justificación por la fe y Dios. Todos nosotros (lo sepamos o no) tratamos de cerrar esa brecha entre la debilidad de nuestras emociones y la maravilla del mundo. Algunos lo hacemos con la poesía.

William Cowper lo hacía con la poesía. Creo comprender algo de lo que quiere decir, por ejemplo, cuando escribe un poema acerca de la impresión que tuvo al ver el retrato de su madre después de cincuenta y tres años. Ella había muerto cuando él solo tenía seis.

Y, aunque esa cara renueva mi filial dolor,
La fantasía tejerá un dije para mi alivio¹.

La fantasía, el esfuerzo imaginativo para convertir su emoción en un poema, le va a traer una satisfacción placentera y dolorosa a la vez. Hay un profundo alivio que sentimos cuando hallamos una forma de ver y gustar alguna realidad valiosa, para después decirlo de una forma que parece cerrar un poco la brecha existente entre lo que hemos podido vislumbrar con nuestra mente, y lo que hemos captado con nuestro corazón. No nos debería

sorprender que probablemente más de trescientas páginas de la Biblia hayan sido escritas en poesía, porque una de las grandes metas de la Biblia es la de construir un puente entre la prosaica mortandad del corazón humano y la inexpresable realidad del Dios viviente.

***El hombre que escribió el himno que tenemos
sobre nuestra chimenea***

La segunda razón por la que me siento atraído a William Cowper es que quiero conocer al hombre que se encuentra tras el himno «Dios se mueve de una manera misteriosa», uno de los últimos poemas escritos por Cowper. Apareció en la colección de «Himnos de Olney» bajo el título de «Conflicto: La luz que brilla desde las tinieblas». A lo largo de los años, ha llegado a ser muy estimado por mí, y por muchos en nuestra iglesia. Nos ha llevado a través del fuego.

*Dios se mueve de una manera misteriosa
Para realizar sus maravillas;
Deja las huellas de sus pies en el mar
Y cabalga sobre la tormenta.*

*En lo profundo de unas minas insondables
Con una habilidad que nunca falla,
Atesora sus resplandecientes designios
Y obra su soberana voluntad.*

*Santos llenos de temor, tomad nuevo valor;
Las nubes que tanto teméis
Están repletas de misericordia, y romperán
En bendiciones sobre vuestras cabezas.*

*No juzguéis al Señor con vuestros débiles sentidos,
Sino confiad en El y en su gracia;
Detrás de una providencia que frunce el ceño
Él esconde un rostro sonriente.*

*Sus propósitos madurarán pronto.
Desarrollándose a cada hora;
Aunque el capullo tenga sabor amargo,
Dulce será la flor.*

*La ciega incredulidad yerra con seguridad,
Y escudriña en vano su obra;
Dios es su propio intérprete,
Y es El quien la dará a conocer.²*

Durante catorce años, una versión bordada de este himno ha estado colgada en un cuadro en nuestra sala de estar. La hizo para regalárnosla una joven madre a quien este poema la sostuvo durante momentos de gran tristeza. Expresa tan bien los fundamentos de mi teología, y de mi vida, que anhelo conocer al hombre que lo escribió.

En tercer lugar, quiero conocer por qué William Cowper luchó con la depresión y el desespero durante casi toda su vida. Quiero tratar de entender cómo es posible que hayan coexistido la locura y los himnos espirituales en el corazón de alguien de quien creo que era un cristiano genuino.

Una vida sin grandes acontecimientos... en el exterior

Cowper nació en 1731 y murió en 1800. Esto lo hace contemporáneo de John Wesley y de George Whitefield, los líderes del Avivamiento Evangélico en Inglaterra. Abrazó la teología calvinista de Whitefield, en lugar del arminianismo de Wesley. Ahora bien,

se trataba de una forma evangélica cálida de calvinismo, formada (en el caso de Cowper) mayormente por uno de los hombres más saludables del siglo XVIII, John Newton, el «viejo blasfemo del África». Cowper decía que podía recordar cómo, siendo niño, veía llegar a la gente a las cuatro de la madrugada para escuchar a Whitefield mientras predicaba al aire libre. «Moorfields estaba tan lleno de faroles de los adoradores antes que saliera el sol, como Haymarket lo estaba de antorchas en una noche de ópera»³.

Cowper tenía veintisiete años de edad cuando murió Jonathan Edwards en América. Vivió en los tiempos de la revolución americana y la francesa. Benjamín Franklin conoció su poesía, y a su primer volumen le hizo una crítica favorable⁴. Sin embargo, aunque de fama internacional, no era hombre público ni dedicado a viajar. Era un solitario que se pasó prácticamente toda su vida adulta en el campo inglés cercano a Olney y a Weston.

Desde el punto de vista de las aventuras, las políticas o los compromisos públicos, su vida estuvo totalmente desprovista de acontecimientos. Fue el tipo de vida sobre la cual un jovencito nunca tomaría la decisión de leer. Sin embargo, aquellos de nosotros que somos mayores, hemos llegado a ver que es probable que los sucesos del alma sean los más importantes de la vida. Y las batallas que se libraron en el alma de este hombre fueron de proporciones épicas.

Por eso le recomiendo que medite en esta vida aparentemente tranquila con la idea de ver las batallas de su alma. Nació el 15 de noviembre de 1731, en Great Berkhamstead, poblado de unos mil quinientos habitantes, cercano a Londres. Su padre era el rector de la iglesia del poblado, y uno de los capellanes del rey Jorge II. Es decir, que la familia estaba en buena posición, pero no era evangélica, y William creció sin tener una relación salvadora con Cristo.

Su madre murió cuando él tenía seis años, y su padre lo envió a Pitman's, un internado de Bedfordshire. Fue un trágico error, como veremos por su propio testimonio más tarde en su vida. Desde los diez años hasta los diecisiete, asistió a la escuela de Westminster y aprendió francés, latín y griego lo suficientemente bien para pasarse los últimos años de su vida, cincuenta años más tarde, traduciendo el griego de Hornero y el francés de Madame Guyon.

Desde 1749, fue aprendiz de abogado, con la idea de practicar dicha carrera. Al menos, eso era lo que quería su padre. En realidad, nunca se interesó en ella, ni tenía corazón para la vida pública de un abogado o un político. Durante diez años, no se tomó en serio su carrera de derecho, sino que llevó una vida despreocupada, involucrándose de una forma mínima en la carrera que se suponía que ejerciera.

«Día y noche estaba atormentado»

En 1752 se hundió en su primera depresión paralizante, la primera de cuatro grandes batallas con unos derrumbes mentales tan graves, como para ponerlo a mirar por las ventanas durante semanas seguidas. Esa lucha con la desesperación se convirtió en el tema central de su vida. Tenía veintiún años de edad, y aún no era creyente. Así escribió acerca del ataque de 1752:

[Fui golpeado] con un abatimiento de espíritu tan grande, como nadie que no haya pasado por lo mismo puede ni siquiera imaginar. Día y noche estaba atormentado; me acostaba en medio del horror, y me levantaba en medio del desespero. En poco tiempo perdí todo gusto por esos estudios a los cuales me había sentido tan estrechamente apegado; los clásicos ya no

tenían encanto alguno para mí; necesitaba algo más saludable que un simple entretenimiento, pero no tenía nadie que me dirigiera hacia donde lo pudiera encontrar⁶.

Salió de esta depresión con la ayuda de los poemas de George Herbert (quien había vivido ciento cincuenta años antes, de 1593 a 1633). «Los himnos le parecieron "burdos" y "góticos", pero le hablaron al alma»⁷. No se nos dice cuál de los poemas de Herbert se abrió paso hasta Cowper con la luz, pero hay uno que lo ha hecho conmigo, y me gustaría pensar que hizo lo mismo a favor de Cowper. Se llama «La polea». Lo que lo hace tan relevante para la situación de Cowper es la comprensión de Herbert sobre la forma en que Dios a veces nos quita el descanso del alma, no para afligirnos, sino para que la inquietud nos haga lanzarnos a su pecho.

*Con un vaso de bendiciones en espera,
«Derramemos», dijo, «en él todo lo que podamos;
Que las riquezas del mundo, que yacen dispersas,
Se contraigan en un solo espacio.
Así que la fortaleza primero abrió camino;
Después la belleza, después la sabiduría, la honra y el placer;
Cuando casi todo había salido, Dios se detuvo,
Percibiendo que de todo su tesoro.
Solo quedaba en el fondo el descanso.
«Porque si también le doy», dijo él,
«Esta joya a mi criatura,
El va a adorar mis dones, y no a mí,
Ya descansar en la Naturaleza, no en el Dios de la Naturaleza:
De esa manera, los dos saldremos perdiendo.*

*«Así que dejemos que tenga el descanso,
Pero mantengámoslo con la aflicción de la inquietud;*

Que sea rico y cansado, para que al menos.
 Si no lo guía el bien, sea entonces el cansancio
 El que lo lance hacia mi pecho»".

El cambio de escenario no sana

A lo largo de toda la vida de Cowper, Dios tendría esta extraña manera de lanzar aquella alma atormentada una y otra vez hacia su pecho. En 1752, había tanta gracia en la verdad y la belleza que contenían los poemas de George Herbert, que Cowper se sintió esperanzado y tuvo la fuerza necesaria para pasarse varios meses en Southampton, junto al mar y lejos de Londres. Lo que sucedió allí fue a la vez triste y misericordioso. Esto es lo que escribe en su Memoir [«Memorias»]:

La mañana estaba clara y serena; el sol resplandecía con fuerza sobre el mar, y los campos que lo bordeaban eran los más hermosos que yo hubiera visto jamás [...] Allí fue donde sentí de repente, como si se hubiera encendido otro sol en ese momento en los cielos con el propósito de disipar la angustia y la irritación de mi espíritu, que desaparecía el peso de todo mi cansancio; en un instante, mi corazón quedó ligero y lleno de gozo; habría podido llorar extasiado, de haber estado solo⁹.

Esa fue la misericordia. La tristeza de aquello fue que, a pesar de que en aquellos momentos dijo que «nada inferior a una orden divina me habría podido llenar con un deleite tan imposible de expresar»¹⁰, más tarde confesaría que, en lugar de atribuirle a Dios aquella misericordia, se formó el hábito de combatir sencillamente sus depresiones, si acaso, con cambios de escenario. Era la misericordiosa mano de Dios en la naturaleza, pero él no lo veía, ni le daba la gloria. Aún no.

La pérdida de Theodora

Entre 1749 y 1756, Cowper estuvo enamorado de su prima Theodora, cuyo hogar visitaba con regularidad durante los fines de semana. Estaban comprometidos, pero por alguna razón misteriosa, el padre de ella, Ashley Cowper, prohibió aquel matrimonio. La razón aparente que dio fue que era inadecuado a causa de la consanguinidad que un hombre se casara con su propia prima. Sin embargo, parece extraño que se permitiera el desarrollo de aquella relación durante siete años, hasta el punto de que pasara al nivel de un compromiso, si se la iba a destrozarse en el último minuto. Tal vez sea cierto que el padre de Theodora conociera cosas acerca de William que lo convencerían de que no habría sido un buen esposo para su hija.

Sin embargo, las cosas no salieron de la forma que esperaba aquel padre. Aunque nunca se volvieron a ver de nuevo desde 1756, Theodora vivió más tiempo que William, pero nunca se casó. Seguía a la distancia su carrera de poeta, y le enviaba dinero de forma anónima cuando estaba necesitado, e incluso hubo un tiempo en que le enviaba un estipendio continuo. Conocemos diecinueve poemas que él le escribió, llamándola «Delia». Uno de ellos, escrito unos años después de su separación, manifiesta el dolor que aún permanece:

*Pero ahora, único compañero en el corazón de mi Delia,
 Pero condenado a un exilio demasiado lejano para quejarme,
 La ausencia eterna no puede aliviar mi dolor,
 Y la esperanza solo subsiste para prolongar mi pena¹¹.*

Lo que hallaremos es que la vida de William Cowper parece haber sido una larga acumulación de angustias.

Como «en el lugar de la ejecución»

En 1759, cuando tenía veintiocho años, fue nombrado gracias a la influencia de su padre, Comisionado de Bancarrotas en Londres. Cuatro años más tarde, estuvo a punto de convertirse en Secretario de Actas del Parlamento. Lo que para muchos hombres habría constituido un gran adelanto en su carrera, solo sirvió para llenar de temor a William Cowper; tanto, que tuvo una depresión mental total, trató de suicidarse de tres maneras distintas y fue ingresado en un asilo.

Su padre había hecho los arreglos para que se le diera el puesto, pero los enemigos de este en el Parlamento decidieron exigir un interrogatorio público de su hijo como requisito previo. Cowper escribe lo siguiente acerca del horrible ataque de 1763:

Entonces regresaron todos los horrores de mis temores y mis perplejidades. Habría recibido con igual ánimo un relámpago, que esto [el interrogatorio]... Aquellos, cuyo espíritu ha sido formado como el mío, y para los cuales una exhibición pública de sí mismos en cualquier ocasión es un veneno mortal, podrán tener alguna idea de lo horrible que era mi situación; los demás no pueden tener ninguna¹².

Durante más de medio año, sus sentimientos fueron los «de un hombre cuando llega al lugar de su ejecución»¹³

En esos momentos volvió a la memoria de William Cowper algo terrible que nos hace preguntarnos qué clase de padre tenía. De repente, aquel secretario de treinta y dos años de edad recordó un «tratado sobre el asesinato de sí mismo» que había leído a los once años.

Recuerdo bien que cuando tenía unos once años de edad, mi padre quiso que leyera una justificación del suicidio, y que le dijera lo que pensaba sobre aquella cuestión. Así lo hice, y le presenté mis argumentos en su contra. Mi padre escuchó mis razones, y guardó silencio, sin aprobarlas ni reprobarlas; de esto pude inferir que se había puesto del lado del autor, y en contra mía¹⁴.

En la semana anterior a su interrogatorio (octubre de 1763), compró láudano para usarlo como veneno. Pensó en escaparse a Francia para entrar a un monasterio. Se imaginaba difamando de manera anónima en el periódico. Estaba perdiendo su sentido de la realidad casi por completo. El día anterior al interrogatorio en el Parlamento, salió con la intención de ahogarse, y tomó un coche de alquiler hasta Tower Wharf. Pero en Cutom House Quay encontró que el agua era muy poco profunda y que había «un maletero sentado sobre algunas mercancías», como si fuera «un mensaje para impedir» lo que iba a hacer¹⁵.

Aquella noche, cuando llegó a su casa, se trató de tomar el láudano, pero descubrió que sus dedos estaban «estrechamente contraídos» e «inútiles por completo». A la mañana siguiente trató tres veces de colgarse con una jarretera. A la tercera vez quedó inconsciente, pero se rompió la jarretera. La lavandera lo halló en la cama y llamó a su tío, quien canceló de inmediato el interrogatorio. Y ese fue el final del encuentro de Cowper con la vida pública, aunque no fuera el final de su encuentro con la muerte.

Después de esto, le vino la horrible convicción de pecado, cuando se dio cuenta de que era tan culpable como si hubiera logrado matarse, porque lo había intentado, y todo lo que había sucedido era que había fracasado:

Se produjo la convicción de pecado, en especial del que acababa de cometer; su perversidad, y también su atrocidad, se

me presentaron con unos colores tan inconcebiblemente fuertes, que me desprecié a mí mismo con un menosprecio que es imposible imaginar o expresar [...] Esta sensación con respecto a aquello aseguró que no repitiera un crimen sobre el cual ahora no podía reflexionar sin aborrecerlo. Antes de levantarme de la cama, me vino a la mente que lo único que faltaba era el asesinato para llenar la medida de mis iniquidades, y eso, a pesar de que había fracasado en mis designios, aunque tendría que responder por toda la culpa de aquel crimen. Lo que siguió de inmediato rué una sensación sobre la ira de Dios, y una profunda desesperanza de poder escapar a ella. El temor a la muerte comenzó a prevalecer en mí mucho más de lo que jamás la había deseado antes¹⁶.

Ahora, todo lo que leía lo condenaba. No podía dormir, y cuando dormía, sus sueños eran aterradores. Cuando se despertaba, «se tambaleaba vacilante, como un hombre borracho»¹⁷.

Te bendigo, manicomio, por mi vida

Así fue cómo, en diciembre de 1763, fue ingresado en el Manicomio de St. Albans, donde atendía a los pacientes el Dr. Nathaniel Cotton, de cincuenta y ocho años de edad. Cotton era algo poeta, pero sobre todo, por los maravillosos designios de Dios, era creyente evangélico, y amaba a Dios y al Evangelio. Le tomó afecto a Cowper y le presentó la esperanza repetidamente, a pesar de que él insistía en que estaba condenado y se hallaba más allá de toda esperanza. Seis meses después de estar allí ingresado, Cowper halló una Biblia puesta (no por accidente) en un banco.

Hallé una Biblia en el banco del jardín, y la abrí en el capítulo once de San Juan, donde Jesús resucita a Lázaro de entre los muertos, y vi tanta benevolencia, tanta misericordia, tanta

bondad y compasión con los hombres que sufren en la conducta de nuestro Salvador, que casi derramé lágrimas a causa de esa revelación, sin pensar siquiera que era exactamente el tipo de misericordia que Jesús estaba a punto de extenderme a mí mismo. Suspiré y dije: «Oh, si yo no hubiera rechazado a un Redentor tan bueno; si no hubiera renunciado a todos sus favores». Así fue como se me ablandó el corazón, aunque aún no fue iluminado¹⁸.

Cada vez, más, sintió que no había sido abandonado por completo. De nuevo se sintió llevado a volver a la Biblia. El primer versículo que vio fue Romanos 3:25: «A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados».

Enseguida recibí la fortaleza necesaria para creerlo, y resplandecieron sobre mí en todo su poder los rayos del Sol de Justicia. Vi que la expiación hecha por Él era suficiente, que mi indulto estaba sellando en su sangre, y que la justificación que Él me daba era plena y total. En un instante creí, y recibí el Evangelio [...] Todo lo que mi amigo Madan¹⁹ me había dicho mucho antes, se reavivó con toda su claridad, con una demostración del espíritu y con poder. Si el brazo Todopoderoso no me hubiera estado sosteniendo, creo que me habría muerto de gratitud y de gozo. Se me llenaron los ojos de lágrimas, y se me ahogó la voz como en éxtasis; solo pude levantar los ojos al cielo en silencioso temor, abrumado por el amor y el asombro²⁰.

Había llegado a sentir tanto afecto por St. Albans y el Dr. Cotton, que se quedó allí otros doce meses después de su conversión. Habríamos querido que su historia fuera la historia de un

emocionante triunfo después de su conversión. Sin embargo, no salieron así las cosas, ni mucho menos.

La dulce misericordia de un marino traficante de esclavos

En junio de 1765, Cowper salió de St. Albans y se fue a vivir con la familia Unwin, en Huntingdon. Mary Unwin solo tenía ocho años más que Cowper, pero se convertiría en una verdadera madre para él durante casi treinta años. En 1767, el señor Morley Unwin, el esposo de Mary, murió de una trágica caída de su caballo. Cowper vivió en la casa de Mary Unwin por el resto de la vida de esta. Esto fue significativo, no solo por lo mucho que ella cuidó de él, sino también porque estableció el escenario para la relación más importante en la vida de Cowper: su amistad con John Newton.

John Newton era el párroco de la iglesia de Olney, que no estaba muy lejos de la casa de la familia Unwin. Había perdido a su madre cuando tenía seis años, igual que Cowper. Pero después de haber sido enviado a la escuela durante algunos años, viajó con su padre por mar abierto, y él mismo terminó convirtiéndose también en marino traficante de esclavos. Tuvo una poderosa conversión, y Dios lo llamó al ministerio. Había estado en Olney desde 1764, y allí estaría hasta 1780.

Lo conocemos sobre todo como el autor de «Amazing Grace» [«Sublime gracia»]. No obstante, también lo deberíamos conocer como uno de los pastores más saludables y felices del siglo XVIII. Alguien dijo que, mientras otros pastores eran respetados por su gente, Newton era amado por la suya. Para ilustrar la clase de espíritu que tenía, he aquí una cita que llega al corazón del enfoque que tenía sobre el ministerio:

Dos montones de felicidad humana y de aflicción; ahora, si puedo tomar aunque sea lo más pequeño de uno de los montones para ponerlo en el otro, lo hago. Si, mientras voy para mi casa, un niño ha perdido una monedita, y dándole otra, puedo enjugar sus lágrimas, creo que he hecho algo. Debería estar contento por hacer cosas mayores, pero esto no lo voy a descuidar. Cuando oigo que tocan a la puerta de mi estudio, estoy oyendo un mensaje de Dios; tal vez, sea una lección para instruirme, o quizá una lección de penitencia; sin embargo, como es un mensaje suyo, debe ser interesante²¹.

A John Newton le informaron que una familia cercana a su parroquia había perdido a su padre y esposo: la familia Unwin. El hizo el viaje para verlos, y los ayudó tanto, que ellos decidieron mudarse a Olney para ser parte de su ministerio. Así fue como en septiembre de 1767 se mudaron de Huntingdon a Olney, donde vivieron en un lugar llamado Orchard Side durante casi veinte años. Durante trece de aquellos años, Newton fue el pastor, consejero y amigo de Cowper, quien decía: «Ningún hombre ha tenido jamás un amigo más sincero y afectuosos»²².

Los himnos de Olney como terapia.

Newton se dio cuenta de la tendencia de Cowper a la melancolía y la soledad, y lo atrajo al ministerio de visitación tanto como pudo. Daban largas caminatas juntos, yendo de un hogar a otro, y hablaban de Dios y de sus propósitos con la iglesia. Entonces, en 1769, Newton tuvo la idea de colaborar con Cowper en un libro de himnos para cantarlos en su iglesia. Pensaba que sería bueno utilizar las tendencias poéticas de Cowper.

Al final, Newton había escrito unos doscientos de estos himnos, y Cowper había escrito sesenta y ocho. El himnario fue publicado en 1779. Además de «Sublime gracia», Newton escribió «How Sweet the Name of Jesús Sounds» [«Cuan dulce suena el nombre de Jesús»], «Glorious Things of Thee Are Spoken» [«Cosas gloriosas se dicen de ti»] y «Come, My soul, Thy Suit Prepare» [«Ven, alma mía, prepara tus ropas»], entre muchos otros. Cowper escribió «God Moves in a Mysterious Way» [«Dios se mueve de una manera misteriosa»], «There Is a Fountain Filled with Blood» [«Hay una fuente llena de sangre»] y «O for a Closer Walk with God» [«Oh, cuánto anhelo caminar más cerca de Dios»], entre otros.

La naturaleza «se convirtió en un vacío universal»

Pero antes que Cowper pudiera terminar los himnos que le correspondían, tuvo lo que él llamaba «el sueño fatal». De nuevo había llegado el mes de enero. Sus depresiones siempre habían sido peores en ese mes. Y ya habían pasado diez años desde «el temible '63». Prácticamente cada diez años le llegaban en su forma más intensa. No dice exactamente cuál fue el sueño, sino solo que se le habló «una palabra» que lo redujo a la desesperación espiritual; algo en el sentido de que «Todo se acabó para ti; estás perdido»²³.

Dos años más tarde, aún se estremecía al recordar aquel sueño. En 1785 le escribía a Newton, diciéndole: «Hace doce años tuve un sueño, ante cuyo recuerdo se desvanece todo consuelo, y tal me parece que siempre se deberá desvanecer». Poco antes de morir, le dijo a Eady Hesketh: «En un día, en un minuto habría debido decir, [la naturaleza] se convirtió para mí en un vacío universal; y, aunque haya tenido una causa diferente, su efecto es tan difícil de eliminar como la ceguera misma»²⁴.

De nuevo se produjeron repetidos intentos de suicidio, y cada vez que se producían, Dios lo protegía de forma providencial. Newton estuvo a su lado durante todo este tiempo, sacrificando incluso al menos unas vacaciones para no dejarlo solo.

En 1780, Newton se marchó de Olney para tomar un nuevo pastorado en Lombard Street, Londres, donde trabajó durante los veintisiete años siguientes. Merece un gran elogio el ver que no abandonó su amistad con Cowper, aunque sin duda le habría sido emocionalmente fácil hacerlo. Lo que se produjo fue un intenso intercambio de cartas durante veinte años. Cowper le abrió su alma a Newton como no lo hizo con nadie más.

«Las verdades... que, expresadas en prosa, no escucharían»

Tal vez fuera bueno para Cowper que Newton se marchara, porque cuando se fue, él se entregó por completo a sus principales proyectos poéticos (entre 1780 y 1786). Hoy en día, la mayoría de nosotros no hemos oído hablar nunca de ninguno de estos poemas. El más famoso y extenso se llamaba *The Task* [«La tarea»], y era un poema de cien páginas en verso libre. Aunque se veía a sí mismo en sus momentos más tenebrosos reprobado y sin esperanza, nunca dejó de creer en la verdad el Avivamiento Evangélico. Todos sus poemas tienen el propósito de enseñar además de recrear.

Con respecto a sí mismo, escribía:

*Yo, que emborrono cuartillas con rimas
Para captar las fruslerías de los tiempos
Y decirles verdades divinas y claras
Que, expresadas en prosa, no escucharían²⁵.*

Su primer libro de poemas fue publicado en 1782, cuando tenía cincuenta y un años. Tres años después apareció 'The Task, la obra que lo hizo famoso. La gran utilidad de estos poemas es que «ayudaron a extender las ideas [del Avivamiento] entre la gente culta de todas las clases... Debido a su alianza formal con el movimiento [evangélico] y los efectos prácticos de su labor, [Cowper] sigue siendo en su [poeta] laureado»²⁶.

Tal vez esta productividad evitara la amenaza de depresión en 1783, que marcaba el siguiente intervalo de diez años. No obstante, este alivio no duró. En 1786, Cowper entró en su cuarta depresión profunda, y de nuevo intentó suicidarse, sin lograrlo. Se mudó junto con Mary de Olney a Weston aquel año, y allí comenzó el largo declinar de ambos. El la cuidó como a una madre agonizante desde 1790 hasta 1796, llenando los momentos que podía con el trabajo en sus traducciones de Homero y de otras obras griegas (y francesas). En 1799 escribió su último poema original, llamado «The Castaway» [«El náufrago»], y murió, al parecer en medio de una desesperación total, en 1800.

Reflexiones sobre su depresión

La melancolía de William Cowper es perturbadora. Necesitamos aceptarla dentro del marco del poder soberano de Dios, y de su gracia para salvar y santificar a los suyos. ¿Qué tenemos que decir con respecto a la batalla que sostuvo este hombre durante toda su vida con la depresión, y de hecho, su evidente rendición ante la desesperación en su propia vida?

Algo que debemos observar, es que hay cierta falta de constancia en su forma de hablar acerca de su aflicción y su desespero. Por ejemplo, en una carta dirigida a John Newton, el 13 de enero de 1784, escribía:

Tan cargada como está mi vida con el desespero, no renego el consuelo que resultaría de la suposición de que vayan a venir cosas mejores, si terminara alguna vez [...] Usted me va a decir que tras esta fría melancolía va a venir una alegre primavera, y hará un esfuerzo por animarme a tener la esperanza de un cambio espiritual que se parezca a ella, pero va a ser trabajo perdido. La naturaleza revive de nuevo, pero el alma que una vez murió, ya no vive... Mis amigos, yo sé, esperan que vuelva a ver. Piensan que es necesario para la existencia de la verdad divina que aquel que la poseyó una vez, nunca la pierda de forma definitiva. Admito que este razonamiento es sólido en todos los casos, menos en el mío. Y, ¿por qué no en el mío? [...] Me anticipo a la respuesta: Los caminos de Dios son misteriosos, y Él no nos rinde cuenta sobre sus asuntos. Esta es una respuesta que serviría tanto a mis propósitos, como a los de aquellos que la usen. En mi destrucción existe un misterio, y con el tiempo quedará explicado²⁷.

Observe que afirma que es cierta la doctrina de la perseverancia de los santos de Dios, y ni siquiera discute la realidad de su propia conversión en St. Albans. Lo que discute es que esa verdad general tenga aplicación a su caso. Él es la única excepción en todo el universo. Es un condenado, aunque una vez haya sido uno de los elegidos. No preguntemos por qué. Dios no le rinde cuentas a nadie. Esta es la forma más inclemente de hablar que nos podamos imaginar. Elimina toda posibilidad de razonar y de exhortar.

No todo es noche

Con todo, observe algo más. En ese mismo año, estaba escribiendo *The Task*. En esta obra hace un recuento de lo que Cristo significa para él, de una forma que hace muy difícil creer que no haya momentos en los cuales esto sea ya real para él:

*Yo era un ciervo herido que dejó la manada
 Hace mucho tiempo; de muchas saetas profundamente clavadas
 Mi jadeante costado estaba lleno, cuando me retiré
 Para buscar una muerte tranquila en sombras distantes.
 Allí me encontró uno que también él
 Había sido herido por los arqueros. En su costado llevaba,
 Y en sus manos y sus pies, las crueles llagas.
 Con delicada fuerza, tirando de las saetas.
 Las sacó, me sanó y me ofreció la vida.
 Desde entonces, con pocos compañeros, por remotos
 Y silenciosos bosques ando errante, lejos de aquellos
 Compañeros antiguos míos de la escena llena de gente;
 Con pocos compañeros, y sin desear que aumente su número²⁸.*

¿Qué quiso decir en 1784, doce años después del «sueño fatal», al hablar de que Jesús le había sacado aquellas saetas, lo había sanado y le había ofrecido la vida? ¿Hubo momentos en que no sentía realmente esto, y lo afirmaba en contra de la constitución oscura de su propia mente?

Hasta en la década de 1790 encontramos expresiones de esperanza. Por ejemplo, de vez en cuando daba evidencias de que Dios le permitía «acercársele una vez más en oración». Su mejor biógrafo y amigo dijo que en los días de aquella década final, Dios le había abierto el camino una vez más, pero que unos «sabuesos espirituales» lo perseguían de noche²⁹.

Y gran parte del tiempo, sentía una terrible oscuridad. En 1792 le escribía a John Newton, quien siguió siendo su amigo hasta el final, que siempre le parecía estar «trepando en la oscuridad, entre rocas y precipicios, y sin guía. Así he pasado veinte años, pero así no voy a pasar veinte años más. Mucho antes que llegue ese tiempo, el gran interrogante con respecto a mi bienestar o perdición en la eternidad habrá quedado decidido»³⁰.

Esto es desagradable, pero no es la reprobación establecida que encontramos en 1786.

¿Un náufrago?

Tres años más tarde, el 20 de marzo de 1799, escribió su último poema original, con el título aparentemente desesperado de «El náufrago». Cuenta la historia de un marino que cayó del barco al agua durante una tormenta. Sus compañeros tratan desesperados de arrojarle algo para que lo ayude a sostenerse a flote. Pero no es posible detener el barco en medio del viento, y dejan atrás al náufrago, chapoteando en el agua en medio de las tinieblas. Sobrevive durante una hora pidiendo auxilio, pero todo es en vano. Entonces, «dominado por el cansancio, bebió / de la ola que lo ahogaba, y después se hundió».

Es claro que aquí Cowper pretendió estar escribiendo una parábola sobre su propio estado de abandono y condenación. Las dos últimas estrofas hacen la aplicación a su propia persona:

*Por eso no me propongo, ni sueño siquiera
Extenderme en su destino,
Para darle al melancólico tema
Una cita más perdurable:
Pero la aflicción aún se deleita en trazar
Su parecido con otro caso.*

*La tormenta no acalló ninguna voz divina,
Ni brilló ninguna luz propicia
Cuando, arrancados de toda ayuda eficaz,
Perecemos, solo cada uno de nosotros:
Pero yo bajo un mar más embravecido,
Y cubierto por un abismo más grande que el suyo³¹*

Hay algo paradójico en esta declaración de desespero. Solo el hecho de que la haya escrito demuestra que su espíritu no estaba paralizado por completo con la falta de sentido y el vacío. Aún está extrañamente alerta y reacciona ante el mundo. Es imposible que un hombre que haya perdido todo su gozo en la belleza escriba un hermoso poema. ¿Qué clase de «aflicción» es esta que «aún se deleita»?

*Pero la aflicción aún se deleita en trazar
Su parecido con otro caso.*

Lo que queda de ese deleite y este estar atento ante la realidad espiritual y la forma poética, parecen señalar a algo que no llega a una desolación absoluta. Hay otro indicativo más. Es significativo el título del poema. Por lo menos en una ocasión anterior, había usado la palabra «náufrago» en un poema, el Himno 36 de Olney, llamado «Welcome Cross» [«Bienvenida, cruz»]. Este poema engrandece la misericordia y la bondad de Dios en las pruebas que nos prepara a nosotros aquí. Termina así:

*Si no encontrara pruebas aquí,
Ni azotes por el camino,
¿Acaso no temería con razón
Que terminara siendo un náufrago?
Los hijos bastardos escaparán a la vara,
Hundidos en los vanos deleites terrenales.
Pero el que realmente ha nacido como hijo de Dios
No debe; no lo va a hacer, si puede.*

Aquí toma la palabra «náufrago» de 1 Corintios 9:27 en la versión inglesa King James: «But I keep under my body, and bring it into subjection: lest that by any means, when I have preached to

others, I myself should be a *castaway* [naufrago]» ¡«Sino que golpee mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado»). Aquí las pruebas y los azotes de los que es imposible escapar son convertidos como argumento, no de que él haya sido eliminado, sino de que no lo es. Al contrario; afirma que es alguien que realmente ha nacido como hijo de Dios. Por tanto, haríamos bien en poner un signo de interrogación sobre esas tinieblas en las cuales Cowper envuelve sus días finales.

Los últimos días de su vida parecen no haberle traído alivio alguno en su sensación de desamparo. No tiene un final feliz. En marzo de 1800, le dice al doctor Lubbock, que ha ido a visitarlo: «Siento un desespero imposible de expresar». El 24 de abril, la señorita Perowne le ofrece un refresco, y él le contesta: «Eso, ¿qué podría simbolizar?». Nunca volvió a hablar, y murió a la tarde siguiente³².

Las raíces de la melancolía

¿Cuáles eran las raíces de una melancolía tan abrumadora e imposible de tratar? Sin duda, hay secretos que solo Dios conoce. Pero podemos ver algunas de las razones por las cuales es posible que batallara de la forma que lo hizo.

Pensemos en el hogar donde nació. John, su padre, se casó con Ann, su madre, en 1728. Entre la boda en 1728 y su nacimiento en 1731, ya habían nacido y fallecido tres hijos. Él sobrevivió. Pero entre 1731 y 1736, cuando nació su hermano John, llegaron a la familia dos hijos más que también murieron. Después, su madre murió pocos días después del nacimiento de John.

William tiene seis años. El matrimonio es un dolor de cabeza continuo.

Es posible que no haya forma de calcular el dolor y el trauma emocional causados por la muerte de su madre, que lo arrastró con sus emociones durante años. No había puesto los ojos en el rostro de ella durante cincuenta y tres años. Escribió un poema para captar y liberar el dolor y el placer de aquel «encuentro». Captamos un destello de lo que significó para él haber perdido a su madre a los seis años. Y tal vez por qué le tuvo tanto afecto a la señora Mary Unwin.

*¡Oh, si esos Libios pudieran hablar! La vida me ha tratado
Con dureza desde que te oí por última vez.
¡Madre mía! Cuando supe que estabas muerta,
Dime, ¿estabas consciente de las lágrimas que derramé?
¿Se cernía tu espíritu sobre tu hijo en su aflicción,
Desdichado ya entonces, aunque el viaje de la vida acababa de
empezar?
Oí tañer la campana en el día de tu entierro.
Vi la carroza fúnebre que te llevó lentamente,
Y volviéndome desde la ventana de mi guardería,
Di un suspiro largo, largo, y lloré un último adiós.
Tus sirvientas, afligidas ellas mismas, preocupadas por mí,
Con frecuencia me prometían que volverías pronto.
Con cuánto ardor lo deseé, cuánto tiempo lo creí,
Y aunque desilusionado, seguía engañado;
Engañado cada día por la expectación,
Víctima del mañana, a pesar de ser un niño.
Pero el claro recuerdo
Que guarda la memoria de todas tus bondades allí,
Aún sobrevive a muchas tormentas que han borrado
Mil otros temas menos profundamente grabados.*

*Tus visitas de noche a mi recámara hicieron
 Que supieras que estaba seguro y bien abrigado;
 Tus regalos de mañana antes de salir de mi hogar,
 Tus bizcochos, o conservas de ciruelas;
 Las aguas fragantes que me ponías en las mejillas
 Con tu propia mano, aún brillaban y resplandecían frescas:
 Todo esto, y más querido aún que todo dio,
 El fluir constante de tu amor, que no sabía de caídas.
 Que nunca se endurecía con esas cataratas y quebrantos
 Que con tanta frecuencia interpone el mal humor:
 Todo esto sigue siendo legible en la página de mi memoria,
 Y lo seguirá siendo hasta el final de mis tiempos³³.*

Uno se comienza a preguntar sobre las extrañas relaciones que tuvo Cowper durante toda su vida con mujeres mayores, queriendo que formen parte de ella, y sin embargo, causándoles gran confusión con los poemas de amor que escribía, sin que tuviera intenciones románticas. Lady Austen en particular se sentía alarmada por la forma en que le escribía Cowper³⁴. Es posible que esta clase de conducta tuviera sus raíces, no solo en la pérdida de su madre, sino también en la virtual pérdida de su padre y en su horrible experiencia en el internado entre los seis años y los ocho.

¿Acaso deben los padres decir: « Ve allí, donde están las arenas movedizas»?

Cowper detestaba el internado, y anhelaba estar con su padre:

Pero mi principal aflicción consistía en que un jovencito de unos quince años de edad me había señalado de entre todos los demás muchachos como el objeto perfecto para soltar la crueldad de su temperamento. Prefiero abstenerme de hacer una lista

concreta de los numerosos actos de barbarie con los cuales él se las arreglaba para perseguirme continuamente; baste con decir que con la forma salvaje en que me trataba, había impresionado tal temor de su figura en mi mente, que recuerdo muy bien el miedo que tenía de levantar los ojos para mirarlo por encima de sus rodillas, y que lo conocía por ios broches de sus zapatos, mejor que por cualquier otra parte de su vestimenta. Que el Señor lo perdone, y que nos encontremos en la gloria³⁵

En el siglo XVIII, uno nunca lo habría dicho. Sin embargo, sabiendo lo que sabemos hoy con respecto a sus efectos, y lo que sabemos con respecto a los varones de esa edad, es difícil no hacer surgir el espectro del abuso sexual. Cuántos horrores puede haber experimentado un pequeño de seis años, combinados con la pérdida de su madre y la virtual pérdida de su padre.

Es posible que las líneas más intensas que escribiera Cowper jamás se encuentren escondidas dentro de un poema llamado «Tirocinium» (palabra latina cuyo equivalente español, «tirocinio», define el estado del recluta sin adiestramiento ni experiencia, o el del novicio), en el cual aboga a favor de la educación privada, en lugar de la recibida en los internados. Lo que encontramos aquí es un fuerte clamor porque su padre no estaba allí con él, y una poderosa súplica a los padres, incluso en este siglo XXI, para que estemos presentes y activos en la vida de nuestros hijos:

*Si quieres que tu hijo sea un tonto o un burro,
Lascivo, obstinado o todas esas cosas juntas,
Que a su tiempo, el refinado gusto del mozalbete
Por los grandes gastos y los desperdidos de moda
Se conviertan en tu ruina, y al final la de él también,
Adiéstralo en público con un tropel de muchachos,
Infantiles en sus travesuras solamente y en hacer ruido,
Alejado de un crecimiento varonil, y cinco de cada diez*

Hombres en infidelidad y lujuria.
Allí aprenderá, hasta que tenga dieciséis inviernos,
Que los autores son más útiles cuando se empeñan o venden sus
libros,
Que pedantería es lo que imparten todas las escuelas,
Pero las tabernas enseñan el conocimiento del corazón³⁶..
¿Y parece nada ante los ojos de un padre
Que esos muchos momentos vuelen sin mejora alguna?
¿Y se siente muy contento de que su hijo no encuentre
Más nutrición para alimentar su mente en crecimiento
Que los verbos que conjuga y los nombres que declina?
Porque ese es todo el alimento mental provisto
Por los esclavos públicos en el negocio de las escuelas.
Quienes alimentan el intelecto de un alumno almacenando
Sintaxis ciertamente, pero poca cosa más,
Se despreocupan cuando despiden a su rebaño,
Porque son máquinas gobernadas por un reloj.
Tal vez un padre bendecido con algo de cerebro
Consideraría que no es abuso no desperdicio de esfuerzos
Mejorar esta dieta sin grandes gastos
Con una verdad bien sazonada y un sentido común sano,
Guiar a su hijo en busca del deleite
Para algunos no elevado por medio de las alturas filosóficas,
Y de allí exhibir ante sus maravillados ojos
Los lejanos mundos que dan vueltas, su distancia y tamaño³⁷.
Mostrarle en un insecto o en una flor Tales pruebas microscópicas de
habilidad y poder Escondidas de las edades del pasado, que Dios ahora
despliega Para combatir con ellas a los ateos en los días modernos³⁸.
[Oh padre] La naturaleza tira de tu corazón
Y condena la parte imprudente y no paternal.
No quisiste, sordo ante las súplicas más tiernas de la naturaleza,
Lanzarlo a la deriva sobre un mar bravio
Ni le dijiste: Ve allí, consciente de que allí hay

*Un nido de áspides, o arenas movedizas en su camino:
 Pintonees, gobernado solo por la misma regla
 De la piedad natural, no lo enviaste a la escuela.
 No. Protégelo mejor: ¿Acaso no es tuyo,
 Tú mismo en miniatura, tu carne y tus huesos:
 Y acaso no esperas (es lo que espera todo padre)
 Que, puesto que tus fuerzas deben huir con tus años,
 Y vas a necesitar algún consuelo que alivie
 El último adiós de la salud, como báculo de tu ancianidad,
 Que entonces, en recompensa por todos tus cuidados,
 Tu hijo les muestre respeto a tus canas³⁹.*

Que nosotros sepamos, nunca escribió tributo alguno a su padre. Dice casi nada acerca de él. No obstante, estas líneas son una poderosa súplica dirigida a los padres para que amen a sus hijos y les den una atención especial en su educación. Eso es lo que él no tuvo a partir de los seis años.

Desconfie de las certezas del desespero

¿Qué podemos aprender de la vida de William Cowper? La primera lección es esta: nos fortificamos contra las oscuras horas de la depresión a base de cultivar una profunda desconfianza con respecto a las certezas del desespero. El desespero es despiadado en las certezas de su pesimismo. Pero hemos visto que Cowper no es constante. Algunos días después de sus afirmaciones absolutas de haber sido apartado de Dios, de nuevo está expresando alguna esperanza de que lo vaya a oír. Sus certezas no son seguridades. Así es siempre con los engaños de las tinieblas. Ahora, mientras tenemos la luz, cultivemos la desconfianza por las certezas del desespero.

Ame profundamente a sus hijos

La segunda lección que veo es que debemos amar profundamente a nuestros hijos, y comunicarles de continuo ese amor. Y, a menos que algún llamado extraordinario de Dios lo impida, mantengámoslos cerca de nosotros, y seguros a nuestro lado. John Newton, como William Cowper, perdió a su madre a los seis años. Sin embargo, no perdió a su padre de la misma forma. A pesar de todo el pecado y la aflicción de aquellos primeros años de su vida, había un padre, aunque fuera en alta mar, e incluso sentando un mal ejemplo en muchos sentidos. Y quién puede decir qué raíces profundas de salud posterior fueron conservadas gracias a esa única roca sólida que era la presencia del padre. En cambio, en cuanto a Cowper, el legado de su padre, quien murió cuando él tenía veinticinco años, está marcado por un silencio total de parte suya. Escribió poemas sobre casi todo lo que él valoraba en su vida, pero no escribió ninguno sobre su padre. Estemos presentes en la vida de nuestros hijos e hijas. Nosotros somos un eslabón fundamental en la normalidad de su desarrollo sexual y emocional.

No desespere de los desesperados

En tercer lugar, quiera el Señor levantar muchos como John Newton en medio de nosotros, para gozo de nuestras iglesias y para supervivencia de los William Cowpers que haya en nuestro medio. Newton siguió siendo pastor y amigo de Cowper por todo el resto de su vida, escribiéndole una y otra vez. No desesperó de aquel hombre desesperado. Después de una de sus visitas en 1788, Cowper escribió:

En su visita encontré restaurados en parte esos consuelos que en el pasado han endulzado todas nuestras entrevistas. Lo conocí; lo conocí como el mismo pastor que fue enviado para sacarme del desierto y llevarme a los pastos donde el Jefe de los Pastores alimenta a su rebaño, y sentí mis sentimientos de afectuosa amistad por usted lo mismo que antes. Pero hay una cosa que aún faltó, y que es la corona de todo. La encontraré en el tiempo de Dios, si no es que se ha perdido para siempre⁴⁰.

Aquí no hay una desesperación absoluta. Y la razón por la que no existe, es porque el pastor se le ha acercado de nuevo. Esos eran los tiempos en los cuales Cowper sentía un rayo de esperanza.

El saludable don del olvido de sí mismo

En cuarto lugar, dentro de la misma investigación y redacción de este capítulo, he experimentado algo que podría ser una lección fundamental para aquellos de nosotros a quienes se nos ha dado demasiada tendencia a la introspección y el análisis. Le dediqué unos tres días — desde que me despertaba hasta que me dormía — a William Cowper, además de haber leído sin prisas sobre su vida y su poesía antes de esos tres días. En esos días, era como si estuviera casi totalmente fuera de mí mismo. De vez en cuando «despertaba» y me daba cuenta de que había estado totalmente absorto en la vida de otra persona. Pero la mayoría del tiempo, no estaba consciente de mí mismo. No estaba pensando en mí para nada. Yo era el que pensaba, no el objeto de esos pensamientos. Esta experiencia, cuando «desperté» y pensé en ella, me pareció sumamente saludable. Esa es la forma en que la experimenté. En otras palabras, me sentía mejor cuando no estaba consciente de

ser alguien que siente. Estaba sintiendo y pensando en algo que estaba fuera de mí: la vida de William Cowper.

Creo que así es como debería ser la mayor parte de la vida. El autoexamen periódico es necesario, sabio y bíblico. Sin embargo, en su mayor parte, la salud mental consiste en usar la mente para enfocarnos en una realidad que esté fuera de nosotros mismos, y que valga la pena. Mientras estaba estudiando en el Colegio universitario Wheaton, un maestro de literatura muy sabio, profundo y feliz llamado Clyde Kilby, nos mostró y enseñó este camino a la salud. En una ocasión nos dijo: «No voy a degradar mi propia exclusividad a base de envidiar a otros. Voy a dejar de hurgar en mí mismo para descubrir a qué categorías psicológicas o sociales podría pertenecer. Mayormente, me voy a limitar a olvidarme de mí mismo, y realizar mi labor»⁴¹.

El había aprendido de C. S. Lewis lo profundamente significativo que es este olvido de sí mismo orientado hacia fuera, y llamaba nuestra atención hacia él con frecuencia. En gran medida, la salud mental es el don de olvidarse de sí mismo. Ea razón está en que la introspección destruye lo que más nos importa: la experiencia auténtica de grandes cosas situadas fuera de nosotros mismos. Lewis captó esto tan bien como el mejor en el siglo XX:

El disfrute y la contemplación de nuestra actividad interna son incompatibles. No es posible esperar, y también pensar en esperar al mismo tiempo, porque en la esperanza vemos el objeto de esa esperanza, e interrumpimos esto (por así decirlo), dándonos vuelta para mirar a la esperanza misma. Por supuesto, ambas actividades pueden alternar entre sí con gran rapidez, y de hecho lo hacen... La manera más segura de desarmar una ira o una lujuria, consiste en alejar la atención de la joven o del insulto para comenzar a examinar la pasión misma. Ea manera más segura de echar a perder un

placer consiste en comenzar a examinar nuestra satisfacción. Pero si así es, se dice que toda introspección es engañosa en un aspecto. En la introspección tratamos de mirar «dentro de nosotros mismos» para ver lo que está sucediendo. Sin embargo, casi todo lo que estaba sucediendo hace un momento, queda detenido por el mismo acto de que nos volvamos a ello para mirarlo. Lamentablemente, esto no significa que la introspección no encuentre nada. Al contrario: encuentra precisamente lo que deja atrás la suspensión de todas nuestras actividades normales; y lo que queda atrás consiste mayormente en imágenes mentales y sensaciones físicas. El gran error es confundir este simple sedimento, o huella, o producto secundario, con las actividades mismas⁴².

Corremos un gran peligro cuando meditamos demasiado en lo que llevamos dentro. Esto distorsiona lo malo, y suspende o incluso destruye lo bueno.

No se puede estudiar el placer en el momento del abrazo nupcial, ni el arrepentimiento mientras uno se está arrepintiendo, ni analizar la naturaleza del humor mientras se ríe a carcajadas. Entonces, ¿en qué otros momentos puede uno llegar a conocer realmente estas cosas? «Si se me quitara el dolor de muelas, podría escribir otro capítulo acerca del dolor». No obstante, si se me quita, ¿qué conozco acerca del dolor?⁴³.

El olvido de sí mismo en la contemplación de algo grandioso, o mientras se hace algo bueno, es un don de Dios. Al final, mientras más se esfuerza uno por olvidarse de sí mismo, más imposible se vuelve. Es necesario buscar esto de manera indirecta. Un antídoto estupendo de la depresión consiste en limitarse a ver lo que hay realmente en el mundo. Por eso Clyde Kilby tomó la siguiente resolución:

Voy a abrir los ojos y los oídos. Una vez al día, me voy a limitar a quedarme mirando a un árbol, una flor, una nube o una persona. Entonces no me va a preocupar para nada el preguntar qué son, sino que solo voy a estar contento de que están allí. Les voy a conceder con gozo el misterio de lo que Lewis llama su existencia «divina, mágica, aterradora y extática»⁴⁴.

Una huida: El camino del suicidio

Hay una quinta lección de la cual hablo con algo de vacilación. Debemos ser lentos para juzgar las necesidades y las posibilidades de la salud mental de otra persona. Pero al menos, sugiero que Cowper habría salido beneficiado si se hubiera aislado menos, hubiera buscado menos la vida tranquila y la contemplación, y se hubiera comprometido con la gente que sufría y necesitaba ayuda. Gilbert Thomas afirma sobre *The Task* («La tarea»), el mayor poema de Cowper (más de cien páginas): «En general presenta una tendencia: desaprobando el entusiasmo moderno por la vida en Londres, y recomendar la tranquilidad y la vida libre del campo como favorables a la causa de la piedad y la virtud»⁴⁵. Esto presenta un fuerte contraste con lo que se estaba elaborando en la mente mucho más saludable de William Carey no muy lejos de allí. Lo último que Carey habría querido hacer sería recomendar la tranquilidad y la vida libre del campo. Lo que se necesitaba en el mundo no era gente que se retirara a tomar el té y a los lagos con el fin de ser más virtuosa de lo que sería en las tabernas de Londres. Lo que se necesitaba era gente que diera su vida para rescatar a otros de las tinieblas de Londres, y más aún, del distanciamiento total de lugares como la India.

¿Se estaba apartando Cowper de una mejor salud mental a base de llevar una vida de ociosidad continua y distancia del mundo de las necesidades? El habla de sus constantes caminatas y conversaciones religiosas como si fueran la meta de la vida. Y cuando moraliza, parece hacerlo desde una distancia de seguridad con respecto a los escenarios de Londres. No puedo pasar por alto la profunda ansiedad de huir que hay en su vida. No lo condeno por esto, sencillamente porque no sé lo que podría soportar una mente tan frágil como la suya.

Gilbert Tilomas sugiere: «Tal vez sea cierto que Cowper era un escapista en el sentido físico: su constitución nerviosa excesivamente sensible exigía soledad»⁴⁶. Tal vez. Pero a aquellos de nosotros que aún tenemos delante la decisión, nos vendría bien pensar que no se consiguen ni la salud ni la santidad a base de escapar de la gente que está pereciendo. El camino del amor, por enlodado y peligroso que sea, es el camino a la salud mental y al cielo.

La falta de esperanza y su fruto: dar esperanza

La sexta lección a partir de la vida de William Cowper que he aprendido, es la forma en que Dios parece usarla en la vida de otros. Hace algunos años, presenté una primera versión de este capítulo como mensaje del domingo por la noche en la iglesia bautista Bethlehem. Resultó ser una de las cosas más alentadoras que había hecho en largo tiempo. Muchos sintieron que esta vida tan poco agradable les daba esperanzas. Sin duda, en los casos de las distintas personas hay razones diferentes para esto, pero podemos estar seguros que la lección es que aquellos de nosotros que enseñamos y predicamos, y queremos animar a nuestra gente a seguir adelante en esperanza y fe, no nos debemos limitar a

las historias triunfales. La atormentada vida de William Cowper tuvo un efecto esperanzador en mi gente. Esa es una lección muy importante.

Hay un apoyo bíblico para esta extraña estrategia a la hora de dar aliento. Por ejemplo, David, el rey de Israel, habla en el Salmo 40:1-3 acerca de su extensa aflicción en «el pozo de la desesperación» y el «lodo cenagoso». «Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor. Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso». No nos dice cuánto tiempo «esperé pacientemente». ¿Horas? ¿Días? ¿Semanas? ¿Meses? Lo primero que afirma es que, a pesar de haber estado allí durante un tiempo extenso, no maldijo a Dios, sino que clamó a El. Pero aquí la idea principal es que nos ayuda a los demás el testimonio de su liberación, no a pesar de que David compartiera las mismas aflicciones que todos conocemos, sino precisamente porque las compartió. «Puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos. Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios. Verán esto muchos, y temerán, y confiarán en Jehová». Otros temieron a Dios y pusieron su confianza en El, porque el rey había estado en «el pozo de la desesperación», desde donde Dios había oído su clamor y lo había liberado. ¿Quién sabe si las aflicciones con las que nos tropezamos no están destinadas a llevarnos por una senda tan dolorosa hacia los elogios de los demás?

Por supuesto, es posible que objetemos diciendo: «Sí, pero David fue liberado en esta vida y tuvo "un cántico nuevo" en sus labios. Eso no es lo que le sucedió a William Cowper». Tal vez sea cierto. Digo «tal vez», porque quizá Cowper recibiera nuevos cánticos una y otra vez después de sus repetidos momentos de tinieblas suicidas. Lo que haya hecho al final es dudoso. Sin embargo, tampoco esto deja de estar previsto en la Biblia.

Cuando David dice en el Salmo 139:7: «¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?», la respuesta implícita es: «A ninguna parte». Pero el último lugar al cual se puede retirar es a la oscuridad de su propia alma en un momento de angustia. «Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz» (Salmo 139:11-12). Observe que la cuestión aquí no tiene que ver con unas tinieblas objetivamente abrumadoras. Es el propio David el que dice: «Ciertamente las tinieblas me encubrirán». Es una sensación subjetiva de las tinieblas. Se trata de los sentimientos de desesperación. Suena exactamente igual a Cowper en sus últimos días. «La luz que me rodea será noche». Pero a esto, la respuesta es: «Aun las tinieblas no encubren de ti». Lo que es oscuro para los hijos de Dios, tanto objetiva como subjetivamente, no lo es para Él.

Lo que trato de decir es que en la Biblia, en la historia y en nuestras propias vidas, hay relatos que no parecen tener un final feliz lleno de alegría. Tampoco estos relatos dejan de tener esperanza, y han sido diseñados por la soberana y misericordiosa sabiduría de Dios, para esperanza de aquellos que temen hallarse solos por completo en medio de su aflicción. Pablo expresa este principio en 1 Timoteo 1:16: «Pero por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna». Los ejemplos de la paciencia de Dios en la historia no cumplen su propósito de salvar y sostener si nosotros no relatamos las historias que son como la de William Cowper.

Nunca deje de presentarles el Evangelio por señas a los sordos

Hay una última lección de suma importancia: Nunca dejemos de enumerar las misericordias de Jesús con frecuencia en la presencia de gente desanimada. Señalémosles una y otra vez hacia la sangre de Jesús. Estas fueron las dos cosas que llevaron a Cowper a la fe en 1764. Recuerde que dijo que en Juan 11 vio «tanta benevolencia, misericordia, bondad y comprensión con los seres humanos afligidos en la conducta de nuestro Salvador, que casi derramó lágrimas»⁴⁷. Y recuerde que en el día decisivo en que despertó, dijo: «Vi que la expiación hecha por Él es suficiente, mi perdón ha sido sellado en su sangre, y su justificación es completa y total»⁴⁸.

En su himno más famoso, esto es lo que canta Cowper: lo preciosa que es la sangre de Cristo para los peores entre los pecadores.

*Hay una fuente llena de sangre
Sacada de las venas del Emanuel,
Y los pecadores, cuando se cubren con esa sangre,
Pierden todas las manchas de su culpa.
El ladrón agonizante se regocijó al ver
Esa fuente en su día,
Y allí yo, tan vil como él,
He lavado todos mis pecados.
Amado Cordero agonizante, tu preciosa sangre
Nunca perderá su poder,
Hasta que toda la iglesia rescatada por Dios
Sea salvada para no pecar más.
Desde entonces, por fe, vi el raudal
Que fluye de tus heridas que lo alimentan,
El amor redentor ha sido mi gran tema
Y lo será hasta que muera»⁴⁹.*

No permita que su misericordia hacia los abatidos dependa de la rapidez de los resultados. No es posible persuadir a alguien de que es un reprobado, si él está totalmente persuadido de que lo es. Le va a decir que es sordo. No importa. Siga empapándolo en la «benevolencia, misericordia, bondad y compasión» de Jesús, en «la expiación hecha por El que es suficiente» y en «su justificación completa y total». Sí, tal vez le diga que todas esas cosas son maravillosas en ellas mismas, pero que no le pertenecen a él. A esto, usted le podrá decir: «Duda de tus pensamientos de desesperación. ¿De dónde sale esa gran seguridad que tienes en que estás condenado? Aquí lo que hace falta es un poco de escepticismo. ¿Quién te crees que eres (tal vez pueda sonreír al decir esto, pero no lo haga con ligereza) para hacer declaraciones tan definitivas acerca de tu alma, cuando todo esto se halla escondido en los secretos del Todopoderoso? No. No. Renuncia a esa seguridad. Si no tienes capacidad para tener fe en el amor que Dios te tiene, no sigas con esas grandes pretensiones de que tienes una fe tan firme en tu condenación. No te toca a ti saber esto. Lo que a ti te toca es escuchar a Jesús». Después háblele de las glorias de Cristo y de que su sacrificio por el pecado fue suficiente. Ora para que en el momento de Dios esas verdades reciban el poder necesario para despertar en él la esperanza y engendrar un espíritu de adopción.

Tenemos buenas razones para sentir la esperanza de que, si hacemos del amor redentor nuestro gran tema hasta que muramos, y si fomentamos el amor y la paciencia de John Newton en nuestra propia alma y en nuestra iglesia, entonces los que están entre nosotros que son como William Cowper no se entregarán al enemigo al final.

NOTAS



1 William Cowper, «On the Receipt of My Mother's Picture out of Norfolk», *The Poética I Works of William Cowper*, William Michael Rossetti, ed. (William Collins, Sons and Co., s. f. Londres), p. 407.

2 *Ibíd.*, p. 292.

3 Gilbert Thomas, *William Cowper and the Eighteenth Century* (Ivor Nicholson and Watson, Ltd., Londres, 193-5), p. 204.

4 *Ibíd.*, p. 267.

5 'Con esto solo me estoy refiriendo a que la forma de cristianismo que recibió en su casa no destacaba el Evangelio de un Cristo crucificado y resucitado por los pecadores, que quedó escrito para nosotros en la Biblia infalible, el cual es predicado en el poder del Espíritu Santo y creído de una forma muy personal que trae por consecuencia una vida de entrega consciente a Cristo como Hijo eterno de Dios, con las disciplinas de la lectura de la Biblia, la oración, la búsqueda de la santidad y la preocupación por hacer que los no creyentes escucharan el Evangelio y sean salvos de los tormentos eternos. Estas serían las señales típicas de un «evangélico» en el sentido en que estoy usando este término.

6 Thomas, *William Cowper and the Eighteenth Century*, p. 94.

7 George Melvyn Ella, *William Cowper: Poet of Paradise* (Evangelical Press, Ourham, Inglaterra, 1993), p. 60.

8 George Herbert, «The Pulley», en *Eerdmans Book of Christian Poetry*, comp. Pat Alexander (William B. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, MI, 1981), p. 28.

9 Thomas, *William Cowper and the Eighteenth Century*, p. 94.

10 Hila, *William Cowper: Poet of Paradise*, p. 62.

11 Cowper, *The Poetical Works*, p. 253.

12 Thomas, *William Cowper and the Eighteenth Century*, p. 114.

13 *Ibíd.*

14 *Ibíd.*, p. 118.

15 *Ibíd.*

16 *Ibíd.*, p. 119.

17 *Ibíd.*, p. 120.

18 *Ibíd.*, pp. 131-132.

19 Su primo Martín Madan era pastor evangélico. Había tratado de darle ánimos a Cowper antes de su ingreso a St. Albans, hablándole fervorosamente del pecado original, lo cual le dio alguna esperanza, poniéndolo al mismo nivel que el resto de la humanidad, en lugar de sentirse destinado a no recibir el ravor divino. Le habló de la sangre de Cristo, que es expiación por todos nuestros pecados, y de la necesidad de una re viva en Kl. Cowper solo había clamado que quería que Dios obrara de verdad en su vida. Rila, W7//MW (Vwc-ycr /b(Y /;/ /})/Mξ/«r, p. 87.

20 Thomas, W///V//» (Yo»yifr(/»ξ/^;f AV^/Vff»;/7 C»b»ry, p. 132.

21 *Ibíd.*, p. 202.

22 *Ibíd.*, p. l')2.

23 *Ibíd.*, p. 225.

24 *Ibíd.*, p. 22(S.

25 *Ibíd.*, p. 265.

26 *Ibíd.*, p. 183.

27 *Ibíd.* pp. 281-282.

28 *Ibíd.*, p. 302.

29 *Ibíd.*, pp. Pp. 368. 374.

30 *Ibíd.*, p. 376.

31 Cowper, the poetical works, p. 426.

32 Thomas William Cowper and Eighteenth Century, p. 384.

33 Cowper, the poetical works, pp. 406-409.

34 Un escritor afirma que sus actitudes hacia las mujeres eran «sencillas como las de un niño pequeño». Yo las consideraría insensibles y enfermizas, k'n el verano de 1781, Cowper conoció a la viuda de Sir Rohert Austen. Muy pronto, ella se convirtió en «mi hermana Ann» y más. Es posible que ella se enamorara de él, y no se la puede culpar por pensar que él correspondía a sus sentimientos. Después de dos meses, él le escribió para decirle que ni pensara siquiera en un romance. Más tarde, ella fue a Olney, e incluso se quedó en Orchard Side, a causa de un galante poema para ella que le habría dado a cualquier mujer la idea de que se trataba de un romance. Pero él le tuvo que escribir de nuevo en la primavera de 1784 para «renunciar a su compañía». Esta vez no hubo reconciliación. Cowper no se volvió a encontrar con ella nunca después de 1784. Rila había sido su inspiración en John Gilpinn y The Task, pero ahora, había desaparecido. Véase Thomas, William Cowper and Eighteenth Century. pp. 289-290.

35 *Ibíd.*, pp. 69-70.

36 Cowper, %f / ^ff/M/ t%r^j, p. 223.

37 *Ibíd.*, p. 231.

38 *Ibíd.*, p. 232.

39 *Ibíd.*, p. 236.

40 Thomas, William Cowper and the Eighteenth Century, p. 356.

41 En cuanto a esta resolución y nueve más del Dr. Kilby, véase (ohn Piper) *The Pleasures of God: Meditations on (God's Delight in Being God*, edición revisada y ampliada (Multnomah Publishers, Sisters, OR, 2000), p. 95.

42 C. S. Lewis, *Surprised by Joy: The Shape of My Early Life* (Harcourt, Brace and World, Inc., Nueva York, 1955), pp. 218-219.

43 Lewis, «Myth Became Fact», *God in the Dock* (William B. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, 1970), pp. 65-66.

44 Piper, *The Pleasures of God*, p. 95.

45 Thomas, William Cowper and the Eighteenth Century, p. 197.

46 *Ibíd.*, p. 321.

47 Consulte la nota 18 de este capítulo.

48 Véase la nota 29 de la Introducción.

49 El título original en el *Olney Hymnal* es «Praise for the Fountain Opened» [«Alabanza por la fuente que fue abierta»]. *The Poetical Works of William Cowper*, p. 280. Hay tres versículos más, además de los citados aquí.

Cuando disfruto realmente a Dios, siento que mi anhelo de El se vuelve más insaciable, y mi sed de santidad más inextinguible [...] ¡Oh, la santidad! ¡Oh, quiero tener más de Dios en mi alma! ¡Oh, que dolor más placentero! Hace que mi alma se esfuerce por alcanzar a Dios [...] Oh, quiero sentir continuamente esta hambre, y no atrasarme, sino sentirme animado por cada uno de los «racimos de Canaán» a seguir adelante por la vía estrecha, hacia el disfrute y la posesión totales de la herencia celestial. ¡Oh, que yo nunca me retrase en mi caminar celestial!

DAVID BRAINERD
 THE DIARY
 «E1 Diario»!



3

¡OH, QUE YO NUNCA ME RETRASE EN
MI CAMINAR CELESTIAL!»

El sufrimiento y la misión en la vida de David Brainerd



Una herencia de debilidad, lista para ser usada grandemente

David Brainerd nació el 20 de abril de 1718 en Haddam, Connecticut. Ese año cumplieron catorce años de edad John Wesley y Jonathan Edwards. Benjamín Franklin cumplió doce y George Whitefield tres. El Gran Despertar estaba ya en el horizonte, y Brainerd viviría a lo largo de sus dos oleadas a mediados de los años treinta y principios de los cuarenta del siglo XVIII, para morir después tuberculoso en la casa de Jonathan Edwards a la edad de veintinueve años el 9 de octubre de 1747.

Hezekiah, el padre de Brainerd, era legislador por Connecticut y murió cuando él tenía nueve años de edad. Yo tengo cuatro hijos varones, y a juzgar por su cálido apego emocional a esa edad, pienso que esa debe ser la peor edad para perder a un padre. Hezekiah había sido un riguroso puritano, con un fuerte concepto de la autoridad y la rigidez en el hogar, y buscaba tener una ardiente consagración que incluía días de ayuno privado para fomentar la guerra espiritual¹.

Brainerd era el sexto hijo, y de ellos el tercer varón de sus padres Hezekiah y Dorothy. Después de él hubo otros tres hijos

más. Dorothy había traído consigo un varoncito de un matrimonio anterior, así que hubo en total doce personas en la casa, aunque no por mucho tiempo. Cinco años después de morir su padre a la edad de cuarenta y seis años, su madre murió cuando él acababa de cumplir los catorce.

Al parecer había una tendencia poco usual a la debilidad y la depresión en la familia. No solo los padres habían muerto a temprana edad, sino que también Nehemiah, uno de los hermanos de David, murió a los treinta y dos años, otro hermano llamado Israel murió a los veintitrés, su hermana Jerusha murió a los treinta y cuatro, y él mismo murió a los veintinueve. En 1865, un descendiente, Thomas Brainerd (en una biografía de John Brainerd), dijo: «En toda la familia Brainerd durante doscientos años ha habido una tendencia a una depresión enfermiza semejante a la hipocondría» (p. 64).

Así que, además de tener un padre austero y sufrir la pérdida de ambos padres en unos momentos muy delicados de su vida, es probable que David heredara algún tipo de tendencia física a la depresión. Cualquiera que fuera la causa, sufrió de forma intermitente del más oscuro desánimo durante toda su corta vida. Al comienzo mismo de su diario, dice: «Yo era, creo, desde mi juventud, algo frugal e inclinado más bien a la melancolía que al otro extremo» (p. 101).

Religiosidad sin la gracia verdadera en el alma

Cuando falleció su madre, David se mudó desde Haddam a East Haddam, al otro lado del río Connecticut, para vivir con Jerusha, su hermana casada. Describe su religiosidad de aquellos años como muy cuidadosa y seria, pero sin tener la verdadera gracia. En otras palabras, en el lenguaje del puritanismo del siglo XVIII,

era un inconverso; no era un verdadero cristiano. Cuando cumplió los diecinueve años, heredó una granja y se mudó allí, donde estuvo un año. Se encontraba a unos cuantos kilómetros al oeste de Durham, y su intención era ver si servía como granjero. Pero no tenía el corazón en aquello. Anhelaba tener «una educación liberal» (p. 103). De hecho, Brainerd era un contemplativo y un erudito de pies a cabeza. De no haber sido expulsado de Yale, muy bien habría podido alcanzar un ministerio de enseñanza o pastoral, en lugar de convertirse en misionero entre los indios.

Después de un año en la granja, regresó a East Haddam y se comenzó a preparar para entrar en Yale. Era el verano de 1738. Tenía veinte años. Durante el año que había pasado en la granja, se había comprometido con Dios a entrar al ministerio. Sin embargo, aún no estaba convertido. Aquel año leyó toda la Biblia dos veces y comenzó a ver con mayor claridad que toda su religiosidad era legalista, y solo estaba fundamentada en sus propios esfuerzos. Dentro del alma, sostenía una fuerte batalla con Dios. Se rebelaba contra el pecado original, contra lo estricta que es la ley divina y contra la soberanía de Dios. Peleaba con el hecho de que no pudiera hacer nada con sus propias fuerzas para hacerse agradable a los ojos de Dios (pp. 113-124).

Así llegó a ver que «todos mis buenos marcos [es decir, sus estados de devoción] no eran más que productos de mi propia justicia, y no estaban anclados en el anhelo de la gloria de Dios» (p. 103). «No había más bondad en mi oración, que la que podría haber en el acto de chapotear con las manos en el agua [...] porque [mis oraciones] no eran hechas a partir de ningún amor o consideración hacia Dios [...] Ni una sola vez oré por la gloria de Dios» (p. 134). «Ni una vez busqué su honor y su gloria [...] Ni una sola vez actué para Dios en todas mis devociones [...] Las

solía cargar de pecado [.. .] [porque] mi mente deambulaba, llena de pensamientos vanos [...] y porque en ellas nunca tenía consideración alguna por la gloria de Dios» (p. 136).

«Me sentí en un mundo nuevo»

Pero entonces, sucedió el milagro: llegó el día en que nació de nuevo. Media hora antes del atardecer, siendo de veintiún años, se hallaba en un lugar solitario tratando de orar.

Mientras caminaba por una arboleda espesa y oscura, una «gloria inefable» pareció abrirse ante la vista y la aprehensión de mi alma [...] Era una nueva aprehensión o vista interna que tenía de Dios, como nunca la había tenido antes, y que no era como nada de lo que tuviera el más mínimo recuerdo. Así que me detuve y me quedé de pie, maravillado y admirado [...] Ahora no tenía aprehensión particular de ninguna de las Personas de la Trinidad; ni del Padre, ni del Hijo, ni del Espíritu Santo, sino que parecía ser la gloria y el esplendor divino lo que estaba contemplando en esos momentos. Y mi alma «se regocijó con un gozo inefable» de ver a un Dios así, un ser divino tan glorioso, y me sentí interiormente complacido y satisfecho de que Él fuera Dios sobre todas las cosas para siempre. Mi alma estaba tan cautivada y complacida con la excelencia, el encanto, la grandeza y las demás perfecciones de Dios, que hasta sentí que era absorbido en Él, al menos al punto de que no pensaba, como recordé al principio, acerca de mi propia salvación, o apenas, que existiera esa criatura que era yo. Así el Señor, yo confío, me llevó a un anhelo de exaltarlo, de ponerlo en el trono y de «buscar primero su Reino», es decir, de tener como meta principal y definitiva su honor y su gloria como Rey y soberano del universo, que es el fundamento de la religión que Jesús enseñó [...] Me sentí en un nuevo mundo [...] Me

asombré de que todo el mundo no acatará esta forma de salvación totalmente por «la justicia de Cristo» (pp. 138-140).

Jonathan Edwards escribió en la parte superior del manuscrito del diario de Brainerd en este punto: «Día del Señor, 12 de julio de 1739, recordado para siempre por D. B.» (p. 140). Brainerd tenía veintiún años. Había entrado en una experiencia de la gracia de Dios que arruinaría su carrera de estudiante, pero lo rescataría una y otra vez de la desesperación.

Whittelsey «no tiene más gracia que una silla»

Dos meses más tarde, entró a Yale con el fin de prepararse para el ministerio. Los comienzos fueron duros. Los mayores les hacían novatadas, la espiritualidad era escasa, los estudios eran difíciles, y él se contagió de sarampión, por lo que tuvo que irse a su casa por varias semanas durante aquel primer año.

Al año siguiente lo enviaron a casa porque estaba tan enfermo, que estaba escupiendo sangre. Así que ya a tan temprana edad, tenía la tuberculosis de la que moriría siete años después. Lo asombroso tal vez no sea que muriera tan joven y lograra tan poco, sino que, estando tan enfermo como estaba, viviera tanto tiempo como vivió, y lograra tanto.

Cuando regresó a Yale en noviembre de 1740, el clima espiritual había cambiado de manera radical. George Whitefield había estado allí, y ahora había muchos estudiantes que eran serios con respecto a su fe, lo cual le convino a Brainerd. De hecho, estaban surgiendo tensiones entre los estudiantes avivados, y la facultad y el personal, al parecer menos espirituales. En 1741, los pastores evangélicos Gilbert Tennent, Ebenezer Pemberton y

James Davenport avivaron las llamas del descontento entre los estudiantes con su fogosa predicación.

Jonathan Edwards fue invitado a predicar el discurso de graduación en 1741, con la esperanza de que le echara un poco de agua al fuego, y defendiera a la facultad contra el entusiasmo de los estudiantes. A algunos miembros de la facultad se los había criticado incluso, calificándolos de no estar convertidos. Edwards predicó un sermón llamado «Las marcas distintivas de una obra del Espíritu de Dios», y desilusionó por completo a la facultad y el personal de la institución. Afirmó que la obra que se estaba llevando a cabo en el avivamiento de esos días, y en particular entre los estudiantes, era una verdadera obra espiritual, a pesar de los excesos.

Aquella misma mañana, los síndicos del colegio universitario habían resuelto por votación que «si algún estudiante de este Colegio universitario dice de forma directa o indirecta que el Rector, o alguno de los síndicos o los tutores, es un hombre hipócrita, carnal o inconverso, por esta primera infracción hará confesión pública en el salón, y por la segunda infracción, será expulsado» (p. 41). Estaba claro que Edwards simpatizaba más con los estudiantes, que el colegio. Hasta llegó al punto de decir en su discurso de graduación aquella tarde: «No es evidencia de que una obra no sea obra de Dios el que muchos de los sometidos a ella... sean culpables del gran atrevimiento de censurar a otros, llamándolos inconversos» (p. 42).

Brainerd estaba entre el público al que le habló Edwards. No podemos menos que preguntarnos si más tarde Edwards no sentiría alguna responsabilidad por lo que le sucedió a Brainerd en el curso siguiente. Académicamente, era uno de los mejores de su clase, pero fue expulsado de forma sumaria a principios de 1742, durante su tercer año. Alguien le oyó decir de uno de los tutores,

Chauncey Whittelsey: «No tiene más gracia que una silla», y que se preguntaba por qué el Rector «no había caído muerto» al castigar a los estudiantes por su celo evangélico (pp. 42, 155).

El fruto duradero de unas pocas palabras

Esta expulsión causó en Brainerd una herida muy profunda. Durante los siete años siguientes, intentó una y otra vez arreglar las cosas. Numerosas personas acudieron a ayudarlo, pero todo aquello no sirvió de nada. Dios tenía otros planes para él. En lugar de unos seis años tranquilos en el pastorado o en la sala de conferencias, seguidos por la muerte y un impacto histórico escaso para el Reino de Cristo, Dios quería llevarlo fuera del mundo civilizado, para que sufriera por su nombre y tuviera una influencia incalculable en la historia de las misiones.

Antes que se le cortara el camino al pastorado, Brainerd no tenía idea de ser misionero entre los indios. Pero ahora tenía que pensar de nuevo toda su vida. Hacía poco que se había pasado una ley, según la cual no se podía investir en Connecticut a ningún ministro que no se hubiera graduado en Harvard, Yale o alguna universidad europea (p. 52). Así que Brainerd se sintió alejado del llamamiento de su vida.

Aquí hay una inmensa lección. Dios está obrando para la gloria de su nombre y el bien de su iglesia, incluso cuando fracasan las buenas intenciones de sus siervos, e incluso cuando ese fallo se debe al pecado o al descuido. Una palabra descuidada, dicha de forma apresurada, y la vida de Brainerd pareció venirse abajo ante sus propios ojos. Pero Dios sabía mejor las cosas, y Brainerd llegó a aceptarlo. De hecho, me siento tentado a especular si el movimiento misionero moderno, que fue inspirado de manera

tan repetida por su vida misionera, se habría producido si a él no lo hubieran expulsado de Yale y le hubieran anulado las esperanzas de servir a Dios en el pastorado. Pero solo Dios sabe cómo las cosas «habrían sucedido» en la historia (Mateo 11:21).

Perder lo bueno para ganar lo mejor

En el verano de 1742, un grupo de ministros (llamado Nueva Luz), favorable al Gran Avivamiento, le dio licencia a Brainerd para predicar. Jonathan Dickinson, el principal presbiteriano de Nueva Jersey, se interesó en él y trató de lograr que lo admitieran de nuevo en Yale. Cuando aquello fracasó, se sugirió que Brainerd se convirtiera en misionero entre los indios, bajo el patrocinio de los Comisionados de la Sociedad Escocesa para la Propagación del Conocimiento Cristiano. Dickinson era uno de esos Comisionados. El 25 de noviembre de 1742 se examinó a Brainerd para ver si servía para aquella labor, y se le nombró misionero para los indios (p. 188).

Pasó el invierno trabajando en una iglesia de Long Island, para poder entrar al territorio indio en la primavera. Su primer nombramiento fue como misionero a los indios Housatonic de Kaunaumeeck, unos treinta kilómetros al noroeste de Stockbridge, Massachusetts, donde Jonathan Edwards trabajaría también como misionero entre los indios. Él llegó el 1° de abril de 1743, y predicó allí durante un año, usando un intérprete y tratando de aprender el idioma con John Sergeant, el veterano misionero de Stockbridge (p. 228). Mientras estaba allí, pudo comenzar una escuela para los niños indios y traducir parte de los Salmos (p. 61). Entonces le llegó un nuevo nombramiento para que fuera a trabajar con los indios junto al río Delaware, en Pensilvania. El 1° de mayo de 1744 salió de Kaunaumeeck y se estableció en

Forks del río Delaware, al nordeste de Bethlehem, Pensilvania. A fines de ese mes, fue a caballo hasta Newark, Nueva Jersey, para que lo examinara el Presbiterio de Newark, siendo ordenado el 11 de junio de 1744 (pp. 251-252).

Al fin se mueve Dios con un poder asombroso

Durante un año, les predicó a los indios de Forks de Delaware, pero el 19 de junio de 1745 hizo su primer viaje de predicación a los indios de Crossweeksung, en Nueva Jersey. Este fue el lugar donde Dios se movió con un poder asombroso, llevándoles el avivamiento y la bendición a los indios. Al cabo de un año ya había ciento treinta personas en su asamblea de creyentes, cada vez mayor (p. 376). Toda la comunidad cristiana recién convertida se trasladó de Crossweeksung a Cranberry en mayo de 1746, a fin de tener sus propias tierras y su aldea. Brainerd se quedó con estos indios hasta que estuvo demasiado enfermo para ministrarles, y en noviembre de 1746 se marchó de Cranberry a fin de pasar cuatro meses tratando de recuperarse en Elizabethtown, en la casa de Jonathan Dickinson.

El 20 de marzo de 1747, les hizo una última visita a sus amigos indios, para después dirigirse a la casa de Jonathan Edwards, en Northampton, Massachusetts, llegando el 28 de mayo de 1747. Durante el verano hizo un viaje a Boston, y después regresó, muriendo de tuberculosis en la casa de Edwards el 9 de octubre de 1747.

Una vida corta

Fue una vida corta: veintinueve años, cinco meses y diecinueve días. Y solo ocho de esos años como creyente. Solo cuatro como

misionero. ¿Por qué ha causado la vida de Brainerd un impacto tan grande? Una razón obvia es que Jonathan Edwards tomó los Diarios y los publicó con el título *Vida de Brainerd* en 1749. Sin embargo, ¿por qué este libro nunca se ha dejado de imprimir? ¿Por qué dijo John Wesley: «Que todos los predicadores lean con detenimiento la *Vida de David Brainerd*» (p. 3)? ¿Por qué se escribió acerca de Henry Martyn (misionero a la India y a Persia) que «leyendo atentamente la *Vida de David Brainerd*, su alma se llenó de una santa emulación con respecto a aquel hombre tan extraordinario, y después de una profunda consideración y de oración ferviente, finalmente tomó la resolución de imitar su ejemplo»?² ¿Por qué consideraba William Carey la *Vida de Brainerd* de Edwards como preciosa y santa? ¿Por qué Robert Morrison y Robert McCheyne de Escocia, John Mills de Estados Unidos, Frederick Schwartz de Alemania, David Livingstone de Inglaterra, Andrew Murray de África del Sur y Jim Elliot del siglo XX de los Estados Unidos miraban a Brainerd con una gran admiración y obtenían de él poder, como lo han obtenido tantos que son ya incontables (p. 4)?

Gideon Hawley, otro misionero que fue protegido de Jonathan Edwards, habló en nombre de centenares de ellos cuando escribió en 1753 acerca de sus luchas como misionero: «Necesito, necesito grandemente algo más que humano [natural] para que me sostenga. Leo mi Biblia y la *Vida del señor Brainerd*, los únicos libros que traje conmigo, y de ellos recibo un poco de apoyo» (p. 3).

¿Por qué esta vida ha tenido una influencia tan notable? O tal vez debería hacer una pregunta más modesta y manejable como ¿Por qué tiene un impacto tan grande en mí? ¿Cómo me ha ayudado a seguir adelante en el ministerio y a buscar en mi vida la santidad, el poder divino y la productividad?

La respuesta es que la vida de Brainerd es un fuerte y poderoso testimonio a favor de la verdad de que Dios puede usar a los santos débiles, enfermos, desalentados, abatidos, solitarios y llenos de luchas que claman a Él día y noche, y de hecho los usa a fin de realizar cosas maravillosas para su gloria. Sus aflicciones tienen gran fruto. Para ilustrar esto, veremos primero las luchas de Brainerd, después cómo reaccionó ante ellas, y al final cómo Dios lo usó con todas sus debilidades.

La lucha de Brainerd con la enfermedad fue casi constante

En 1740 se tuvo que ir del colegio universitario por varias semanas, porque había comenzado a toser sangre. En mayo de 1744 escribió: «Cabalgué varias horas bajo la lluvia a través de un terrible páramo, aunque en mi cuerpo había un desorden tal, que aparte de sangre, poco o nada más salía de mí» (p. 247).

Una y otra vez escribiría algo como lo siguiente: «Después del mediodía, mis dolores aumentaron inmensamente, y me vi obligado a irme a la cama [...] Algunas veces me vi casi privado del ejercicio de mi razón por lo extremo que era el dolor» (p. 253). En agosto de 1746 escribía: «Después de pasarme toda la noche acostado en medio de sudores fríos, tosí mucha materia sanguinolenta esta mañana, y me quedó un gran malestar en el cuerpo, además de no poca melancolía» (p. 420). En septiembre escribió: «Tenía una tos violenta y fiebre alta; no tenía apetito por ninguna clase de comida, y con frecuencia devolvía lo que había comido. Muchas veces no descansaba en la cama, a causa de los dolores que tenía en el pecho y la espalda; sin embargo, podía montar a caballo para ir a ver a mi gente, unos tres kilómetros cada día, y

atender en algo a los que estaban trabajando entonces en una casita para que yo viviera entre los indios» (p. 430).

En mayo de 1747, los médicos le dijeron en la casa de Jonathan Edwards que tenía una tisis incurable y que no le quedaba mucho tiempo de vida (p. 447). En los dos últimos meses de su vida los sufrimientos fueron increíbles. Escribe el 24 de septiembre: «En medio de la mayor aflicción que jamás había tenido que soportar, tuve una clase extraña de hipo, que o bien me estrangulaba, o me hacía tener una serie de vómitos» (p. 469). Edwards hace este comentario con respecto a la semana anterior a su fallecimiento: «Me dijo que era inconcebible para nadie la molestia que él sentía en el pecho. Se manifestó muy preocupado ante la posibilidad de deshonorar a Dios con impaciencia al estar bajo aquella agonía tan extrema, que era tal, que dijo que el pensamiento de tenerla que soportar un minuto más era casi insoportable». La noche antes de morir, les dijo a quienes lo rodeaban que «morir era algo distinto a lo que la gente se imaginaba» (pp. 475-476).

Lo que más afecta al que lee este diario, no es solo la gravedad de los sufrimientos de Brainerd en los días en que aún no había antibióticos ni sedantes, sino sobre todo lo implacable que fue su enfermedad. Casi siempre estaba presente. Y sin embargo, él seguía adelante con su obra.

Brainerd luchó repetidamente con la depresión

Por experiencia propia, Brainerd llegó a comprender de una manera más completa la diferencia entre la deserción espiritual y la enfermedad de la melancolía. Por eso, es probable que sus juicios de los últimos tiempos acerca de su propio estado espiritual sean más cuidadosos que los anteriores. Sin embargo, cualquiera

que sea nuestra evaluación con respecto a su estado psicológico, lo cierto es que era atormentado una y otra vez por un desánimo lleno de desesperación. Y es de maravillarse que sobreviviera y siguiera adelante con todo.

Brainerd mismo afirmaba que había sido así desde muy joven (p. 101). Sin embargo, decía también que había una diferencia entre las depresiones de las que sufría antes de su conversión, y después de ella. Después de su conversión, parecía haber una roca de amor debajo de él que lo había escogido, y lo sostenía, de tal forma que en sus momentos más oscuros pudo seguir sosteniendo que Dios es veraz y bueno, aunque no lo pudo sentir durante una temporada (pp. 93, 141, 165, 278).

Con todo, aun así, eran suficientemente malas. Con frecuencia su angustia se debía al odio por la propia pecaminosidad que le había quedado. Jueves 4 de noviembre de 1742: «Es angustioso sentir en mi alma el infierno de corrupción que aún queda en mí» (p. 185). Algunas veces, esta sensación de indignidad era tan intensa, que se sentía apartado de la presencia de Dios. Escribe el 23 de enero de 1743: «Raras veces me he sentido tan incapacitado para existir, como ahora: Vi que no era digno de ocupar un lugar entre los indios a los que voy a ir [...] Nadie sabe, menos quienes lo sienten, lo que tiene que soportar el alma que es sensiblemente apartada de la presencia de Dios. ¡Ay, es más amargo que la muerte!» (pp. 195-196).

Con frecuencia decía que su depresión era una especie de muerte. Hay por lo menos veintidós lugares en su diario en los cuales expresa que añora la muerte como liberación de sus aflicciones. Por ejemplo, el domingo 3 de febrero de 1745: «Mi alma recordó "el ajeno y la bilis" (casi diría infierno) del pasado viernes, y sentí un gran temor de verme obligado de nuevo a beber

esa "copa de temblores" que fue inconcebiblemente más amarga que la muerte, y me hizo añorar más aun la tumba, indeciblemente más que los tesoros escondidos» (p. 285). El domingo 16 de diciembre de 1744: «Me sentí tan abrumado por el desánimo, que no sabía cómo vivir; añoraba la muerte en gran manera. Mi alma estaba "hundida en aguas profundas" y "los torrentes" estaban listos para "ahogarme". Estaba tan oprimido, que mi alma estaba en una especie de terror» (p. 278).

Tal vez el peor estado mental de todos sea la completa desaparición de toda capacidad para temer o para amar. Hay algunos pasajes que revelan momentos así, y son tan crudos, que Jonathan Edwards los sacó de su Vida. Sabemos esto, porque hay treinta y seis páginas del diario de Brainerd de puño y letra suyos, que se conservan en la Biblioteca Beineke de la Universidad de Yale, y que se pueden comparar con la forma en que Edwards editó esas páginas (pp. 79, 100-153). He aquí una de estas secciones, en la que se muestra un aspecto de la depresión de Brainerd que es clásico en cuanto a su embotamiento contra toda clase de sentimientos.

Me sentí como se siente un criminal ante el tribunal, en espera por su sentencia, con la excepción de que me preocupaba muy poco el camino que tomara mi caso, porque me había sido quitado el temor del invierno casi por completo, si no enteramente. Tenía una certeza total de que mi estado nunca podría ser alterado por nada que yo pudiera hacer, y me preguntaba hasta el punto de estar casi asombrado, de que nunca me hubiera dado cuenta de ello, porque ahora tenía la demostración más clara de esa realidad. Y en este caso, no sentía ni amor a Dios, ni anhelo del cielo, como solía pensar que tenía con anterioridad. Tampoco temía el infierno ni amaba el mundo presente. De hecho, prefería ser o sufrir lo que fuera, antes que volver a mi curso anterior de descuido. Pensaba que mis convicciones habían

desaparecido todas, y aquello me parecía temible. Pero pensaba que solo podría ir al infierno, y que no lo sentía, ni podía hacer que pareciera tan temible como antes. De hecho, parecía sentirme totalmente despojado de toda felicidad, o esperanza y expectación de felicidad, tanto en el presente mundo como en el venidero, y sin embargo, no sentía un grado considerable de aflicción, aunque sí sentía algo que hasta esos momentos rayaba en la desesperación en cuanto a todo bien satisfactorio, que me parecía casi igualmente cómodo pensar en ser aniquilado como algo de lo cual sabía entonces, aunque puedo decir con verdad que tampoco estaba listo para eso. Toda mi alma estaba indeciblemente desconcertada y perdida en mí mismo, y no conocía nada que pareciera adecuado para hacerme feliz, en caso de que hubiera podido obtener con la mayor facilidad el mejor bien que se me pudiera ocurrir. Y estando tan perdido, me convertí en objeto adecuado para que la compasión de Jesucristo se fijara en mí, puesto que Él vino «a buscar y a salvar lo que se había perdido» (Lucas 19:10) (pp. 131-133).

Solo mirando al pasado se veía como «objeto adecuado para la compasión de Jesucristo». Pero en la hora de las tinieblas, no tenía sensación de esperanza, de amor ni de temor. Este es el lado más temible de la depresión, puesto que se comienzan a desvanecer las limitaciones naturales al suicidio. Pero, a diferencia de William Cowper, Brainerd fue librado de los impulsos suicidas. Sus deseos de morir quedaron todos restringidos dentro de los límites de la verdad bíblica: «Jehová dio, y Jehová quitó» (Job 1:21). Deseó muchas veces la muerte, pero solo en el sentido de que Dios se lo llevara (pp. 172, 183, 187, 215, 249, por ejemplo).

Cuando pensaba en lo mucho que su angustia mental era un obstáculo para su ministerio y su vida de piedad, esto hacía más complicada aún su aflicción. El miércoles 9 de marzo de 1743, escribía: «Cabalgué más de veinticinco kilómetros hasta Montauk,

y tuve una sensación de dulzura interior en el camino, pero algo de abatimiento y mortandad después de estar allí y ver a los indios. Me retiré y traté de orar, pero me encontré terriblemente abandonado y me fui, y tuve una dolorosa sensación de mi vileza y mi ruindad» (p. 199).

Había momentos en que estaba simplemente inmovilizado por la aflicción, y no podía seguir funcionando. Martes, 2 de septiembre de 1746: «Rara vez me había sentido tan confundido como ahora con la sensación de mi propia esterilidad y de lo inadecuado que soy para mi labor. Oh, cómo me veía ahora convertido en un desecho muerto, sin corazón, estéril y sin provecho alguno. Mis ánimos estaban tan bajos, y mis fuerzas corporales tan agotadas, que no podía hacer absolutamente nada. Al final, demasiado agotado, me acosté sobre una piel de búfalo, pero sudé durante gran parte de la noche» (pp. 423ss.).

Es sencillamente asombroso con cuánta frecuencia Brainerd siguió adelante con las necesidades prácticas de su labor ante esas oleadas de desánimo. Sin duda, esto lo ha hecho muy querido por numerosos misioneros que conocen por ellos mismos la clase de dolor que él tuvo que soportar.

Brainerd luchó con la soledad

Habla de haber tenido que soportar las palabras impías de dos extraños una noche en abril de 1743, y dice: «¡Oh, cómo anhelaba que algún amado cristiano conociera mi angustia!» (p. 204). Un mes más tarde dice: «La mayor parte de las conversaciones que oigo son en escocés de los Highlands, o en idioma indio. No tengo ningún otro cristiano con el cual me pueda desahogar y mostrale mis angustias espirituales, y con el cual pueda tomar dulce

consejo conversando acerca de las cosas celestiales, y unirme en oración conjunta» (p. 207). Esta tristeza hacía que a veces no quisiera salir de nuevo a otra aventura. Martes, 8 de mayo de 1744: «A veces mi corazón estaba a punto de hundirse al pensar en mi labor, y en salir solo al páramo, sin saber hacia dónde» (p. 248).

En diciembre de 1745, le escribe a su amigo Eleazar Wheelock una carta donde le dice: «No tengo dudas de que cuando hayas leído todo mi diario, vas a ser más sensible ante la necesidad que tengo de un compañero de viaje como tú nunca antes lo fuiste» (p. 584). Por supuesto, no le interesaba que fuera cualquier clase de persona. Quería un compañero del alma. Muchos de nosotros podemos identificarnos con él cuando dice: «Hay muchos con los cuales puedo conversar acerca de la religión, pero ay, encuentro muy pocos con los que puedo hablar de la religión misma. Sin embargo, bendito sea el Señor, hay algunos a quienes les encanta alimentarse con el grano, y no con la cascara» (p. 292).

Con todo, Brainerd estuvo solo en su ministerio hasta el final. Durante las diecinueve semanas finales de su vida, Jerusha Edwards, hija de Jonathan Edwards, entonces de diecisiete años de edad, hizo de su enfermera, y muchos especulan diciendo que hubo un profundo amor (incluso romántico) entre ellos. Pero fuera de la civilización y en el ministerio, estaba solo, y solo podía derramar su alma ante Dios. Y Dios lo sostenía y lo mantenía activo.

Brainerd luchó con unas inmensas dificultades externas

En mayo de 1743, describe su primera estación misionera: «Vivo pobremente en cuanto a las comodidades de la vida; la mayor parte de mi dieta consiste en maíz hervido, pudín rápido y demás. Me alojo en un montón de paja y mi labor es dura y sumamente

difícil; además, tengo poca experiencia en cuanto a lo que es el éxito para que me sienta consolado» (p. 207). En agosto dice: «En este débil estado corporal, estaba muy angustiado porque quería una alimentación adecuada. No tenía pan, ni podía conseguirlo. Me siento forzado a ir o enviar a alguien a quince o veinte millas de distancia para conseguir todo el pan que como, y a veces está mohoso y amargo antes que lo coma, si consigo alguna cantidad considerable [...] Pero por la bondad divina, tenía un poco de harina de los indios, con la cual hacía pequeñas tortas que freía. Sin embargo, me sentía contento con mis circunstancias y dulcemente resignado ante Dios» (pp. 213-214).

Dice que con frecuencia se perdía en los bosques, quedando expuesto al frío y al hambre (p. 222). Habla de que le han robado el caballo, se lo han envenenado, o tiene una pata rota (pp. 294, 339). También dice que el humo de una chimenea muchas veces hacía que el cuarto fuera intolerable para sus pulmones, y tenía que salir fuera al frío para poder respirar, y entonces no podía dormir en toda la noche (p. 422).

Pero la batalla con las dificultades externas, por grandes que estas fueran, no era su peor lucha. Tenía una asombrosa resignación, y al parecer, sentía descanso incluso en muchas de estas circunstancias. Sabía dónde encajaban dentro de su enfoque bíblico de la vida:

Las fatigas y dificultades como estas sirven para despegarme más aún de la tierra; y confío en que también hagan más dulce el cielo. Antes, cuando quedaba así bajo el frío, la lluvia y demás, me sentía dispuesto a complacerme a mí mismo con el pensamiento de disfrutar de una casa cómoda, un fuego acogedor y otras comodidades externas, pero ahora estas cosas tienen un lugar más reducido en mi corazón (por la gracia de Dios)

y mis ojos buscan más en Dios su consuelo. En este mundo, espero tribulación, y ahora ya no me parece extraña como antes; en esos momentos de dificultad no me complazco con el pensamiento de que las cosas van a ser mejores en el futuro, sino que pienso más bien que van a ser mucho peores, y en las pruebas mayores por las que han pasado otros hijos de Dios, y en lo grandes que tal vez sean las que me están reservadas a mí. Bendito sea Dios, que me consuela en medio de mis pruebas más agudas, y muy rara vez permite que esos pensamientos vengan acompañados del terror o la melancolía, sino que vengan acompañados con frecuencia de un gran gozo (p. 274).

O sea que, a pesar de las terribles dificultades externas que conoció, Brainerd siguió adelante e incluso floreció bajo esas tribulaciones que lo iban llevando a la gloria en el Reino de Dios.

Brainerd luchó con un concepto desagradable de la naturaleza

Lo perdonaremos en cuanto a esto muy pronto, porque pocos de nosotros hemos sufrido físicamente lo que él sufrió, o soportado las dificultades que él soportó fuera de la civilización. Es duro deleitarse en la belleza de una rosa cuando uno está tosiendo sangre.

Sin embargo, tenemos que ver esto como parte de la lucha de Brainerd, porque de haber tenido ojos para la belleza, en lugar de tenerlos para lo desagradable, esto habría aligerado algo su carga. Edwards lo elogió por no ser una persona de «imaginación calenturienta» (p. 93). Aquello constituía una virtud para él, porque significaba que Brainerd estaba libre de lo que él llamaba «entusiasmo» religioso: la intensidad de emoción religiosa basada en impresiones repentinas y visiones de la imaginación, y no en la captación espiritual de las perfecciones morales de Dios. O sea,

que Edwards aplaudía a Brainerd por no «formar imágenes fuertes y vivas en su imaginación» (p. 93).

Con todo, una mente poco imaginativa tiene una costosa desventaja. En el caso de Brainerd, significaba que parecía no ver en la naturaleza nada más que un «páramo desolado» y un desagradable enemigo. En sus diarios no hay nada como los éxtasis de Jonathan Edwards cuando caminaba por los bosques y veía imágenes de la gloria divina y ecos de la excelencia de Dios por todas partes. En su *Personal Narrative* («Narración personal»), Edwards nos habla de varias experiencias tempranas poco después de su despertar en la adolescencia que revelan la clase de corazón con el que veía las bellezas de la naturaleza.

Caminé afuera solo, en un lugar solitario dentro de los pastos de mi padre, para dedicarme a la contemplación. Y mientras estaba allí caminando, y mirando al cielo y las nubes, me vino a la mente una dulce sensación de la gloriosa majestad y la gracia de Dios que no sé cómo expresar. Me pareció verlas ambas en una dulce conjunción: la majestad y la mansedumbre se unieron; era una majestad dulce y delicada, y santa también; y además, una mansedumbre majestuosa; una inmensa dulzura; una delicadeza alta, grande y santa.

El aspecto de todo quedó alterado; pareció haber, como si fuera, un tranquilo y dulce escenario, o aparición de la gloria divina sobre casi todas las cosas. La excelencia de Dios, su sabiduría, su pureza y su amor parecieron aparecer en todo: en el sol, la luna y las estrellas; en las nubes y el cielo azul; en la hierba, las flores y los árboles; en el agua y toda la naturaleza, que se me quedaron grabadas por largo tiempo en la mente. Con frecuencia solía sentarme a contemplar la luna durante largo tiempo, y por el día, pasaba mucho rato mirando las nubes y el cielo para contemplar la dulce gloria de Dios en aquellas cosas;

mientras tanto, iba cantando en voz baja mis contemplaciones del Creador y Redentor³.

Me parece que Norman Pettit tiene razón cuando dice:

Donde Edwards veía los montes y el yermo como escenario para la revelación divina, Brainerd solo veía un «furioso pára-mo». Donde Edwards se podía deleitar espiritualmente «en el sol, la luna y las estrellas; en las nubes y el cielo azul; en la hierba, las flores y los árboles», Brainerd nunca mencionaba la belleza natural. En contraste con el gozo de Edwards en el verano, tenemos el miedo que Brainerd le tenía al invierno (p. 23).

Brainerd nunca mencionó un paisaje atractivo o una puesta de sol hermosa. En un solo lugar dijo que había descubierto la necesidad de distracciones en su trabajo con el fin de ser útil al máximo (p. 292). Sin embargo, ni una sola vez describió ninguna de esas distracciones, ni el impacto que pueden haber tenido en él.

Es triste que Brainerd estuviera ciego a uno de los antídotos de Dios para la depresión (tal vez a causa de sus propios sufrimientos⁴). Charles Spurgeon, el gran predicador y pastor inglés de fines del siglo XIX, que también conocía lo suyo en cuanto a desaliento y depresión, describía este remedio a la melancolía dado por Dios que, al parecer, Brainerd fue incapaz de disfrutar:

La naturaleza... lo está llamando a la salud y atrayendo al gozo. El que se olvida del zumbido de las abejas entre los brezos, el arrullo de las palomas en el bosque, el canto de las aves entre los árboles, las tranquilas ondas de los canales entre los torrentes y el suspiro del viento entre los pinos, no tiene por qué asombrarse de que su corazón se olvide de cantar y su alma se sienta cada vez más pesada. Un día respirando el aire fresco de

las colinas, o unas pocas horas de paseo bajo la calmada sombra de los bosques de hayas, bastaría para barrer con las telarañas del cerebro que tienen una gran cantidad de nuestros ministros que tanto se esfuerzan, y que solo están medio vivos. Un bocado de aire de mar, o una fuerte caminata de cara al viento, no solo le darían gracia al alma, sino que le darían oxígeno al cuerpo, que es después de aquello lo mejor... Por falta de oportunidad, o de inclinación, se descuidan estos grandes remedios, y el estudiante se convierte en una víctima inmolada por sí misma⁵

De nuevo digo que perdonaremos muy pronto a Brainerd por no haber sacado fuerzas y alivio de la galería divina del gozo, porque su sufrimiento le hizo muy difícil verla. Pero nosotros debemos hacer cuanto esfuerzo sea necesario por no sucumbir aquí junto con él. Spurgeon y Edwards son nuestros modelos sobre los usos espirituales de la naturaleza. Y, por supuesto, una autoridad mayor aún, nos dijo: «Considerad los lirios del campo» (Mateo 6:28).

Brainerd luchó por amar a los indios

Si se conoce el amor por el sacrificio, entonces Brainerd amó con gran intensidad. Pero si también es conocido por una sentida compasión, entonces Brainerd luchó por amar más de lo que amó. Algunas veces rebosaba amor. El 18 de septiembre de 1742 escribía: «Sentí alguna compasión por las almas, y me lamenté de no haber sentido más. Sentí mucho más que nunca la bondad, la mansedumbre, la delicadeza y el amor hacia toda la humanidad» (p. 181). El 26 de diciembre de 1742 escribe: «Sentí mucha dulzura y ternura en la oración, sobre todo que con toda mi alma parecí amar a mis peores enemigos, y pude orar por aquellos que son

ajenos a Dios y enemigos suyos con un alto grado de suavidad y de fervor» (p. 193). El martes 2 de julio de 1745: «Sentí mi corazón atraído hacia Dios en oración, casi toda la mañana; en especial mientras cabalgaba. Y en la noche, no pude evitar el clamar a Dios por esos pobres indios, y después que me fui a la cama, mi corazón siguió dirigiéndose a Dios a favor de ellos, hasta que me quedé dormido. Oh, bendito sea Dios que me permite orar» (p. 302).

En cambio, hubo otros momentos en los cuales pareció estar desprovisto de afecto o de compasión por sus almas. Expresaba culpabilidad por no predicarles a unas almas inmortales con mayor ardor y tan poco anhelo por su salvación (p. 235). Sencillamente, su compasión se podía apagar. El 2 de noviembre de 1744: «Alrededor del mediodía, fui a caballo hasta donde estaban los indios, y mientras iba, no podía sentir deseo alguno de estar con ellos, e incluso temí decirles algo» (p. 272). O sea, que Brainerd luchaba con un amor que se levantaba y caía en su propio corazón. Amaba, pero ansiaba amar mucho más.

Brainerd luchó por permanecer fiel a su llamado

Aun a pesar de que la expulsión de Brainerd de Yale obstaculizó su entrada al pastorado e hizo que pensara en trabajar como misionero, el llamado misionero del Señor que sintió en esto no lo abandonó cuando por fin se le presentaron otras oportunidades para el pastorado. Tuvo varias oportunidades de tener una vida mucho más fácil y estable como ministro en una iglesia.

La iglesia de Millington, cerca de Haddam, su pueblo, lo llamó en marzo de 1744, y él describe el llamado como un gran cuidado y una gran carga. Lo rechazó y oró para que el Señor enviara obreros a su viña (p. 244). La iglesia de East Hampton, en Long

Island, también lo llamó. Jonathan Edwards decía de aquel lugar que era «el pueblo más bello y agradable de toda la isla, y tenía una de sus iglesias más grandes y ricas» (p. 245, nota 8). Brainerd escribe el jueves 5 de abril: «He decidido seguir aún con el trabajo entre los indios, si lo permite la divina providencia, aunque antes sentí alguna inclinación a ir a East Hampton, donde se me había pedido que fuera» (p. 245).

Hubo otras oportunidades más. Pero cada vez la lucha se resolvía con este sentido de carga y de llamado: «No me sentía libre para pensar en ninguna otra circunstancia u ocupación en la vida: todo mi anhelo estaba en la conversión de los paganos, y toda mi esperanza estaba en Dios: Él no soporta que yo me agrade o consuele a mí mismo con la esperanza de ver a mis amigos, regresar a mis lugares queridos y disfrutar de las comodidades del mundo» (p. 263). Por tanto, que es obvio que la lucha existió, pero él permaneció en su lugar gracias a que estaba dispuesto a sufrir y sentía pasión por ver extenderse el Reino de Cristo entre los indios.

La pasión por terminar bien

Veamos ahora la forma en que Brainerd reaccionaba ante estas luchas. Lo que nos asombra de inmediato es que se esforzara por seguir adelante. Una de las principales razones por las cuales la vida de Brainerd tuvo unos efectos tan poderosos en la gente, es que, a pesar de todas sus luchas, nunca abandonó su fe ni su ministerio. Lo consumía la pasión por acabar su carrera, honrar a su Maestro, propagar el Reino y avanzar en su santidad personal. Su inmovible fidelidad a la causa de Cristo es la que hace que su dura vida resplandezca con gloria, de tal manera que podamos

comprender a Henry Martyn cuando escribió, siendo estudiante de Cambridge en 1802: «¡Anhelo ser como él!» (p. 4).

Hay algo que nos conquista el alma cuando vemos a un hombre leal a una sola pasión, perseverando contra todas las probabilidades, terminando su carrera sin importarle el precio. El Espíritu de Jesús, cuando endureció el rostro para ir a Jerusalén (Lucas 9:51, 53) recorre las generaciones de todos sus seguidores que más nos inspiran. Un hormigueo nos recorre la columna vertebral con el anhelo de consagrarnos a Cristo de manera radical cuando leemos, por ejemplo, el firme propósito de Pablo que pone la sumisión por encima de la seguridad: «Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios» (Hechos 20:24). La entrega leal, que hace que todo lo demás desaparezca, cautiva el corazón y nos hace anhelar junto con Tomás, seguirle, al precio que sea: «Vamos también nosotros, para que muramos con él» (Juan 11:16).

Clyde Kilby atribuye la influencia de Brainerd a este tipo de inspiración.

No son los logros de Brainerd como misionero, por significativos que hayan sido, los que han perpetuado su influencia. Ciertamente, no son las perturbaciones de su espíritu, ni su sensación de vileza, su «complejo» de flagelación o su enfermedad constante. Me atrevo a decir que no es ni siquiera su diario, tanto como la idea que hay tras todas esas cosas, que tuvo como consecuencia la formación de este hombre. En nuestra timidez y nuestro oportunismo de mala calidad, siempre nos sacude el que aparezca en el horizonte un hombre dispuesto a jugárselo todo por una convicción⁶.

Una especie de «dolor agradable»

Brainerd estaba convencido de que no había aspiración alguna en la tierra que sobrepasara al supremo propósito de saborear y propagar el reinado de Cristo en su propia santidad personal y lograr la conversión de los indios para la gloria de Dios. A su pasión por más santidad y más utilidad, él la llamaba «una especie de dolor agradable». «Cuando realmente disfruto de Dios, siento que mi anhelo de El se vuelve más insaciable aún, y mi sed de santidad más inextinguible [...] ¡Oh, la santidad! ¡Oh, quiero más de Dios en mi alma! ¡Oh, este dolor agradable! Hace que mi alma se esfuerce más aún por alcanzar a Dios [...] ¡Oh, que yo nunca me desvíe de mi viaje celestial!» (p. 186).

Se sentía sujeto a la advertencia del apóstol: «Mirad, pues, con diligencia cómo andéis... aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos» (Efesios 5:15-16). En su vida se veía encarnado este consejo: «No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos» (Calatas 6:9). Se esforzaba por estar, como dice Pablo, «creciendo en la obra del Señor siempre» (1 Corintios 15:58). El 17 de abril de 1747 escribe: «¡Cuánto anhelaba llenar todos los momentos restantes para Dios! Aunque mi cuerpo estaba tan débil, y agotado con la predicación y las numerosas conversaciones privadas, quería estar sentado toda la noche a fin de hacer algo para Dios. A Dios, el que da esos refrigerios, sea la gloria por siempre jamás, amén» (p. 246). El 21 de febrero de 1746: «Mi alma se sentía refrescada y consolada, y no podía menos que bendecir a Dios, que me había capacitado en buena medida para serle fiel en el último día. ¡Oh, qué dulce es gastarse y fatigarse para Dios!» (p. 366).

«En la oración... consuelos inefables para mi alma»

Entre todos los medios usados por Brainerd para buscar más santidad y más utilidad, se destacan la oración y el ayuno. Leemos que se pasaba días enteros en oración. El miércoles 30 de junio de 1742 escribe: «Pasé casi todo el día en oración incesante» (p. 172). Algunas veces apartaba hasta seis períodos de un mismo día para orar: «Bendito sea Dios, que tenía mucha libertad cinco o seis veces al día, en oración y alabanza, y sentía una fuerte preocupación en mi espíritu por la salvación de esas almas preciosas y la extensión del Reino del Redentor en medio de ellas» (p. 280).

Algunas veces, buscaba una familia o un amigo para orar juntos. Oraba por su propia santificación. Oraba por la conversión y la pureza de sus indios. Oraba por la extensión del reino de Cristo en todo el mundo, y sobre todo en el continente americano. Algunas veces, el espíritu de la oración lo envolvía de una forma tan profunda, que apenas podía detenerse.

Estos fueron unos de los momentos más dulces para Brainerd, y escribe acerca de ellos de formas que hacen que los santos sientan hambre de Dios:

Me retiré muy temprano para mis devociones secretas, y en oración, Dios tuvo a bien derramar unos consuelos tan inefables sobre mi alma, que durante algún tiempo, no pude hacer otra cosa más que decir una y otra vez: «¡Oh, mi dulce Salvador! ¡Oh, mi dulce Salvador!». «¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra» [Salmo 73:251. Si mi alma tuviera mil vidas, con todo gusto las habría entregado todas de inmediato para estar con Cristo. Mi alma nunca había disfrutado tanto del cielo. Era la temporada de comunión con Dios más delicada y espiritual que había tenido jamás. Nunca

había sentido en toda mi vida un grado tan grande de resignación (pp. 164-165).

En una ocasión, visitando con unos amigos un hogar, en mayo de 1746, se fue solo a orar:

Seguí luchando con Dios en oración por mi amado y pequeño rebaño de aquí, y más especialmente por los indios de otras partes, así como por mis amados amigos de uno y otro lugar, hasta que fue hora de ir a la cama, y tuve temor de serle obstáculo a la familia, etc. Pero oh, ¡con cuan pocas ganas me vi obligado a pasar tiempo durmiendo! (p. 402).

Un cumpleaños sin pastel y sin comida

Además de orar, Brainerd buscaba la santidad y la utilidad por medio del ayuno. Una y otra vez habla en su diario de los días pasados en ayuno. Uno de los más notables, en vista de la forma en que la mayoría de nosotros celebramos nuestro cumpleaños, fue el ayuno hecho el día que cumplió veinticinco años:

Miércoles 20 de abril. He apartado este día para ayunar y orar; para inclinar mi alma ante Dios a fin de que me conceda su divina gracia; en especial para que todas mis aflicciones espirituales y mis angustias internas le sean santificadas a mi alma. Y me propuse también recordar la bondad de Dios conmigo en el año anterior, puesto que este día era el de mi cumpleaños. Habiendo obtenido la ayuda de Dios, he vivido así hasta ahora, y he llegado a la edad de veinticinco años. Mi alma sintió dolor de pensar en mi esterilidad y mortandad; en que he vivido tan poco para la gloria del Dios eterno. Me pasé el día solo en el bosque, y allí le expuse a Dios mi queja. ¡Oh, si Dios me capacitara a fin de vivir para su gloria en el futuro! (p. 205).

Ayunaba para pedir orientación cuando se sentía perplejo ante los siguientes pasos a dar en su ministerio. Escribe el lunes 19 de abril de 1742: «Aparté este día para ayunar y orar a fin de pedirle a Dios su gracia, en especial para que me prepare para la semana en el ministerio, me dé su ayuda divina y su dirección mientras me preparo para esa gran obra, y en su propio tiempo, me "envíe a su mies" [Mateo 9:38; Lucas 10:2]» (p. 162). Y oraba sencillamente con la esperanza de hacer grandes progresos en su propia vida espiritual y en su santidad. Jueves 9 de febrero de 1744: «Observé este día como día de ayuno y oración, pidiéndole a Dios que derramara sobre mí su bendición y su gracia; en especial, que me capacitara para llevar una vida de mortificación con respecto al mundo, y también de resignación y paciencia» (p. 238).

Cuando estaba agonizando en la casa de Jonathan Edwards, exhortaba a los ministros jóvenes que llegaban a verlo que se dedicaran con frecuencia a tener días de ayuno y oración privados, por lo útil que aquello era (p. 473). Edwards mismo decía: «Entre los numerosos días que [Brainerd] pasó ayunando y orando en secreto, y de los que habla en su diario, es raro encontrar alguno que no iba acompañado o seguido prontamente de un éxito evidente y de una notable bendición en cuanto a ingresos especiales y consuelos del Espíritu de Dios, y muchas veces esto sucedía antes que ese día terminara» (p. 531).

«Estudié fuertemente, hasta que sentí que me fallaban mis fuerzas corporales»

Además de orar y ayunar, Brainerd redimía el tiempo con el estudio, y mezclaba las tres cosas entre sí. El 20 de diciembre de 1745 escribe: «Pasé gran parte del día escribiendo, pero pude mezclar la

oración con mis estudios» (p. 280). El 7 de enero de 1744: «Pasé este día en medio de la seriedad, con firmes resoluciones para Dios, y una vida de mortificación. Estudié fuertemente, hasta que sentí que me fallaban mis fuerzas corporales» (p. 234). El 20 de diciembre de 1742: «Me pasé este día en oración, leyendo y escribiendo, y disfruté de alguna ayuda, en especial para corregir algunos pensamientos acerca de un cierto tema» (p. 192).

Constantemente estaba escribiendo y pensando acerca de cosas teológicas. Por eso tenemos las Agendas y el Diario. Pero había más. Con frecuencia leemos cosas como: «La mayor parte del día estuve dedicado a escribir sobre un tema divino. Oré con frecuencia» (p. 240). «Me pasé la mayor parte del tiempo escribiendo acerca de un dulce tema divino» (p. 284). «Me dediqué nuevamente a escribir casi todo el día» (p. 287). «Me levanté temprano y escribí a la luz de una vela durante un tiempo considerable; me pasé la mayor parte del día escribiendo» (p. 344). «Cuando iba llegando la noche, disfruté de algunos de los pensamientos más claros acerca de un tema divino... que recuerde haber tenido jamás sobre ningún tema, y me pasé dos o tres horas escribiéndolos» (p. 359).

Escribir sobre un «tema divino... Un entretenimiento tan dulce»

¿Por qué escribir tanto? Por lo menos, existen dos razones por las cuales Brainerd, y también otros, entre ellos yo, consideramos esto de escribir como una parte esencial de nuestra vida espiritual: no solo de nuestra vida ministerial, sino de nuestra propia vida espiritual. En primer lugar, nos trae claridad a la mente con respecto a los grandes asuntos sobre los cuales estamos leyendo o pensando. En segundo lugar, intensifica los afectos que son encendidos por

la visión clara y sólida de las grandes verdades. Brainerd menciona ambas motivaciones en lo que escribe el 1º de febrero de 1746:

Quando iba entrando la noche, disfruté de los pensamientos más claros con respecto a un tema divino (por ejemplo, el tratado en 1 Corintios 15:13-16) que recuerdo haber tenido jamás con respecto a tema alguno, y pasé dos o tres horas escribiéndolos. Me sentí refrescado con su intensidad: Tenía la mente tan dedicada a estas meditaciones, que apenas la podía fijar en ninguna otra cosa, y de hecho, no estaba dispuesto a separarme de un entretenimiento tan dulce (p. 359).

«Una visión habitual de la grandeza»

Sólo en este punto, nuestra cultura tan superficial está muy necesitada de Brainerd. Sus meditaciones y escritos trataban continuamente sobre «temas divinos». Su pensamiento y sus escritos estaban marcados por lo que él llamaba «intensidad». En cambio, nuestro día está marcado por temas pequeños y tratamientos informales. Richard Foster se lamentaba de esto en 1996 con estas palabras:

Me preocupa el hecho de que nuestras lecturas y nuestros escritos estén gravitando hacia el mínimo común denominador de una forma tan completa, que han hecho que los grandes temas de la majestad, la nobleza y la felicidad parezcan triviales, insignificantes, ordinarios... En realidad, me preocupa el estado del alma en medio de toda la sobrecarga barata de sensaciones que se está produciendo hoy. Verá: sin lo que Alfred North Whitehead llamaba «una visión habitual de la grandeza», nuestra alma se marchita y pierde su capacidad para la belleza, el misterio y la trascendencia... En estos días y en

esta época, el hecho de no tener nada que decir no descalifica a una persona a la hora de escribir un libro. La triste verdad es que muchos autores, sencillamente nunca han aprendido a reflexionar de manera sustancial acerca de nada.

La oración de Brainerd, su meditación, sus escritos y toda su vida son una acusación sostenida contra la trivialidad de nuestros tiempos y de nuestra cultura, incluso buena parte de la cultura cristiana. Era mucho lo que estaba en juego para él. Brainerd fue ejemplo de aquello a lo que exhortaba Foster: «Deles una atención sostenida a los grandes temas del espíritu humano: la vida y la muerte, la trascendencia, el problema del mal, la difícil situación del ser humano, la grandeza de la vida justa, y muchos más»⁸. Él hizo esto, no porque le preocupara sostener la grandeza de su propia alma, sino porque sentía pasión por la grandeza de Dios en Cristo, y la tragedia de unos indios que no habían sido alcanzados y entraban a la eternidad sin un conocimiento salvador de este Dios. Por consiguiente, su vida era una larga y atormentada tensión por «aprovechar bien el tiempo» (Efesios 5:16), «no cansarse de hacer el bien» (Calatas 6:9) y «crecer en la obra del Señor siempre» (1 Corintios 15:58). Y lo que hace que su vida haya sido tan poderosa, es que siguió adelante con esta pasión bajo las inmensas luchas y dificultades a las que se enfrentaba.

El fruto de la aflicción de Brainerd

Pasamos ahora finalmente a esta pregunta: ¿Cuál fue el fruto de las aflicciones de Brainerd? En primer lugar, quisiera mencionar el efecto que tuvo la vida de Brainerd en Jonathan Edwards, el gran pastor y teólogo de Northampton, Massachusetts, en cuya

casa Brainerd falleció a la edad de veintinueve años. Edwards da su propio testimonio:

No quisiera concluir mis observaciones sobre las misericordiosas circunstancias que rodearon al fallecimiento del señor Brainerd, sin reconocer con gratitud la bondadosa dispensación de la Providencia hacia mí y mi familia al disponer que [...] fuera llevado a mi casa en su última enfermedad, y muriera allí. De esa manera, tuvimos oportunidad para conocerlo bien y conversar con él, y para mostrarle bondad en esas circunstancias, y para ver su conducta en la agonía, para oír sus últimas palabras, para recibir su consejo al morir, y para tener el beneficio de sus oraciones mientras agonizaba (p. 541).

Edwards dice esto, aunque debe haber sabido que es probable que le costara la vida de su hija de dieciocho años el haber tenido a Brainerd en su casa con esa terrible enfermedad. Jerusha había asistido a Brainerd como enfermera durante las últimas diecinueve semanas de su vida, y cuatro meses después de morir él, ella murió de la misma aflicción el 14 de febrero de 1784. Edwards escribe:

Le ha placido al Dios santo y soberano llevarse a esta querida hija mía con la muerte el día 14 de febrero [...] después de una corta enfermedad de cinco días, a los dieciocho años de edad. Era una persona con un espíritu muy similar al de Brainerd. Lo había cuidado y atendido continuamente en su enfermedad, durante diecinueve semanas antes de su muerte, dedicándose a hacerlo con gran placer, porque veía en él a un eminente siervo de Jesucristo⁹.

Es decir, que Edwards realmente quería decir lo que dijo al hablar de que había sido una «bondadosa dispensación de la

Providencia» el que Brainerd fuera a su casa a morir. Lo decía, conociendo por completo cuál había sido el precio.

Un guijarro lanzado al mar de la historia

Como resultado del inmenso impacto que tuvo la entrega de Brainerd en su vida, Jonathan Edwards escribió en los dos años siguientes *The Life of David Brainerd* [«La vida de David Brainerd»], que ha sido reimpressa con mayor frecuencia que ningún otro de sus libros. Y por medio de esta Vida, el impacto de Brainerd sobre la iglesia ha sido incalculable. Más allá de todos los famosos misioneros que nos dicen que han sido sostenidos e inspirados por la Vida de Brainerd¹⁰, cuántos siervos fieles más debe haber, incontables y desconocidos, que han hallado en el testimonio de Brainerd el aliento y la fortaleza necesarios para seguir adelante.

Es un pensamiento inspirador el darse cuenta de que un pequeño guijarro lanzado al mar de la historia pueda producir ondas de gracia que vayan a romper sobre orillas distantes centenares de años más tarde, y a miles de kilómetros de distancia. Robert Glover medita en esto maravillado cuando escribe:

Fue la santa vida de Brainerd la que influyó sobre Henry Martyn para que se convirtiera en misionero, y fue un factor primario en la inspiración de William Carey. A su vez, Carey fue el que conmovió a Adoniram Judson. Así vamos siguiendo el linaje espiritual paso a paso: Hus, Wycliffe, Francke, Zinzendorf, los hermanos Wesley y Whitefield, Brainerd, Edwards, Carey, Judson, y sigue el linaje en la verdadera sucesión apostólica de la gracia y el poder espiritual y el ministerio mundial¹¹

El irónico fruto del fracaso

Un efecto menos conocido de la vida de Brainerd, y que le debe mucho más a la bondadosa providencia de Dios que a cualquier intención por parte de Brainerd, fue la fundación del Colegio universitario Princeton y del Colegio universitario Dartmouth. Jonahthan Dickinson y Aaron Burr, quienes fueron los primeros líderes de Princeton y estuvieron entre sus fundadores, tomaron un interés directo en lo sucedido a Brainerd in Yale y se sintieron sumamente molestos porque esta escuela no lo quiso readmitir. Este suceso llevó a un punto decisivo la insatisfacción que tenían los Sínodos presbiterianos de Nueva York y Nueva Jersey con Yale, y solidificó la decisión de fundar su propia escuela. El Colegio de Nueva Jersey (más tarde Princeton) fue fundado en octubre de 1746. Dickinson fue nombrado primer presidente, y cuando comenzaron las clases en su casa en mayo de 1747, en Elizabethtown, allí estaba Brainerd tratando de recuperar su salud en sus últimos meses de vida. Así, se le considera como el primer estudiante matriculado en él. David Field, Archibald Alexander y otros testifican que en un sentido muy real, «el Colegio universitario de Princeton fue fundado a causa de la expulsión de Brainerd de Yale» (p. 55).

Otro sorprendente efecto de la vida de Brainerd es la inspiración que fue para la fundación del Colegio universitario Dartmouth por Eleazar Wheelock. Brainerd se sentía fracasado entre los indios iroqueses del Susquehanna. Trabajó entre ellos durante alrededor de un año, y después siguió adelante. Pero su diario de aquellos momentos animó a Wheelock, quien se comprometió a ir a los iroqueses de Connecticut, e inspirado por el ejemplo de Brainerd al enseñarles a los indios, fundó en 1748 en Lebanon

una escuela para indios y blancos. Más tarde, la escuela fue trasladada a Hanover, New Hampshire, donde Wheelock fundó el Colegio universitario Dartmouth (p. 62).

En 1740, los únicos colegios universitarios coloniales eran Yale, Harvard y William and Mary, y no simpatizaban con la piedad evangélica del Gran Avivamiento. Pero la marea del Avivamiento trajo consigo el celo, no solo por la piedad, sino también por los estudios, y los presbiterianos fundaron Princeton, los bautistas fundaron Brown, los reformados holandeses fundaron Rutgers y los congregacionalistas fundaron Dartmouth. Es notable que se deba reconocer a David Brainerd como componente motivador esencial en la fundación de dos de estas escuelas. Si era un erudito frustrado en cierta manera, que pensaba y escribía a la luz de una vela en medio del campo¹², su visión de una educación superior evangélica tuvo probablemente un cumplimiento mayor, que si hubiera entregado su vida a esa causa, y no a la pasión misionera que sentía.

¿Quién puede medir el valor de un alma que adora?

Cierro el tema, indicando que el efecto más duradero y significativo que ha tenido el ministerio de Brainerd es el mismo que es el más duradero y significativo en el ministerio de todo pastor. Hay unos cuantos indios —tal vez varios centenares— que, tanto ahora como en la eternidad, le deben su vida perdurable de manera directa al amor y al ministerio de David Brainerd. Algunas de sus historias bastarían para hacer un capítulo más, que sería muy inspirador. ¿Quién puede describir el valor que tiene un alma, sacada del reino de las tinieblas, del llanto y del crujir de dientes, para

ser llevada al Reino del amado Hijo de Dios? Tanto si vivimos veintinueve años, como si vivimos noventa y nueve, ¿acaso no valdría la pena pasar por las dificultades que sean necesarias para salvar a una sola persona de los tormentos eternos del infierno para que disfrute eternamente de la gloria de Dios?

Mis últimas palabras deben ser las mismas que escribió Jonathan Edward. Le doy gracias a Dios por el ministerio de David Brainerd en mi propia vida: su pasión por la oración, su banquete espiritual de ayuno, la dulzura de la Palabra de Dios, la perseverancia sin tregua a través de las dificultades, el enfoque incansable en la gloria de Dios, la dependencia total de la gracia, el descanso definitivo en la justicia de Cristo, la búsqueda de los pecadores que perecen, la santidad durante el sufrimiento, la fijación de la mente en lo que es eterno, y el llegar a un buen final sin maldecir la enfermedad que acabó con él a los veintinueve años. Con todas sus debilidades, desequilibrios y pecados, me encanta David Brainerd.

Tal vez su hábito de escribir sea en parte la razón por la que he seguido llevando un diario durante los treinta y cuatro años pasados. De ese diario —débil y mundano, comparado con el de Brainerd— recuerdo que el 28 de junio de 1986, visité Northampton, Massachusetts, con mi colaborador y amigo de largo tiempo Tom Seller y su esposa Julie, en busca de la tumba de Brainerd. Esto fue lo que escribí:

Esta tarde, Tom, Julie y yo nos dirigimos en auto a Northampton. Hallamos la tumba de David Brainerd, una oscura lápida del tamaño de la tumba y un mármol blanco más pequeño insertado en la lápida con estas palabras:

Consagrado a la memoria del Rvdo. David Brainerd. Fiel y trabajador misionero entre las TRIBUS INDIAS Stockbridge, Delawarey Susquehanna, que falleció en esta ciudad el 10 de octubre de 1747, a la edad de treinta y dos años¹³

Tom y Julie (y sus hijas Ruth y Hannah) y yo nos tomamos de las manos y rodeamos la tumba, orando para darle gracias a Dios por Brainerd y por Jonathan Edwards, y para consagrarnos a su obra y a su Dios. Fue un momento memorable, y espero que también haya sido poderoso y perdurable.

Tanto entonces como ahora, hemos orado para pedirle a Dios que nos conceda una gracia perseverante para propagar la pasión por su supremacía en todas las cosas para el gozo de todos los seres humanos. La vida es demasiado valiosa para malgastarla en cosas triviales. Señor, concédenos una firmeza inquebrantable para orar y vivir con la misma urgencia que David Brainerd: «¡Oh, que yo nunca me retrase en mi caminar celestial!».

NOTAS



1 Jonathan Edwards, *The Life of David Brainerd*, ed. Norman Pettit, *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 7 (New Haven, CT: Yale University Press, 1985), p. 33. Todos los números de página que aparecen dentro del texto se refieren a esta obra, que no contiene solo la edición hecha por Edwards de los *Diaries* de Brainerd, sino también algunos extractos de su diario y una extensa introducción escrita por Norman Pettit, así como cierta correspondencia relacionada.

2«Brainerd, David», *ReligiousEncyclopaedia*, vol. 1, Philip Schaff, ed. (*The Christian Literature Company*, Nueva York, 1888), p. 320.

3 Jonathan Edwards, *Personal Narrative*, en *Jonathan Edwards: Selections*, Clarence H. Faust y Thomas H. Johnson, eds. (*Hill and Wang*, Nueva York, 1962), pp. 60-61.

4 Clyde Kilby se lamenta del «abandono de las mismas Escrituras» por Brainerd en su «aparente indiferencia total ante los cielos y la tierra como obra de Dios. En las seiscientas y tantas páginas del *Diary* y del *Journal* hay menos de media docena de lugares en los cuales se presenta una sugerencia de interés alguno por la belleza natural... Hasta lo que indica lo escrito, ni una sola vez atravesó su oído el canto de un ave como lo hizo con el rey Salomón, y Brainerd no sintió ni una sola vez tampoco, como el rey David, la ternura de las aguas tranquilas y los pastos verdes. Ni una sola vez es evidente que, como Cristo, observara a los lirios del campo». Y Kilby no acepta que la mala salud de Brainerd fuera explicación suficiente para este defecto: «Por supuesto, la experiencia de Brainerd no era la de un hombre que sale a contemplar la naturaleza. Él sabía lo que significaba estar perdido de noche en el bosque (pero si vamos a eso, también lo sabía John Wesley) y escuchar que los lobos aullaban a su alrededor. Eos lugares agrestes eran para él un enemigo que tenía que vencer. No se puede explicar la antipatía de Brainerd hacia las montañas a partir de su mala salud, porque tenía una salud desusadamente buena en su primera visita a la fontera al otro lado de las Montañas Azules, y a través del encantador desfiladero de Eehigh, y sin embargo, para él no era más que "un lugar salvaje tenebroso y rugiente"» («David Brainerd: Knight of the Grail», en *Heroic* (*Colonial Christians*, Russell T. Hitt, ed. [J. B. Eippincott Company, Filadelfia, 1966], pp. 182-183).

5 Charles Spurgeon, *Lectures to My Students* (Zondervan Publishing House, Grand Rapids, MI, 1972), p. 158.

6 Kilby, «David Brainerd: Knight of the Grail», p. 202.

Richard Foster, «Heart to Heart: A Pastoral Letter from Richard J. Foster, 7 noviembre de 1996», *Renovare*, p. 1 (circular enviada por correo desde el 8 Inverness Dr. East, Suite 102, Englewood, CO 80112-5609).

8 *Ibíd.*

" Sereno Dwight, *Memoirs of Jonathan Edwards*, en *The Works of Jonathan Edwards*, vol. 1 (The Banner of Truth Trust, Edimburgo, 1974), p. xciv.

10 Puede hallar unas listas más extensas en Kilby, «David Brainerd: Knight of the Grail», pp. 197-203; John Thornbury, *David Brainerd: Pioneer Missionary to the American Indians* (Evangélica! Press, Durham, Inglaterra, 1996), pp. 298-300; Norman Pettit, «Editor's Introduction», en *Jonathan Edwards, The Life of David Brainerd*, pp. 3-4.

11 Robert Glover, *The Progress of World Wide Missions* (Harper and Row Publishers, Nueva York, 1952, orig. de 1924), p. 56.

12 Sábado, 14 de diciembre: «Me levanté temprano y escribí a la luz de una vela durante un tiempo considerable» (p. 344).

13 Estos dos datos finales están equivocados: Brainerd murió el 9 de octubre a la edad de veintinueve años.



*Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo
mediante su propia sangre, padeció fuera de la
puerta. Salgamos, pues, a él, fuera del campamento,
llevando su vituperio; porque no tenemos aquí
ciudad permanente, sino que buscamos la por venir.*

HEBREOS 13:12-14



CONCLUSIÓN

Exhortación a seguir el provechoso caminar de los cisnes sufrientes



Diez mil efectos pueden seguir a todos los movimientos de su mano. Los misterios escondidos de la cadena de causa y efecto que hay en el mundo físico es suficiente para incitarnos al asombro. Cuánto más el efecto de ondas que se produce en el ámbito de las personas y de los espíritus. Clyde Kilby, quien fuera profesor de literatura inglesa en el Colegio universitario Wheaton, medita en esto con relación a David Brainerd, y se maravilla diciendo:

El guijarro que cae en la laguna envía sus ondas hasta que no es posible verlas, pero en el misterio del mundo físico, nunca terminan. Si William Carey es movido por David Brainerd, y si entonces John Newton, el gran escritor de himnos, dice que Carey es para él más que «obispo o arzobispo; es un apóstol», es evidente que las ondas se siguen moviendo. O una vez más, si Adoniram Judson es inspirado a trabajar en las misiones de Burma por medio de Carey, es evidente que las ondas siguen adelante¹.

Si William Cowper crea una cadencia, una rima y una visión de la realidad en un oscuro día de hace doscientos años, y entonces, una iglesia acongojada canta hoy «Dios se mueve de una manera misteriosa», y se despierta en ella la esperanza, es que la onda sigue caminando. Si John Bunyan se inclina para besar a su

hija ciega y después camina de vuelta a su celda de la prisión y escribe un relato que tres siglos más tarde, traducido al chino, le da valor al pastor de una casa-iglesia subterránea, las ondas siguen adelante. ¡Cuan grandiosas son las maravillas que nos han sido preparadas en las secuencias soberanas de la historia que Dios ha forjado! «¡Cuan insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!» (Romanos 11:33).

Las aflicciones de John Bunyan, de William Cowper y de David Brainerd no fueron inútiles. Los guijarros no cayeron en vano, ni durante la vida de ellos, ni en los siglos que los han seguido. Dios ha soplado sobre las aguas, y ha convertido sus ondas en oleadas. Y ahora, los lugares resecos de nuestra vida son regados con los recuerdos de una gracia que nos sostiene.

La vida cristiana es dificultosa como las colinas

La vida y la labor de Bunyan nos llaman a vivir como peregrinos camino de la Ciudad Celestial. Su sufrimiento y su historia nos llaman a nosotros, que vivimos en el próspero Occidente, tan adicto a los placeres, a ver la vida cristiana de una manera radicalmente distinta a la forma en que la solemos ver. Hay una gran distancia entre el cristianismo que lucha con el problema de adorar al precio de caer preso o incluso morir, y el cristianismo que lucha con el problema de si los niños deberían jugar al fútbol el domingo por la mañana. El título completo de *El progreso del peregrino* muestra en esencia la senda de ese peregrino: «El progreso del peregrino desde este mundo al mundo venidero: Presentado bajo el símil de un sueño en el cual es descubierto, la forma en que se lanza al camino, su peligroso viaje y su llegada sano y salvo al país»

anhelado». Para Bunyan, tanto en la realidad como en la ficción, la vida cristiana es un «peligroso viaje».

La senda estrecha lleva desde la Puerta Angosta hasta la Colina Dificultad.

La senda estrecha subía por la colina, y el nombre del camino que iba por el costado de la colina se llama Dificultad. Cristiano fue entonces a la Fuente, y bebió de ella para refrescarse (Isaías 49:10), y entonces comenzó a subir la Colina, diciendo:

*La Colina, aunque alta, anhelo subir;
La Dificultad no me va a molestar,
Porque percibo que el Camino a la vida se encuentra allí.
Ven, ármate de valor, Corazón, no desmayemos ni temamos;
Mejor, aunque difícil, es ir por el Camino Recto,
Que por el errado, aunque sea fácil, del cual el Final es el Lamento².*

Esta es la vida cristiana para Bunyan, experimentada en la prisión y explicada en parábolas. Pero nosotros, los cristianos occidentales modernos, hemos llegado a ver la seguridad y las facilidades como derechos. Nos mudamos lejos de los malos vecindarios. Dejamos las relaciones que son difíciles. No nos acercamos a los grupos de personas no alcanzados y peligrosos.

Bunyan nos llama a escuchar de nuevo a Jesús y a sus apóstoles. Jesús nunca nos llamó a una vida llena de seguridad; ni siquiera a una pelea justa. «Corderos en medio de lobos», es la forma en que Él describe el hecho de habernos enviado (Lucas 10:3). «Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?» (Mateo 10:25). «El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará» (Juan 12:25). «Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo» (Lucas 14:33).

El apóstol Pablo continúa haciendo este mismo llamado: «Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios» (Hechos 14:22). Somos «herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él» (Romanos 8:17). No nos debemos «inquietar por estas tribulaciones; porque... para esto estamos puestos» (1 Tesalonicenses 3:3). La fe y el sufrimiento son dos grandes dones de Dios: «Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no solo que creáis en él, sino también que padezcáis por él» (Filipenses 1:29). El apóstol Pedro confirma este tema: «Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese» (1 Pedro 4:12). No es nada extraño. Es normal. Ese es el mensaje que contiene El progreso del peregrino. La Colina Dificultad es la única senda que lleva al cielo. No hay otra. El sufrimiento es tan normal como el que un padre discipline a un hijo suyo. Así es como describe el autor de Hebreos el sufrimiento de los santos: «Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos» (Hebreos 12:7-8). Este modelo tiene sus raíces en el mismo Antiguo Testamento. Por eso dice el salmista: «Muchas son las aflicciones del justo» (Salmo 34:19; véase Gálatas 4:29).

¡Cuánto necesitamos a Bunyan! Somos delicados y de piel fina. Somos mundanos; encajamos demasiado bien en esta cultura nuestra que ignora a Dios. Estamos llenos de temores y ansiedades y nos desalentamos con facilidad. Hemos apartado los ojos de la Ciudad Celestial y de los placeres profundos de conocer a Dios y de negarnos a nosotros mismos esas cosas menores que centellean por un instante, pero entonces reducen nuestra capacidad

para los grandes gozos. El Consejo a tiempo de Bunyan para nosotros: Toma tu cruz a diario y sigue a Jesús. «Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará» (Mateo 16:25).

Ven, William Cowper herido, y enséñanos a cantar

El fruto de la aflicción de William Cowper es un llamado a liberarnos de la adoración trivial y despreocupada. Si la vida cristiana se ha convertido en el camino de la facilidad y la diversión en el occidente moderno, entonces la adoración colectiva es el lugar de los espectáculos cada vez mayores. El problema no es una batalla entre la música contemporánea de adoración y los himnos; el problema es que no haya suficientes mártires durante la semana. Si no parece ningún soldado, lo que uno quiere los domingos es Bob Hope con unas cuantas chicas bonitas, no el capellán del ejército y un cirujano.

Cowper estaba enfermo. Sin embargo, en su enfermedad vio cosas que nosotros necesitamos ver también con toda urgencia. Vio el infierno. Y a veces vio el cielo. Conoció el terror. Y a veces conoció el éxtasis. Cuando yo me levanto a darles la bienvenida a los asistentes a la adoración el domingo por la mañana, sé que hay en la congregación quienes son como William Cowper. Hay cónyuges que apenas pueden hablar. Hay adolescentes ceñudos que llevan una doble vida en la casa y en la escuela. Hay viudas que aún sienten la amputación de un compañero de cincuenta años. Hay gente soltera que no ha recibido un abrazo en veinte años. Hay hombres en el mejor momento de su vida que tienen cáncer. Hay madres que han tenido que llevar dos pequeños ataúdes. Hay soldados de la cruz que lo han arriesgado todo por Jesús y llevan

las cicatrices. Hay gente que lucha y se siente cansada, desanimada y solitaria. ¿Acaso les vamos a venir con un chiste?

Ellos mismos pueden leer las tiras cómicas todos los días. Lo que necesitan de mí no son más sonrisas vivas y juguetonas, ni más historias. Lo que necesitan es una clase de gravedad gozosa que haga que el corazón quebrantado sienta la esperanza, y ayude a los que están borrachos de cosas triviales volverse sobrios para recibir unos gozos mayores.

Lo que William Cowper nos da a partir de su sufrimiento es una visión que sostiene a la iglesia sufriente. Mientras no suframos, no estaremos interesados. Pero ese día viene para todos nosotros. Y nos vendría bien no esperar hasta que llegue, para aprender entonces las lecciones del gran himno «Dios se mueve de una manera misteriosa», escrito por Cowper:

*Santos llenos de temor, tomad nuevo valor;
Las nubes que tanto teméis
Están repletas de misericordia, y romperán
En bendiciones sobre vuestras cabezas.
La ciega incredulidad yerra con seguridad,
Y escudriña en vano su obra;
Dios es su propio intérprete,
Y es El quien la dará a conocer.*

Hay toda una teología del sufrimiento en los himnos de Cowper. Es robusta y sólida como las secuoyas en medio de los pequeños árboles de nuestros sermoncitos. Cuánto necesita nuestra gente estudiar, saborear y cantar la gran verdad centrada en Dios que contienen estos versos. (Véase el himno entero en el segundo capítulo). ¿Cómo pueden ayudar los cultos de adoración pensados como espectáculos con la meta de hacernos sentir despreocupados

y amistosos, ayudar a una persona a prepararse para sufrir, mucho menos a prepararse para morir? Si sabemos sufrir bien, y si sentimos que «morir es ganancia» gracias a Jesús, entonces sabremos vivir bien. Sabremos reír, no tanto con los chistes (que no tienen más gracia que una silla), sino al mirar al futuro. «Fuerza y honor son su vestidura; y se ríe de lo por venir» (Proverbios 31:25).

La adoración es el despliegue del insuperable valor de Dios, revelado en Jesucristo. Sufrir en la senda de la obediencia cristiana con gozo, porque la misericordia del Señor es mejor que la vida (Salmo 63:3), es el despliegue más grande del valor que tiene Dios en nuestra vida. Por consiguiente, el sufrimiento lleno de fe es esencial en este mundo para que se produzca la adoración más intensa y auténtica. Cuando nosotros estemos más satisfechos con Dios en el sufrimiento, más se glorificará Él en nosotros en la adoración. Nuestro problema no está en los estilos de música. Nuestro problema está en los estilos de vida. Cuando aceptemos más aflicción por lo que vale Cristo, habrá más fruto en la adoración de Cristo.

Ven, William Cowper herido, y aliméntanos con el fruto de tu aflicción. Enséñanos a estudiar, saborear y cantar tus himnos sagrados del gozo que sufre.

Una pasión: la salvación de los pecadores para la gloria de Dios

Cuando hayamos aprendido de John Bunyan que la senda a la vida nos lleva cuesta arriba por la Colina Dificultad, y de William Cowper que la adoración ardiente y gozosa es fruto de la aflicción, aprendamos de David Brainerd que una vida consagrada a la gloria de Cristo es una vida consagrada a la Gran Comisión. El fruto de las aflicciones de Brainerd fue la salvación de centenares

de indios y la inspiración de miles de misioneros. Sus sufrimientos son el sonido de la trompeta sobre todos los pueblos no alcanzados del mundo, para proclamar las palabras de Cristo: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones» (Mateo 28:18-19).

Su sufrimiento extiende la sombra de la cruz sobre nuestra vida y nos pide que nos preguntemos si podemos decir como Pablo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado» (Gálatas 2:20). Estas palabras se hacen eco de la resuelta pasión que manifestaba el apóstol cuando dijo: «Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios» (Hechos 20:24). Nos convoca desde el Calvario con las palabras de Hebreos 13:12-14: «Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio; porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir».

Cuando uno se pasa los últimos siete años de su vida escupiendo sangre, y muere a los veintinueve años de edad, no se limita a decir aquello de «la por venir», sino que lo siente de la misma manera que siente el viento al borde de un precipicio. ¡Cuántos sienten el viento y corren tierra adentro! El llamado de Cristo y el de Brainerd son exactamente lo opuesto a una retirada así: Puesto que no tenemos aquí ciudad permanente, dejemos de trabajar tan duro por tratar de hacer que esta vida sea duradera y lujosa, y «salgamos fuera del campamento», fuera del lugar seguro, fuera del lugar cómodo. Sí, el Gólgota es una colina desagradable: una calavera con un gesto de aflicción en el rostro. Pero recuerde: «Detrás de una providencia con el ceño fruncido, El esconde un

rostro sonriente». Suelte lo que lo tiene retenido y le impide servir de una forma plena y radical; dispóngase a sufrir para terminar la Gran Comisión. No olvide «que tiene en usted una mejor y perdurable herencia en los cielos» (Hebreos 10:34). Tiene a Dios, y tiene todo lo que Él es para usted en Jesús.

«Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre» (Salmo 16:11). La senda del gozo perdurable lleva cuesta arriba por la Colina Dificultad, con una adoración profunda y gozosa, hasta un mundo no alcanzado de pecadores que perecen, donde el arrepentimiento de una sola alma hace que los ángeles de Dios se pongan a cantar. La aflicción tiene un fruto que va a durar para siempre, y a multiplicar todos sus gozos en Cristo.

NOTAS



1 Clyde Kilby, «David Brainerd: Knight of the Grail», *Heroic Colonial Christians*, Russell T. Hitt, ed. (J. B. Lippincott Company, Philadelphia, 1966), pp. 201-202.

2 John Bunyan, *The Pilgrim's Progress* (Barbour and Company, Inc., Uhrichsville, OH, 1990), p. 40.

Los cisnes no guardan silencio

Cuando Agustín entregó el liderazgo de su iglesia en el año 426, su sucesor estaba tan abrumado por lo inadecuado que se sentía, que declaró: «El cisne guarda silencio», temiendo que la voz de aquel gigante espiritual se perdiera para la historia. Sin embargo, durante mil seiscientos años, Agustín no ha guardado silencio, como tampoco lo han guardado los hombres que fueron fieles heraldos de la causa de Cristo después de él. Sus vidas han inspirado a todas las generaciones de creyentes, y nos deben impulsar a nosotros a sentir una pasión mayor hacia Dios.

Bunyan • Cowper • Brainerd

Leemos sus historias y nos preguntamos cómo pudieron soportarlo todo. ¿Cómo se sobrevive a doce años en una húmeda y malsana celda de una prisión? ¿Cómo se sobrevive mes tras mes a una depresión que debilita tanto, que la muerte parece la única esperanza? ¿Cómo se soporta la tuberculosis? ¿O el cáncer o el vacío interior o la muerte o la soledad o el divorcio? Cualquiera que sea la prueba, ¿cómo se le soporta sin que el alma se marchite y se la lleve el viento?

En las vidas de John Bunyan, William Cowper y David Brainerd encontramos la fortaleza de alma que no solo soporta las dificultades, sino que honra a Dios en medio de ellas. El Dador y Sustentador de la vida los capacitó para adorar en medio de todos sus sufrimientos. Esa es la razón de que su aflicción diera tanto fruto. La historia de sus sufrimientos, de su perseverancia y de su pasión puede inspirar en su vida la misma hambre por la supremacía de Dios.

John Piper lo invita a leer sus historias, meditar en sus vidas y sentirse animado al saber que nunca hay esfuerzo ni sufrimiento en la senda de la obediencia cristiana que sea en vano. Hasta la inclemente colina del Gólgota era una calavera con un gesto de aflicción en su rostro, pero «detrás de una providencia que frunce el ceño, Él esconde un rostro sonriente».

De la misma forma que el sufrimiento de Bunyan, Cowper y Brainerd produjo la adoración y la humildad que es esencial en la vida cristiana, también nosotros podemos buscar en Dios grandes privilegios procedentes de nuestros propios sufrimientos. Y también nosotros podemos recordar: «Aunque el botón tenga un sabor amargo, la flor será dulce».

JOHN PIPER ha sido pastor principal de la Iglesia Bautista Bethlehem en Minneapolis desde 1980. Ha escrito numerosos libros que llaman al lector a propagar la pasión por la supremacía de Dios en todas las cosas, para gozo de todos los pueblos. Entre sus obras se encuentran *No desperdicie su vida* y *La pasión de Jesucristo*. Otro de sus libros, *La pasión de Dios por su gloria*, ganó en 1999 la Medalla de Oro en Teología y Doctrina de la Asociación Evangélica de Editoriales Cristianas.

www.editorialunilit.com

EDITORIAL
UNILIT

Producto: 495471

Categoría: Inspiración / Motivación / Biografía

«Publicamos para la familia»

ISBN 0-7899-1445-X



9 0000



9 780789 914453